

The background of the entire cover is an impressionistic landscape painting. It features a dark, craggy mountain on the left, a field of golden-brown grass in the middle ground, and a body of water in the foreground. Two roosters are depicted in the lower right foreground, one facing left and one facing right. The sky is a mix of blue, green, and white, suggesting a hazy or overcast day. The overall style is painterly and textured, with visible brushstrokes.

UW

UNIVERSIDAD DE
VALPARAÍSO

POESÍA

Para que no me olvides

Antología

Óscar Castro

La Editorial UV de la Universidad de Valparaíso ha decidido liberar este texto para descarga gratuita con el fin de facilitar el acceso al mismo y seguir difundiéndolo.

Óscar Castro

Para que no me olvides
Antología

Selección de Luis Andrés Figueroa y Ernesto Pfeiffer

Ilustraciones de Carlos Pedraza

Epílogos de Augusto D'Halmar,
Gonzalo Drago y Raúl González Labbé

© Óscar Castro

Para que no me olvides (Antología)



Proyecto UVA2393
«La UV contribuye a la disminución
de las brechas de acceso al arte,
la cultura y el patrimonio»

© Editorial UV de la Universidad de Valparaíso

Vicerrectoría de Vinculación con el Medio

Av. Errázuriz N°1108, Valparaíso

Colección Poesía

Primera edición, mayo 2022

Versión digital, marzo 2025

ISBN: 978-956-214-230-4

Registro de Propiedad Intelectual N° 2022-A-3129

Directora editorial: Jovana Skarmeta B.

Editora general: Arantxa Martínez A.

Coordinación fomento lector: Constanza Castillo M.

Diseño de portada: Felipe Cabrera A.

Diagramación y diseño: Gonzalo Catalán V.

Corrección de estilo, contenido y pruebas: Micaela Paredes B.

Ilustraciones (óleos): Carlos Pedraza O.

Administración: Francisca Oyarce V.

Contacto: editorial@uv.cl

www.editorial.uv.cl

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida,
mediante cualquier sistema, sin la expresa autorización de la editorial.

UW

UNIVERSIDAD DE
VALPARAÍSO

EDITORIAL

POESÍA

**Para
que
no me olvides**
Antología
Óscar Castro

Prólogo

El hombre que tallaba estribos

En el cuento «El hombre que tallaba estribos», Óscar Castro dedica unas cuantas —pero significativas— líneas a la descripción de Bautista, estribero famoso y trenzador sin par, ejemplo del artista entregado a su oficio con devoción amorosa, con empeño prendado del objeto de su afición. Se trata de una las descripciones más hermosas que se hayan hecho sobre la labor de un artista. Desde un realismo de la emoción, poéticamente, sin perder de vista la verosimilitud del gesto, Óscar Castro retrata al personaje con austeridad y sencillez, sin ceder a la efusión lírica que por lo demás habría justificado una prosa poética y no una narración. Dentro del realismo implícito, Castro no solo describe físicamente al personaje, sino que lo caracteriza —por sobre todo— laboralmente, es decir, sorprendiendo al personaje en la realización cotidiana de su arte, porque intuye que en ese *hacer* se delata una sicología, una complexión moral y ética:

Las manos de aquel hombre sabían los secretos del tallado con una ciencia innata que sus predecesores aprendieran en luegas generaciones. Era preciso verlo junto a los secos trozos de luma o corazón de peumo, dibujando y cortando sutilmente, para saber cómo amaba su oficio el estribero. Graciosas filigranas, flores, estrías, lazos de unión entre una figura y otra, todo tenía el sello de lo perfecto y lo espontáneo al ir quedando fijo para siempre sobre la pulida superficie de la madera.

Varias de las palabras que componen esta caracterización podrían retratar la propia poesía de Óscar Castro: espontaneidad, perfección, gracia, «filigrana», metáfora que se refiere al hilado del metal que suelen urdir en sus trabajos los artesanos. Pienso no solo en el acabado dominio formal de su poesía, sino además en lo espontáneo de

su expresión, la fuerza del sentimiento que la anima, aquello que da vida a la filigrana graciosa de su lenguaje y que difícilmente podremos encontrar en tantos otros poetas que dominan el oficio, pero que son incapaces de tocar el corazón del hombre. Óscar Castro tuvo esa facultad. La de conmover con unas pocas palabras el corazón humano. Eso que solo los grandes poetas o los grandes hombres pueden realizar. La sencillez de Castro es proverbial, virtud apreciable en un contexto en que se suele confundir la sencillez con la falta de profundidad. Su sencillez es de aquel que reconoce en las cosas cercanas su heredad y las describe con un tono cotidiano, trasmutado por la gracia de su lirismo, en cosas únicas, dignificadas por el rigor formal de un poeta que conoce su oficio a cabalidad, con conciencia de artesano y trabajador de la palabra. Apreciable facultad, porque no conozco arte más complejo que el de la simplicidad. Se trata de llegar a la verdad de las cosas, y para eso debe prescindirse de lo accesorio, de lo que distrae, aunque sea renunciando a la tentación siempre poderosa de la sensorialidad que, en sus casos menos felices, conduce a la insustancialidad de lo fútil o al barroquismo vacío.

La poesía de Óscar Castro ha logrado perdurar y sobreponerse al peso del olvido, tan determinante en nuestra historia, tanto como el peso de la noche o el peso de la tierra del que hablaba Teillicher en uno de sus señeros ensayos sobre la poesía lárca, tradición a la que Castro se mantuvo tan cercano. Un poema tan conmovedor como «Responso a García Lorca» reúne todas las características de lo perdurable: la perfecta trabazón entre emoción y forma, el temblor de lo vivo, la pasión encarnada en un lenguaje necesario, único e intransferible, llamado poema. Eso que no se olvida es precisamente aquello por lo que somos definitivamente humanos. Todo lo demás se olvida: pero solo lo humano permanece. Se olvidará la piedra del camino, el canto del pájaro en la rama de un árbol, el ruido de una carreta una mañana de invierno, el brillo de la joya en la mano del rey... Todas estas cosas podrían olvidarse fácilmente, pero los ojos del padre que se entrega a la muerte y que dice abruptamente la palabra «¡Basta!», en medio del silencio de una sala de hospital, nunca se olvidarán. Y esa sola palabra, la palabra «¡Basta!», ocuparía ella sola la memoria del mundo.

Si Óscar Castro se salva del olvido, no es por el virtuosismo formal ni por la perfección técnica, de la que tanto alardean algunos poetas; lo que lo salva en definitiva es su profunda y verdadera humanidad.

Pero ¿quién es Óscar Castro, para que de él tengamos memoria? Un poeta, ¡un hombre! en primera instancia, que vivió y murió para la poesía, lo que no es un dato despreciable, en un mundo de hombres y mujeres que pasan por la vida ciegamente, sin saber por qué viven, por qué mueren, distraídos por valores falsos, insustanciales. La fidelidad de Castro por su oficio fue indesmentible: escribió hasta los últimos momentos de su vida, con el conocimiento de un diagnóstico médico lapidario: tuberculosis. Así, mientras estuvo hospitalizado en el recinto hospitalario del Salvador, continuó escribiendo y corrigiendo, con una dedicación agónica (en el sentido de lucha) y vital, que podría compararse a la del poeta Enrique Lihn, quien como se sabe no abandonó jamás la escritura ni en sus últimos momentos de vida, llegando al extremo de pedir que le amarraran un lápiz a la mano, ya debilitada por el cáncer. Así vive y muere un poeta: escribiendo hasta las últimas consecuencias.

¡Se han dicho de Castro tantas cosas! Yo me quedo con el cariñoso apelativo de poeta del pueblo y de su tierra. ¡Cómo quisiera uno llegar a ser merecedor de un epíteto semejante! Recuerdo a Esenin, el poeta ruso campesino, el poeta de la Aldea, que cantó a la Rus, a su gente, a sus costumbres, en un lenguaje sencillo, que le valiera las críticas de los futuristas, que no comprendieron que Esenin era un poeta revolucionario a su manera. Castro es nuestro Esenin. Cómo no recordar aquí las palabras que le dedicara su colega y amigo Vladimir Mayakovsky: «Al pueblo, creador de la lengua, se le ha muerto su más sonoro cantor. Vicemaestro». De camarada, como debe ser.

La poesía es una tenaz y constante lucha contra el olvido. La recursividad que la caracteriza, la recurrencia de figuras y procedimientos que tienden a hacer perdurable lo dicho, parece imponerle al poema la voluntad del regreso: el imperativo de volver a decir lo mismo una y otra vez, para que no se olvide. El ritmo, que para mí es la energía fundamental del verso, se basa precisamente

en la recurrencia: es necesario que uno de los elementos del verso se repita a lo largo de la secuencia para que sea percibido como ritmo. Sin reiteración —ni retorno— no hay ritmo. Esa voluntad de retorno —o mejor aún: ese instinto de retorno que anima la sangre de todo poeta verdadero— se halla presente, curiosamente, en la propia etimología de la palabra «verso»: vuelta, girar, y también en los llamados paralelismos, que tanto abundan en todo tipo de expresión verbal en verso.

El poema, como la vida, se fundamenta en el regreso o en el recuerdo de algo perdido, que el lenguaje —sin saberlo— intenta recuperar. ¿Qué es eso hacia lo cual el poema siempre regresa? No lo sé, nadie lo sabe, ningún poeta tiene de ello una idea clara... Pero sí tiene conciencia de ese regreso, de eso que he llamado «voluntad de retorno», o «instinto de retorno», que es el instinto de conservación del poema. La rima misma, por ejemplo, ese viejo artilugio sonoro, que con el tiempo ha llegado a establecerse como engañosa garantía de lo poético, y que en la actualidad se halla en tanto descrédito, tiene un fundamento nemotécnico: se usa para que no se olvide lo dicho, para poder recordarlo con más docilidad. Es, de esta manera, un poderoso instrumento de la memoria, del que el poema se sirve para lograr anclar la emoción fugaz en la memoria del lenguaje, ¿la tradición? Para que no se olvide.

El ritornelo, ese recurso técnico tan noblemente usado por Jorge Teillier y que consiste en retomar un verso a lo largo del poema, a la manera de un estribillo, como en «Cuando ella y yo nos ocultamos / en la secreta de la noche», o en «Un desconocido silba en el bosque», permite, a la manera de la rima, anclar una emoción en la memoria del lenguaje. Nos obliga a volver una y otra vez sobre una misma idea, en un regreso nostálgico a un lugar que bien podría ser la Edad de Oro a la que hacía mención, recursivamente, Jorge Teillier; ese emplazamiento mítico dichoso —que se confunde con la infancia— al que el poeta siempre está volviendo para recuperar —como pedía Rimbaud— la llave del antiguo festín.

Son precisamente los niños, aquellos privilegiados habitantes de la tierra, quienes se encuentran en mejor pie para recibir lo que se ha venido en llamar el rayo de la poesía: los más puros y

desprejuiciados usuarios del lenguaje, para quienes el poema no es en ningún caso un lujo de la palabra, sino el fulgor mismo de lo cotidiano.

¿Quién más podría apreciar la asombrosa claridad de la poesía de Castro, sin ser herido por el rayo de su transparencia? No es otra cosa, creo yo, el sentido de lo que la historiografía poética de Chile ha llamado «Poesía de la claridad», esto es: una poesía que permita comunicarse con los niños. Nicanor Parra logró hacerlo en más de un poema y Óscar Castro, en otros tantos. Es lo que Jorge Teillier en su ensayo programático «Los poetas de los lares: Nueva visión de la realidad en la poesía chilena» llamó, sin dejar de incurrir en una redundancia imperdonable, «una poesía de la comunicación» (porque ¿para qué es la poesía sino es para «comunicar»? Y ¿para qué se escribe poesía, en definitiva, sino para ser escuchada por los niños y los pájaros?).

La infancia es el lugar por antonomasia hacia donde se dirige el instinto de retorno de la poesía, ese que se verifica en la presencia constante de una recursividad, de una vuelta formal y discursiva que hace de la poesía un canto, un ritornelo prolongado y obstinado hacia el origen.

La poesía de Óscar Castro, en tanto canto y retorno hacia la infancia, también usa, felizmente, el recurso del ritornelo. Un ejemplo claro es el poema «Para que no me olvides». Y lo usa con mucha sutileza, no como una insistencia majadera, sino como una dulce constatación reiterativa que no hiere los labios, sino más bien los dulcifica... Con la pura miel del canto.

Yo me pondré a vivir en cada rosa
y en cada lirio que tus ojos miren
y en todo trino cantaré tu nombre
para que no me olvides.

Si contemplas llorando las estrellas
y se te llena el alma de imposibles,
es que mi soledad viene a besarte
para que no me olvides.

Yo pintaré de rosa el horizonte
y pintaré de azul los alhelíes
y doraré de luna tus cabellos
para que no me olvides.

Si dormida caminas dulcemente
por un mundo de diáfanos jardines,
piensa en mi corazón que por ti sueña,
para que no me olvides.

Y si una tarde, en un altar lejano,
de otra mano cogida, te bendicen,
cuando te pongan el anillo de oro,
mi alma será una lágrima invisible
en los ojos de Cristo moribundo
¡para que no me olvides!

Este poema cumple a cabalidad con la voluntad de hacer perdurable una emoción. Es el triunfo de la poesía y del poeta que la escribe. Sobreponiéndose al olvido, a través de la forma, Óscar Castro ha demostrado que toda palabra justa perdura, en la medida en que se ha vuelto memorable.

Rafael Rubio B.

Nota a la edición

Esta antología hace un recorrido por la trayectoria literaria de Óscar Castro a partir de sus poemas, cuentos y cartas. Para la selección de textos se trabajó con las primeras ediciones de los libros considerados. La sección poética cuenta con textos de todos sus poemarios publicados en vida e incluye de manera íntegra el texto *Sombra inmortal. Cantata a la muerte de Federico García Lorca*, así como el póstumo *Glosario gongorino*. La sección de su poesía también comprende algunos poemas que no fueron incluidos en sus poemarios publicados, pero que aparecieron en antologías, además de algunos inéditos, cuyos manuscritos se encuentran en el archivo de la Biblioteca Nacional. En el caso de la selección de los textos en prosa —que por razones de espacio excluye sus novelas—, esta se hizo mediante la revisión de todos los volúmenes de cuentos y cartas publicados a la fecha. Se ha respetado la ortografía y estilo de los originales, excepto en casos de erratas evidentes y la actualización de algunas normas de acentuación. A modo de epílogos, se ha decidido incluir textos de diversa índole, aparecidos anteriormente en otras publicaciones: el de Augusto D'Halmar fue el prólogo del primer libro de Castro, *Camino en el alba*; el de Raúl González Labbé es un fragmento del volumen *Luz en su tierra*. (*Palabras sobre Óscar Castro y algunos de sus últimos poemas inéditos*); los textos de Gonzalo Drago corresponden a fragmentos de su libro *Óscar Castro. Hombre y poeta*, así como un artículo aparecido en 1972 en *La Nación* para el aniversario de la muerte del escritor. Estos epílogos buscan aproximar al lector a la figura de Óscar Castro tanto desde la perspectiva de las características esenciales que atraviesan su obra como de las facetas íntimas y humanas que dibujaron su carácter personal. Las ilustraciones —obras en óleo— que acompañan los textos son del pintor, Premio Nacional de Arte en 1979, Carlos Pedraza y retratan el paisaje rural chileno con el que Óscar Castro dialogó y al que recreó a lo largo de su obra.





Poesía





Camino en el alba
(1938)

Romance del vendedor de canciones

Cuando los arroyos bruñen
filos de luna en el agua,
el hombre se va cantando,
cantando por la montaña.
Los ojos de sus borricos
llevan estrellas mojadas
y los huertos de mi tierra
le dan perfume a sus árguenas.

El camino blanco, blanco,
como un papel sin palabras.
El hombre le va poniendo
la letra de una tonada.
Sobre los álamos nuevos
el viento ensaya sus arpas.
La esquila de la madrina
gotea sus notas claras.

El estero es, en la noche,
un trozo de cielo que anda.
Arriba, el cielo fulgente,
es un estero que calla.
Los cascos de los borricos
trizan el cielo y el agua.
El hombre que va cantando
tiene la copla mojada.

Sigue cantando el arriero
por los caminos del alba.
Llegado al pueblo, el pregón

irá a golpear en las casas:
«¡Llevo canciones maduras,
canciones recién cortadas!».
Las gentes lo sentirán,
en sueños, desde sus camas,
y al ver que aún queda noche,
no entreabrirán sus ventanas.

«¡Canciones maduras traigo,
canciones recién cortadas!».
Y quedará por las calles
como un olor de manzanas.

Abeja en el sol

En el patio con sol
va zumbando la abeja, corazón del verano.
Frutas, aguas, espigas a su vuelo se prenden.
Trae cantando en ella la colina y el campo.

Grácilmente se eleva y el rubio sol la enciende.
Si la tocase ahora, quemaría mi mano.
La dejaré sonar, guitarra diminuta,
emigrante canción, fruto de oro liviano.

Se va. Vuelve. Se va definitivamente.
Sobre la cabellera del viento perfumado
asciende, sosteniendo su cuerpo en el zumbido,
hacia donde abre el cielo su gran lirio morado.

Romance de María Rosario

La fina lima del grillo
está puliendo el silencio.
Entre los tréboles verdes
duermen azules espejos.

Sueña María Rosario.
Sus ojos van recogiendo
la soledad de los campos
y el otoño de oros viejos.
María Rosario quiere
la espiga de los luceros.

La besa la lejanía,
y el corazón de los vientos
baraja las mariposas
azules de su recuerdo.
Una bandada de pájaros
cruza sus ojos y el cielo.

En un galope cercano
cae trizado el silencio.
Asoma la noche fría
su huerto de limoneros.
La fina lima del grillo
sigue puliendo el recuerdo.

Romance de barco y junco

El junco de la ribera
y el doble junco del agua,
en el país de un estanque
donde el día se mojaba,
donde volaban inversas,
palomas de inversas alas.

El junco batido al viento
—estrella de seda y plata—
le daba la espalda al cielo
y hacia el cielo se curvaba
como un dibujo salido
de un biombo de puertas claras.

El estanque era un océano
para mi barco pirata:
mi barco que por las tardes
en un lucero se anclaba,
mi barco de niño pobre
que me trajeron por Pascua
y que hoy suma este romance
con velas anaranjadas.

Estrella de marineros,
el junco al barco guiaba.
El viento azul que venía
dolorido de fragancias,
besaba de lejanías
mis manos y mis pestañas
y era caricia redonda
sobre las velas combadas.

Al río del pueblo, un día,
llevé mi barco pirata.
Lo dejé anclado en la orilla
para hacerle una ensenada;
mas lo llamó la corriente
con su telégrafo de aguas
y huyó pintando la tarde
de letras anaranjadas.
Dos lágrimas me trizaron
las pupilas desoladas.
En la cubierta del barco
se fue, llorando, mi infancia.

Palabras al hijo futuro

Hijo, tu voz irá sobre las noches puras,
recogiendo el temblor de las altas espigas.
Se curvarán en ti las canciones maduras.
Conducirán los vientos la palabra que digas.

El mundo se hará luz en tus pupilas, hijo.
Y este rumor que llevo, de vuelos y colmenas,
irá, como la sombra azul de un crucifijo,
sobre la ramazón florida de tus venas.

El amor, cuyo asalto de fuego me circunda
y unge mi corazón de dolorosas huellas,
será socavamiento de mareas profundas
en tu reino interior de huracanes y estrellas.

Y dirás una tarde: «La vida que me diste
tiene una oscura lepra de llantos y armonías».
(Te habrás enamorado de la mujer más triste
y en un ancho alarido se quemarán tus días).

Hijo, retoño puro y almohada de mi muerte,
flecha que se escapó de mi arco hacia el futuro,
yo lo daría todo para formarte fuerte.
Perdóname, hijo mío, si eres triste y oscuro.

Perdóname si tu alma continúa las voces
que en mí nacen y caen como alas vencidas.
Si un día tienes pena por lo que no conoces,
es que te están doliendo mis heridas.

No quisiera traer tu sollozo a la vida.
Y en la mirada de Ella te siento ya venir.
Eres como una dulce música conocida
sobre los ventanales claros del porvenir.

Hijo, cuando se cierren los ojos de tu padre,
¿por qué rutas irá tu planta aventurera?
Tu recuerdo será suavidad en la tarde
y lágrima en la fiesta del huerto en primavera.

Sencillas palabras a mi madre

Eres pequeña y dulce, y el color de tu nombre
viste las cosas idas y los mares de la tarde.
Te conocí en la infancia, cuando arrullabas mis veleros,
cuando trazabas caminos azules a mis sueños.
Estaba entonces tan cerca de tu corazón,
que me dormía en su latido como en la música de un verso.

Aquello fue el entonces, madre menuda y dulce.
Ahora soy el hombre de las flechas ardidadas,
que nunca acercó su pena al Dios de rostro herido.
Mis palabras, mis ansias, no caben ya en tu vida.
He de llevarlas solo, sin tu canto y tu beso,
con la cara hacia el cielo y el corazón hacia el olvido.

Te veo cada día junto al rumor de la vajilla.
Las flores, mis hermanas, los quehaceres humildes,
todo ocupa un lugar en tu mundo, y tu vida
es como un noble canto, aunque tú no lo sepas.
¡Madre, cómo repartes en la existencia nuestra,
tu corazón de pan, tu resplandor de lámpara!

Ahora está la noche en la casa, y yo te escribo.
No he de contarte aquello. Podrías despertarte.
A qué decir que aquella novia se parecía
a ti, en lo pequeñita, en lo suave, en lo buena.
Ella no está, es verdad. Me perfumó la vida,
me desgarró la vida. Se fue. Pero no importa.
Me quedas tú, y estás durmiendo ahora.
No vaya ser mi pena lágrima en tus ojos verdes.

Cierto es que no comprendes a tu hijo. Y sin embargo,
justificas la santa verdad de su locura.

Yo sé que algunas veces quisieras estrecharlo
a tu pecho, librarlo de no sé qué, de algo impreciso
que está en las rosas, en la cruz de las estrellas
y en el llanto de los que sufren y son pobres.

Pero el muchacho tuyo no sabe lo que dice.
Te quiere y nada más. Para qué estas palabras,
cuando en ti la verdad florece su poema.

Fatalidad

Fatal destino nuestro, de amar lo que no existe:
vendimiarse los racimos que nunca maduraron.
Vamos por esta vida, taciturnos y tristes,
buscando inútilmente lo que otros no encontraron.

Somos así, y en torno de nuestro barro, gira
todo aquello que nunca tocarán nuestras manos.
Perdidos en el fondo del mar de la mentira,
buscamos —buzos ciegos— la llave de lo arcano.

Nuestra vida ¿es mentira o es verdad? No sabemos.
Venimos de lo arcano, y hacia lo arcano iremos,
a encontrar la puerta que muestra lo ignorado.

Cuando el último día caiga, roto, del mundo,
colmará nuestras manos, en un solo segundo,
todo lo que en la vida en vano hemos buscado.

Poema de la tierra

A Armando Loyola

Tierra, como si fueras mi corazón, te quiero.
Para decir tu salmo sobre ti me levanto.
Alzo la frente, pero mi pies en ti reposan.
Soy el tallo moreno en la espiga del canto.

Tierra de los viñedos, tierra de los maizales
rientes y jocundos, ancha tierra del campo,
para apretarte toda contra mi pecho duro,
alargaría en ríos melodiosos mis brazos.

Prolongación de ti, todavía conserva
tu morena humedad este vaso de arcilla.
Si el corazón desnudo cayera en cualquier surco,
te enjoyaría toda de rosas purpurinas.

Tierra mía, mi tierra con olor a vendimias,
sabor del fruto dulce y del agua que bebo,
el día en que tu entraña me recoja y me absorba,
te habré devuelto solo todo lo que te debo.

2

Tierra humilde y reseca del patio de la casa,
pintada por la sombra de movedizas parras.
Tierra sin horizontes, heredad que termina
junto a la vertical tierra de las murallas.

El sol se acuesta en ella, como un perro, a la siesta.
La luna le derrama sus linos y sus platas.

Grises guijarros duermen junto a sus partiduras.
Sobre su rostro caen hojas y sombras de alas.

Dura como las manos del destino y la angustia,
y en la actitud divina del que sufre y se calla,
debe sentirse, cuando maduran los luceros,
fondo del pozo de la noche milenaria.

3

Tierra de los caminos del mundo entero. Tierra
hollada por las bestias grises y por los hombres.
Tierra por donde pasa la cosecha olorosa.
Polvo que va marcando la angustia de los pobres.

Franja de tierra, única de todos en el mundo,
siempre abierta y leal como una mano buena.
Predio de los poetas y de los vagabundos
que no tienen «en dónde reclinar la cabeza».

Yo me arrodillaría, y para darle sombra,
plantaría en su orilla mi huerto de poemas:
pasarían los hombres, cogerían las flores
y las irían, luego, deshojando en la tierra.

Yo, que nací desnudo y que nunca he tenido
más que un surco de angustia y un sembrado de estrellas,
pienso que si no hubiera caminos polvorosos,
no habría poseído ni una cosa en la tierra.

La codicia del hombre desdeñó los caminos.
Pueden pasar por ellos, enemigos y hermanos.
¡Ah, si la tierra entera fuese un camino inmenso,
todos podrían ir cogidos de la mano!

Bajo el asfalto duro de las ciudades duermes,
escondida del sol y lejana del viento.
Tierra de las ciudades, te vendaron los ojos
para que no miraras la sonrisa del cielo.

Sufres por los trigales que no fructificaron,
deslumbrados de sol, sobre tu pecho inmenso.
Y te clavan la entraña dolorosa y mordida,
los tallos sin raíces de los postes eléctricos.

Tierra mía, los hombres te olvidaron. No sienten
tu temblor en el surco, tu fragancia en el viento.
Y ni siquiera puedes besarles las rodillas:
entre ellos y tú, está la losa de los templos.

Yo sentiré por todos. Me tenderé de bruces,
hasta que me perfumes la sangre y el aliento.
¿En qué rincón humilde florecerá un rosal,
cuando tú seas toda de asfalto y de cemento?

Tanta sangre caída sobre la tierra. Tanta
vida segada cuando su aurora comenzaba.
Todo por el anhelo de poseer la tierra
y de alzar en la tierra fronteras y murallas.

Tierra escupida de blasfemias y sollozos,
de pólvora y de sangre, tierra de las batallas,
después que te mordieron y te dismantelaron
¿cómo podrá tu entraña florecer rosas blancas?

Las manos de los muertos, las bocas de los muertos,
se pegaron a ti, sangrientas y crispadas.
Te cubrieron entera de huesos y cenizas,
te quemaron los bosques, te enturbiaron las aguas.

Y tú, piadosamente, recogiste la sangre
para elevarla al sol, dulce y purificada.
¡Oh, melodioso viaje de la savia en los troncos,
rumbo al retoño niño o la flor deslumbrada!

Yo no sé qué designio preside tus alquimias.
Luchan por ti los hombres, tierra de las batallas.
Luchan, y no comprenden que cuando a ti se fundan,
te les entregarás, morena y perfumada.

6

Tierra los ojos y las manos,
húmeda tierra el corazón,
tierra la carne de la amada,
tierra fragante la canción.

Tierra los cuerpos en la cópula,
enceguecidos de hambre y sol:
tierra sufriente y dolorosa,
tierra con sangre de Dios.

Solloza el mundo en nuestra tierra,
y las estrellas, y la flor,
y la palabra de los vientos
y todo rosal interior.

Y esta tierra con que sufrimos,
nos impide toda ascensión,
y toda ala caída en tierra
se nos pudre en el corazón.

Tierra las manos de la amada,
tierra su cuerpo de alba y sol,
tierra sus ojos dolorosos,
temblor de tierra su temblor
en el instante del vencimiento,
tierra otoñal su extenuación.

¿Será de tierra el pensamiento
y será tierra la emoción?

Romance del hombre nocturno

(Aventura del hermano muerto)

Mi yegua subía, lenta,
con firmes pasos de bronce.
La noche de crucifijos
fulgía sobre los montes.
Andaba el agua desnuda
en claras conversaciones
con los grillos y las piedras
y las buídas canciones.

«Es mala la noche, amigo,
y en el monte andan ladrones».
¡Buen viejo! Me lo decía
allá en el campo de trojes
y un sobresalto rondaba
por sus pupilas de azogue.

Pero era buena la sombra,
madura de oros y olores.
¿Miedo? Mi yegua era firme
y yo llevaba un revólver
en el cinto, y en el pecho,
un ancho corazón de hombre.

Sin embargo, sin embargo,
mi mano sobresaltóse.
Cuatro jinetes venían,
pausados, bajando el monte.
Los vi recortarse negros
contra las constelaciones.
Mi bestia irguió las orejas

en agudos aguijones
y la estría de un lucero
rieló sobre mi revólver.

—¡Quién vaaa!

Los vi detenerse,
y mi voz multiplicóse,
rebotando en los picachos
como en cojín de resortes.
Cruzaba en ese momento
un paso de angostos bordes:
a la derecha, el abismo,
tinta o residuo de noche;
adelante, los jinetes;
a la izquierda —muro— el monte.

Seguí avanzando en la sombra,
hacia las sombras inmóviles.
Traspuesto el paso difícil,
me tropecé con sus voces:
—¿A dónde marcha el amigo?
—Al pueblo de más al norte.
Me esperan mi vieja madre
y mis hermanos menores.
Los dejé un día de marzo;
cinco años van, desde entonces.

Ancha mi voz, y serena;
la suya, opaca, de cobre.
Miré brillar dos pupilas
en un fulgor de emociones.
—Acompañaré al amigo,
hasta que trasponga el monte.

Cinco jinetes tomaron
rumbo a las constelaciones.

Bajaron cinco jinetes,
con firmes pasos de bronce.
Cuatro pararon de pronto
y el otro siguió hacia el norte,
después de estrechar las manos
tendidas de los cuatro hombres.

Clareó más tarde en el cielo.
Amanecer de limones.
Palabras de agua liviana.
Pájaros madrugadores.
Cerca, maitenes y boldos;
lejos, Rancagua y sus torres;
entre sus casas, mi casa,
con ciruelos y parrones
¡y mi madre, con sus ojos
de mares y de horizontes!

Detrás, el recuerdo grande
de un bandido que era un hombre.

Canción de las cosas humildes

El pilón de la casa,
por donde el agua cristalina
pasa
cantando su tonada campesina;
la escoba arrinconada,
el juguete tirado,
hablan, en esta tarde aletargada,
un lenguaje ignorado.

Me obsesionan las cosas olvidadas,
y en ellas mi alma busca
el verso que traduzca
su canción encantada,
sin decir
ni sentir
nada...

Campesina

La soledad de tus manos
huele a romero y a ruda.
Tienen tus ojos la sombra
de una campiña sin luna.

Pasa tu vida cantando
la canción del agua pura.
A veces en tu alma tiembla
la soledad de la lluvia.

Fruta perdida en la selva,
yo he divisado tu pulpa,
y desde entonces mi vida
lleva clavada una angustia.

Me ha perseguido el recuerdo
de tus pupilas oscuras.
¡Cómo quisiera lumbrarlas
con mi lámpara de luna!

Hora serena

Se va durmiendo la tarde
con el cantar de los grillos.
La noche se viene, sola,
por la paz de los caminos.

Llega un perfume sedante
desde los campos vecinos:
olor a trébol, a tierra
o a silencio campesino.

Detrás del monte, el crepúsculo
cierra su rojo abanico.
Un primer jirón de sombra
se enreda en los eucaliptus.

Rueda el son de una campana
su lagrimón desprendido...
La tarde que muere, tiene
los ojos humedecidos.

Romance de la Encrucijada del Muerto

Campo de grávido vientre.
Noche de grandes luceros.
Y, entre la noche y el campo,
dos caminos polvorientos:
dos caminos que se cruzan
lo mismo que dos aceros.

Aquí donde el valle funde
su polvo al polvo del cerro,
las plantas de la mañana
pisaron a un hombre muerto.
Tenía las manos cóncavas
de sostener el silencio
y una puñalada abría
su grito rojo en el pecho.

La luna de cristal y agua
se lo mostró a unos arrieros;
ellos llevaron la nueva,
como una carga, hasta el pueblo.
Vinieron hombres con placas
y transportaron el cuerpo
sobre una vieja carreta
que olía a quillay y a peumo.

Junto a la cruz de caminos,
quedó una cruz de cerezo.
El sol extendió los brazos
y se clavó en el madero.

Sobre el lugar, la leyenda
abrió sus flores de miedo.
El hombre muerto en la sombra,
contaban, era un minero.
Su lámpara, por las noches,
en la frente de un espectro,
encandilaba los ojos
miedosos de los viajeros
y un chorro de oro salía
por la herida de su pecho.

Campo de grávido vientre.
Noche de grandes luceros.
Y, abierta sobre la angustia,
la Encrucijada del Muerto.

¡Santa María nos libre
del espectro del minero!

Responso a García Lorca

Llevaba el día en el cinto
como un alfanje de plata,
y en el arzón de la silla,
una guitarra gitana.
Romances de luces nuevas
se abrían en su garganta.
Los ayes del cante jondo
lo lamían como llamas.

Cuando soltaba su copla
cantaba toda la España.

No murió como un gitano:
no murió de puñalada.
Cinco fusiles buscaron,
por cinco caminos, su alma.

Le abrieron el corazón
lo mismo que una granada.
¡Y el surtidor de su sangre
manchó las estrellas altas!

¡Cómo lloraban los ríos
de España!

En ese instante indeciso
de las hembras despeinadas,
en ese instante en que el grillo
cava la mina del alba,
García Lorca, en el suelo,

con una flor colorada
condecorándole el pecho
quedó sin canto y sin habla.

¡Cómo temblaban los montes
de España!

Cuando enmudeció su lengua
no doblaron las campanas.
Nadie le trajo una rosa.
ni un verso, ni una guitarra.
Apenas el chisperío
de una estrella deshojada.
Apenas la visión última
de la cal de las murallas...

¡Cómo crujían los huesos
de España!

—¡García Lorca! ¡García
Lorca! —mil voces clamaban.
Preciosa, la del pandero,
danzando se desmayaba.
Brincaban, enloquecidos,
los pechos de Santa Olalla.
La casada del romance
desgarraba sus entrañas.

¡Cómo se rompía el alma
de España!

Muerto se quedó en la tierra,
tronchado por cinco balas.
Este año no darán frutos
los naranjos de Granada.
Este año no habrá claveles
en las rejas sevillanas.

El río Guadalquivir
llevará sangre en sus aguas.

¡Cómo llorará su espíritu
en las guitarras de España!

España eterna

«...porque el pueblo español / es eterno»

Augusto D'Halmar

—¡Oro es triunfo! ¡Copa es triunfo!

—¡Silencio! ¡Triunfo es espada!

La muerte mueve los naipes
en el tapete de España.

Con dados de calaveras,
con pupilas afiebradas,
con blancos fémures rotos,
con hembras ensangrentadas,
se van cubriendo las sotas,
los reyes de las barajas.

Juega Miguel de Cervantes,
juega la su mano manca.

Bajan por Sierra Morena
jinetes de pluma y capa.
Por el Duero, por el Tajo,
por el Ebro y el Guadiana,
vienen regueros de sangre,
vienen ayes, vienen lágrimas.
Y, entre el tumulto, la muerte:
—¡Jugad, que triunfo es espada!

Y pone el Cid los arreos
de Babieca en la subasta.

Gitanas empuñan, locas,
panderos de piel humana:
tocan los dedos, en ellos,
meloideas de metralla.

Las castañuelas parecen
dientes que se entrechocaran.
Y otra vez la voz terrible:
—¡Jugad, que triunfo es espada!

¡Y caen sobre el tapete
los pechos de Santa Olalla!

—¡Oro es triunfo! ¡Copa es triunfo!
Grito de edades pasadas.
Grito de gentes que ocultan
los doblones en la almohada.
Grito de reyes caducos,
de condes y cortesanas
y petimetres pulidos...
—¡Ahora triunfo es espada!

Sonríe junto a la muerte
la sombra de Torquemada.

Preñados de noche y miedo,
los caminos de la Mancha,
vienen llenos de gigantes
y caballeros con lanzas.
Amadíses y Esplandianes
abren, sañudos, la marcha.
Criadas que son princesas
miran desde sus posadas.
Capitán de los ensueños,
don Quijote de la Mancha,
se acomoda en sus estribos
y grita: —¡Triunfo es espada!

¡Brilla el yelmo de Mambrino,
jugado sobre una carta!

Un caballo blanco y rojo,
galopador de batallas,
se para junto al tapete
donde la muerte baraja.
Santiago —metal y empuje—
se limpia el sudor y baja;
tienen sus ojos el brillo
de dos aceros sin vaina.

¡Diez mil cabezas de moros
en una sola jugada!

Bandidos, aventureros,
conquistadores, piratas,
combatientes vagabundos,
pícaros de fina estampa,
lazarillos perfumados
con medio guante y sin blanca,
caballeros de gorguera,
frailes de cruz y de espada,
navegantes, capitanes,
hidalgos de alma finchada,
todos el juego contemplan
en torno a la mesa trágica.

¡La herencia de treinta siglos
jugada sobre una carta!

Contra la muerte que aúlla,
contra el hambre y la metralla,
defiende el pueblo, defiende
una herencia bien ganada.
Treinta siglos de combates
a su espalda se amurallan.

Escuadras de muertos héroes
piden victoria y venganza:
—¡Las extranjeras legiones
no pasarán!

¡Y no pasan!

¡Y España vence la muerte
con espada, espada, espada!

Elegía por los niños muertos

Todos los niños del mundo
han detenido sus rondas,
todos los niños del mundo
tienen amargas las bocas,
porque otros niños cayeron
sobra la tierra española,
y hay madres que están llorando,
llorando, mudas y solas,
junto a juguetes inútiles
tirados en las alcobas.
Todos los niños del mundo
han detenido sus rondas.

Niños de carne florida,
niños de risa y aroma,
niños que hacían sonar
la flauta azul de la aurora,
niños que dormir podrían
en el vientre de las rosas,
hoy duermen, despedazados,
llenas de sangre las bocas,
los ojos llenos de sangre,
sobre la tierra española.
¡Sobre quienes los mataron
caigan mil años de sombra!

En sus gargantas de seda
la música era redonda.
En ellos cuajaba el fruto
de España grande y sonora.

Manos que el día besaba:
las destrozaron las bombas.
Pasos que iban al futuro:
los tronchó una llama roja.
Todos los niños del mundo
tienen amargas las bocas.

¿Quién cantará sobre España,
rondas y rondas y rondas?
Los niños muertos no ríen.
Los niños muertos no lloran.
Por ellos Andalucía
dará claveles de sombra.

Callarán las castañuelas
en manos de las manolas,
y sonará en los burdeles,
como un responso, la jota.
Todos los niños del mundo
han detenidos sus rondas.

¡Ay, sierras del Guadarrama!
¡Ay, campos yermos de Soria!
¡Ay, castellanas llanuras!
¡Ay, carreteras de Córdoba!
Todas las tierras de España
llenas de voces que lloran.
Voces de niños caídos
con la canción en la boca.

¡Sobre quienes los mataron
caigan mil años de sombra!



Carlos Pizarro



Viaje del alba a la noche
(1940)

Raíz del canto

Conozco el habla de los hombres
que van curvados por el campo
y el grito puro de la tierra
cuando la hienden los arados.

Conozco el trigo que madura
—sol en monedas acuñado—
y las mujeres que transportan
su llamarada entre los brazos.

Generaciones de labriegos
van por el cauce de mi canto:
hembras del pecho en dos racimos,
firmes varones solitarios.

Ellos hablaban con Dios vivo
en el mensaje de los cardos
y conversaban con el agua
en el lenguaje de los pájaros.

Un abuelo de mis abuelos
era padrino de los álamos.
Otro acuñaba lunas nuevas
al levantar su hoz en alto.

En el silencio de mi madre
dormía el yuyo de los campos,
la yerba-luisa, el toronjil,
el vaso blanco de los nardos.

Todos me cantan pecho adentro;
van por mi sangre río abajo;
giran en trilla de jacintos
por mi silencio deslumbrado.

La tarde pura de mi verso
tiene gavillas y ganados,
porque aún miran con mis ojos
los que sembraron y sembraron.

Cuando galopo cielo arriba
sobre mi yegua de topacio,
es que me tiene desvelado
mi sementera de los astros.

Conozco el grito jubiloso
del trebolar recién regado
y ese licor que se derrama
desde las copas del zapallo.

Sé del lagar, sé de las viñas
y de los mostos fermentando,
y sé de Baco que solloza,
borracho azul, entre los pámpanos.

Sé de las lentas escrituras
del humo gris sobre los ranchos;
del viento sur cuyo relincho
puebla la noche de caballos.

Sé de la harina mañanera
que agosto vuelca de un cedazo
y de los pozos que gotean
en un crepúsculo de cántaros.

Sabiduría de mi sangre
donde los llantos fermentaron.
Sabiduría de mi pecho.
Sabiduría de mis manos.

Lento, en la tarde silenciosa,
por este surco voy pasando:
surco sutil hecho en el tiempo
con el arado de mi canto.

Tengo de greda hecha la frente.
De greda tengo mis dos manos.
Sabiduría de mi sueño.
Sabiduría de mi tacto.

Porque conozco y sé la tierra,
viviré siempre deslumbrado
y conversando iré por ella
con la semilla y con el árbol.

Si de repente me muriera,
como se cae un campanario,
retemblarían las campiñas
en un galope de centauros.

Melodía del jilguero

Tú no podías morirte.
Tú estabas
tan llena de cascabeles,
que el corazón te pesaba
como una rama de acacia
entre la luna y el agua.
Por un costado del cielo
fluía la madrugada,
tan fina
como una flauta que canta.
Fluía, fluía leve;
por tu alegría pasaba
lo mismo que un agua joven
va por las piedras descalza.
Tú no podías morirte,
limón, lucero, esperanza.
El aire suelto y desnudo
besaba
tu rostro resplandecido
de gozo como una lámpara.
Semilla de cielo, brote
de sol hacia mi garganta,
yema del trino más trino,
beso del agua más agua,
timón de la golondrina,
palabra
que solo fue pronunciada
para morirse después
con cielo sobre las alas.
Tú no podías morirte,

Primavera iluminada.
Ahora estallas, abierto
cohetes por la enramada,
en un finísimo fuego
que es trino de luz y malva,
y es cimbra de almendro nuevo,
y es ancla
del bajel que anda en la luna
con una rosa de lámpara.
Resucitada en el canto,
te llevo aquí, yuyo, malva,
racimo de cascabeles,
menta, ruda, nardo, salvia.
Tú no podías morir
antes que yo te besara
la ojera azul de jacinto,
la boca de llamarada.

Fuga mojada

Iba por el agua la potranca fina,
la que tiene el casco de ventisca clara.
Iba por el agua delicadamente,
cruzando el misterio de un túnel de ramas.

A la dulce vera del agua crecían
hierbas de la plata de mojadas barbas.
Y bajo los dedos del viento campero,
los mimbres esbeltos tocaban guitarras.

Húmedo su belfo, la potranca olía
y compraba mentas con monedas de agua.
Y en el chapoteo de sus cascos tiernos
escapaban peces y crecían alas.

Huasqueada por látigos de sombra, seguía
pisando el estero de pura mirada.
Por sus cuatro patas como tallos grises,
subía el estero, camino de su alma.

De pronto, la niña desnuda en el agua,
deslumbró sus ojos, blanca, blanca, blanca.
Llenas las pupilas de fulgores y hostias
se quedó mirando la fina potranca.

Y huyó temblorosa por el campo nuevo,
rompiendo la hierba con cascos de plata.
La niña, miedosa de centauros locos,
por el bosque huía con su traje de agua.

La cabra

La cabra suelta en el huerto
andaba comiendo albahaca.

Toronjil comió después
y después tallos de malva.

Era blanca como un queso,
como la luna era blanca.

Cansada de comer hierbas,
se puso a comer retamas.

Nadie la vio sino Dios.
Mi corazón la miraba.

Ella seguía comiendo
flores y ramas de salvia.

Se puso a balar después,
bajo la clara mañana.

Su balido era en el aire
un agua que no mojaba.

Se fue por el campo fresco,
camino de la montaña.

Se perfumaba de malvas
el viento, cuando balaba.

Ángel y volantín

El volantín y el ángel, solos por el espacio.
Trepaban sin romper la burbuja del día.
El volantín y el ángel anclados en el cielo.
Viviendo en un desnudo clima de golondrinas.

Era un acuario el cielo del pez morado y ágil.
El ángel transparente casi no se veía.
Solo estaban sus manos, llenas de viento nuevo.
El volantín, en ellas, casi resplandecía.

El cielo era redondo y era redondo el vuelo.
Por abismos azules el volantín subía.
Fino arado rompiendo las campiñas del viento.
En cada surco el ángel se desaparecía.

Pero invisibles trampas giraron de repente.
Por escalas quebradas el volantín caía.
Ángel y volantín en un almendro anclaban.
Entre flores rosadas el ángel se moría.

Tonada de infiernillo

(Playas de Pichilemu)

Infiernillo,
tu mar está destrozando
un cuento de barcos idos.

Tus rocas dentadas muerden
el agua en duros molinos
y salta la espuma frágil
como una harina de lirios.

Infiernillo,
para gaviotas de viento
acuñas alas de vidrio.

¡Cómo levantas en alto
diez mil pañuelos de lino
para saludar la sombra
de bergantines perdidos!

Infiernillo,
por tus ojos de salmuera
está llorando el Pacífico.

Tus aguas bailan la polca
violenta del equilibrio,
la transparente pollera
llena de encajes floridos.

Infiernillo,
los pechos verdes del mar
rompen en ti su corpiño.

Dictas lecciones y sumas
de caracoles marinos.
Las rocas que te circundan
son azules de suspiros.

Infiernillo,
tu mar está destrozando
un cuento de amores idos.

Muerte de Alfonsina Storni

1. El llamado

Todos los barcos perdidos
tocaban negras sirenas,
cuando Alfonsina se erguía,
sola, entre el mar y la tierra.
El Atlántico soplabá
su caracol de tormentas.
Mil capitanes fantasmas,
las manos en las viseras,
surgían ante Alfonsina,
rígidos, sobre cubierta:
en sus pechos transparentes
el cielo ponía estrellas;
bajo sus cuencas profundas
la noche se anocheciera.
«Te aguardamos, Capitana
—con voz de viento dijeran—;
falta nos hacen tus ojos
para ver en las tinieblas.
Perdidos vamos, y mudos,
por un país de salmuera.
La Cruz del Sur te daremos
por insignia marinera».
Alfonsina estaba sola
sobre las rocas enhiestas.
El llamado galopaba
por el latir de sus venas.
El viento la ve avanzar
y aúlla por detenerla.

Camino de espacio fresco
recorre un segundo apenas.
Y luego, el mar en sus ojos,
el mar en su cabellera;
el mar mojando sus pechos,
subiendo por sus caderas;
el mar para conservarla,
cerrando sus verdes puertas.
Alfonsina está en el mar,
isla menuda y eterna.

2. Alfonsina en el mar

En mensaje de magnolias
la espuma fue a la ribera.
Con luz de lámparas verdes
el mar alumbró la fiesta.
(Fiesta del agua que se abre,
fiesta de un cuerpo que llega).
Peces de escamas fulgentes
guiaron a la viajera.
Ostras abrieron sus cofres
repletos de grandes perlas.
Rojos corales cantaron
pregones de sangre fresca.
Sonámbula va Alfonsina
por calles mudas y quietas.
El agua lustra el asombro
de sus pupilas abiertas.
El mar agita las frágiles
algas de su cabellera.
Hondo país de silencio,
país de rosas secretas,
de misteriosas ciudades,
de altas paredes siniestras;

dársena definitiva
de las perdidas goletas;
joyel de las maravillas
que nunca tuvo la tierra.
Alfonsina con sus manos
abrió la invisible puerta.
El mar la tuvo por fin,
después de siglos de espera.
El mar que para llamarla
pulsó guitarras de ausencia.
Novia del mar, Alfonsina
el mar está poseyéndola.

3. El retorno

Un ángel que se inclina, doblando la cerviz,
y el cuerpo de Alfonsina sobre la playa gris.

Nada más. El océano, su profundo latir,
y el pulso de Alfonsina sin poderlo seguir.

Un claror tiritaba sobre rosas de frío.
La barca de Alfonsina por un lejano río...

Iba llegando el alba, lento barco de malva.
El cuerpo de Alfonsina era blanco en el alba.

No sería más blanco un almendro polar
que Alfonsina vestida con espuma de mar.

Sobre celestes plumas, la cabeza de Dios
se despertó: Alfonsina, sin mirada y sin voz,

atrajo hacia la tierra su profunda pupila.
Y dijo Dios: «Por fin solitaria y tranquila,

tú, la sufriente, estás, ancla sin su navío.
La piel del infinito siente tu calofrío».

Junto al cuerpo yacente pusiéronse a rezar
el ángel de la aurora y el centauro del mar.

Y Alfonsina sentía, su alta sien en el cielo,
un translúcido soplo de planetas en vuelo.

¡Y más allá de todo, más allá de ese soplo,
Dios esculpía estrellas con un celeste escoplo!

Marina irreal

Descubridor azul, vela celeste
surca tu mar, milagro de acuarela.
Llovida de frescor la pasarela
y el puente tiritando sol agreste.

Apuntalada de ángeles la veste,
con júbilo de niño sin escuela,
un viento sin timón raudo bisela
relámpagos de polen por el este.

Aquí, salada de clarores, canta
la luna, espuma de limón, y anida
en un tallo invisible como un vuelo.

Y desde el mar el día se levanta,
en madrugada de frescor vestida,
hojeando la bitácora del cielo.

Descubrimiento de América

A Raúl González Labbé

Habría que empezar de nuevo.
Partir de la raíz del indio.
Ir al origen puro sin conceptos ya hechos.
Solo así encontraríamos la América no descubierta,
la América del vientre claro y los jocundos pechos,
la América con su propio idioma cantador,
galopando su libertad de yegua joven bajo el cielo.

Tenemos cuatro siglos de invasiones.
No sabemos usar nuestros ojos.
Pies extraños caminan por nuestras heredades.
Extranjeras palabras definen gestos nuestros.
Oro, cobre y sudor americanos
—amalgama de gritos y protestas—
surcan el mar en barcos de incomprensibles nombres.

América. Digo: la América de los bananos,
y los cafetales, y las caucheras y los minerales.
La América que pare abundancia.
La América de los grandes ríos y las montañas grandes.
El Nuevo Mundo que amamanta al mundo viejo.
La tierra en que mis hermanos los parias tienen hambre.
La América, sí, la América que no necesita nodrizas,
porque bebe leche de cielo en la cumbre del Aconcagua.

No la escolar América sabida por los mapas:
tierra tatuada de nombres y colores,
partida en Panamá por un canal de fierro
y comida en el Sur por los hielos australes,
sino esta otra, esta que nace

en el pétreo filo de los Andes
y cae como un poncho verde a dos mares azules.
Esta que va en mi canto americano,
resonando en el galope del charro,
del huaso, del llanero, del indio y del gaucho.
Esta que va en la espalda del cargador de muelles,
y en la espuela grandota, y en el sombrero floreado,
y en la ojota besada por aguas y tierras,
y en el olor del mate amargo,
y en el lamento de la quena y la trutruca,
y en el aroma de la piña madura,
y en el maíz que ríe con risa de sátiro,
y en el coco y la jícara que recibe su jugo.
Esa es la América, hermanos.

Es pura la mañana. Cantan los pájaros.
Canta el sinsonte y el quetzal es un relámpago.
Vamos a descubrir la América nuestra.
El día agita sus banderas anchas.
Es hora de partir y amanecer.
Partamos.

Bajorrelieve de Gabriela

Ay, Gabriela, Gabriela,
con tanta sangre india
repartida en las venas;
con tantos horizontes
y tanto amor de América,
caminas y arrebañas
los perfiles de piedra
de los Andes, que vienen,
como en una marea,
envainando en el cielo
sus cuchillas eternas.

Ay, tú, a quien los maíces,
su enjambre de ballestas,
su americana y verde
puñalada te asestan;
tú que vives vaciándote
en jícara y en quena,
y que nunca te agotas
y siempre te renuevas;
tú que estás repartida
entre el agua y la tierra;
tú que en la geografía
de tu carne morena
portas el Amazonas
con su millar de riendas;
pulidora de cántaros
de colombina greda,
amasadora de alas,
ay, madrina y abuela

del maguey tropical,
la araucaria chilena,
de la quina y la coca,
del ombú y de la yerba...

¿Cómo canta el sinsonte?
Dímelo tú, Gabriela;
tú que lo sabes, tú
que tienes veinte, ciento,
mil años de sapiencia;
tú que resumes el olivo
y el aceite ardiendo en candelas;
tú que estás con la boca herida
que si un día te murieras,
seguirías manando cantos,
hecha laurel, maitén y hevea!

Hasta en tu nombre agrario,
ay, Gabriela —LABRIEGA—,
llevas en firme cuño
la pasión de la gleba.
Como el higo mamando
la leche de la higuera;
como patagua enraizada
por mil destinos en la tierra;
como viento que va empujando
los oleajes de la selva;
como bosque del sur
sangrando copihueras,
vibras con las corrientes
vegetales de América.
Y estás ahí, partida
por enemigas fuerzas,
en una jungla oscura
con hachas que resuenan,
recogiendo en tu seno
la vendimia de estrellas.

Cuando inmóvil te quedes
—¡ay, Gabriela, Gabriela!—,
te acuñarán los Andes
como en una moneda
y te harán de greda el sarcófago
para que siempre tengas tierra.

Umbral de noche

El grillo podaba estrellas
en el cielo de la tarde.
Se iban llenando de rosas
los delantales del aire.
Frescor de rosas de oro,
rojez de rosas granates.
Y el grillo corta que corta
con tijera de cristales.

Ya retornaban, balando,
los corderos por el valle.
Pulió el grillo su tijera
para esquilar recentales
y los vellones cortados
cayeron sobre los Andes.
Y balaban los corderos
conducidos por los ángeles.

Dulces praderas de tréboles.
Caminos que no anda nadie.
Lejanas voces labriegas
que dicen viejos cantares.
Cantares que van cruzando
el agualuz de la tarde.
En papel azul el grillo
recortaba soledades.

Ya no era tarde ni noche,
ya no era noche ni tarde.
La yegua noche morena

con lumbré por los ijares.
Arriba, el rosál de Dios
echó su rosa más grande.
El grillo cortó la luna
en el rosál de los Andes.

Responso nocturno a Pedro Bermejo, bandido

Pedro Bermejo, duro perfil trajiste.
Eras el resplandor del cuchillo. El que sabe
que el corazón apenas vale cuatro luceros
y la vida del hombre se juega como un naipe.

Allá tu noche heroica. Caballo y fogonazo.
El casco del corcel y el temblor de la sangre.
Eras una montaña y un cruce de caminos.
La muerte agazapada entre los matorrales.

Duro destino tuyo, Pedro Bermejo. Fuiste
pupila de fusil, espada de ángel.
Una sota manchada de vino y un tapete.
Una mano morena y un billete con sangre.

Una mujer o varias. Era la misma boca.
Entre la obscuridad, todas iguales.
¡Pedro Bermejo, alerta! Un beso, y hasta nunca.
Detrás de ti, un sonar de herraduras y sables.

Estrépito y estrellas parían los caminos
a tu paso veloz, Pedro Bermejo. Nadie
supo nunca el color de tu yegua mulata.
Feroz y solitario tu corazón de sauce.

Riesgo de precipicio. Voz erguida.
Yo, que soy campesino, sé que el Diablo y un ángel
encendieron las fraguas de la tierra
para fundir la bala que había de matarte.

Balada de la perdida voz

Se me va perdiendo, madre,
tu voz en la soledad:
apenas un fino viento
por el ala del cantar;
apenas esa tristeza
del que quiere sollozar
y no lo dejan los hombres
con su corazón estar.
Tu voz se me pierde, madre,
y no la puedo encontrar.

En el pecho que te lleva
como una hostia lunar,
un árbol me va creciendo:
tierra de sinceridad,
isla de bordes amargos,
peñasco sin claridad
que el mar golpea filoso
con su mordisco de sal.
Tu voz se me pierde, madre,
en esta furia del mar.

En vano mi puerta cierro,
tapiada a todo llamar.
Fuera golpea la noche
con su puño de alquitrán
y crecen frías estrellas,
boquetes de claridad.
Estrellas y noche gritan
y no las puedo dejar.

Madre, tu voz se me pierde,
florida de inmensidad.

A tientas la voy buscando,
a tientas vuelvo a llamar,
y solo mi voz responde:
soledad en soledad.

Romance de Isolda Pradel

Madrina tuya, la luna
con crinolina de rosas.
Cristalería del agua
que en surtidores se dobla.
¡Ay, telares de agua y luna
tejen tu velo de novia!
En fragua de maravilla
¡qué cantarinas ajorcas!

Eres la esposa en el día,
pero en la noche eres novia.

Si el agua con cielo y luna
quisiera volverse estrofa,
si cantara un ruiñeñor
en la noche melodiosa,
si el prado azul de los cielos
soltara sus mariposas,
¡qué diadema te pondría
sobre las sienes, Isolda!

Eres mi esposa y te quiero
como si fueras mi novia.

Esta noche nos casamos.
Los juncos que el viento dobla
nos dan su consentimiento
con frases hechas de aroma.
A nuestra boda vendrán
cometas de larga cola.

Y en los jardines dormidos
darán un baile las hojas.

Eres la esposa en el día,
pero en la noche eres novia.

Pulen su flauta de grillos
para tocar en la boda.
Los murciélagos se visten
con una capa española.
Puñados de arroz dorado
el cielo en la fuente arroja.
El clarín de un gallo rasga
como un cohete la sombra.

Eres mi esposa y te quiero
como si fueras mi novia.

Ponte tu velo de luna,
dame tus manos, Isolda:
aquí tienes el anillo
del ensueño y de la estrofa.
Cierra los ojos y escucha
la voz del viento en la sombra;
pontífice azul, oficia:
«Ya sois esposo y esposa».

¡Y yo te sigo queriendo
como si fueras mi novia!

La primera vez

Era el pétalo fino de la media cayendo
y el anillo rosado cerca de la rodilla.
Después, el pie desnudo, su marfil y su fruto,
y pantalla la enagua con sus lámparas íntimas.

Removida la sábana arrolló su ola blanca.
Una marea cálida en el lecho crecía.
¡Oh, las olas gemelas que venían viajando
hacia la boca dulce, caracol de caricias!

Me asomé para ver la noche perfumada
y el mundo que creabas con tu presencia fina.
Y allí estabas, lamida de fulgores y sombras,
con tu cuerpo en temblor, lámpara de glicina.

Yo no sé qué naufragio entre aromas y roces.
Yo no sé qué palabras desde adentro crecían.
Como huracán y espada, como flecha de Dios,
nos abatió la ola de la muerte divina.





Las alas del fénix
Romances de una ciudad heroica
(1943)

Romance de Tomás Guaglén

A la Srta. Ana López Díaz

Guaglén en la lejanía
tiene clavados los ojos.
El Cachapoal, a sus plantas,
las aguas mueve, furioso,
y dice cosas oscuras
su interminable rezongo.
Guaglén escucha las voces
del agua turbia en el fondo
y ese sonar, en su espíritu,
es música de abandono.
Ya no desea la guerra,
ni la paz, ni el sol, ni el oro...
En su corazón desierto
solo caben los sollozos.

¿Qué buscas por los confines
del horizonte remoto?
Las nubes, en las alturas,
se incendian de tonos rojos
y fingen en sus blancos
de un bello rostro el contorno:
rostro de raza española,
sonriente, dulce, amoroso.
Por él, Guaglén cedería
sus tierras, su sangre, todo.
Por un beso de esos labios
la muerte sería un gozo.

De la tribu hablan los machis:
—Nuestro cacique está loco.

En raza que no es la suya
quiere dejar sus retoños.
El puma está con el puma,
el cóndor va con el cóndor,
no dan peumo los quillayes,
los maitenes no dan boldo
ni juntos pudieron nunca
ir el amor con el odio.
¿Podrá ser madre de indios
hembra que lleva en los ojos
la codicia de los huincas
y tiene pálido el rostro?
¡Raza de buitres caída
sobre nuestro territorio!

El brasero del verano
se apagó del sur al soplo;
danzaron hojas al viento,
movibles embudos de oro;
llegó el invierno rezando
en rosarios de abandono,
y un día la primavera
abrió sus cándidos ojos...
Guaglén seguía soñando
a orillas del Río Loco.
Lentamente sus pupilas,
del valle por el contorno,
vieron venir un cortejo
de jinetes presurosos.
Frente a él se desmontaron
con ademanes airoso,
entre reflejos de espadas
y de metales sonoros.
—Cacique, Dios te bendiga.
—Pillán huya de vosotros.
—Indios fieles nos han dicho

que pasas tus días solo
y que algo que nunca llega
parecen mirar tus ojos.
—Secretos que un indio guarda
del corazón en el fondo,
son como piedras de altura:
la nieve les cubre el rostro...
—Mas llega el sol de noviembre
con ardientes rayos rojos
y la nieve cae al valle
gota a gota, en lento lloro.
Hasta tu nieve ha llegado
el sol de unos ojos moros
y por ellos vas penando:
¡secreto que saben todos!
—¡Daría mi sangre toda
por mirarme en esos ojos!
—¿Darías también las tierras
que eligiéramos nosotros?
—¿De qué me sirven las tierras
si sufro negros insomnios?
—A la mujer con que sueñas
te darán en matrimonio,
pero tendrás que adorar
de Cristo el nombre glorioso.
—Si Cristo el amor me trae
a Cristo desde hoy adoro.
La Iglesia, por el bautismo,
te pondrá nombre católico.
—Olvidado sea el mío
si el amor quiere darme otro.
—De ídolos y costumbres
renegarás...

—No lo ignoro.
—¿Y estás dispuesto?
—¡Dispuesto!
—¿De todo abjuras?
—¡De todo!
—Don José Manso Velasco,
corazón de cielo y oro,
gobernador de estas tierras,
conocerá tu propósito.
Cacique, aguarda tranquilo
nuestro próximo retorno.

Partióse la caravana
por un camino entre boldos
y Guaglén quedó soñando
a orillas del Río Loco.

* * *

Deshizo la primavera
su encaje de leves tonos.
El verano junto al río
paró su caballo rojo
y de Guaglén pudo ver
el gesto de amor y arrobó:
a una mujer sostenía
en sus brazos musculosos
y ella reía mirándolo
con dulcísimo abandono.

Y los machis de la tribu
preguntaban, cavilosos:
—¿Será verdad o mentira
lo que han visto nuestros ojos?
Y, en seguida, pensativos,

cuchicheaban en corro:

—De un águila con un puma,
¿cuál ha de ser el cachorro?

Romance de los veinte conspiradores

A Raúl Miranda V.

Entre callejas estrechas
y claveteados portones,
en sombras que no disipa
la lumbre de los faroles,
cruzan, sigilosamente,
espadines y jubones
que semiocultan, medrosos,
los embozos españoles.

Las casas de recios muros
y tétricos corredores
tienen un patio con alma
de luna, de agua y de flores.
Rejas de hierro labrado
en que sangran clavelones
sienten un florecimiento
de madre selvas y amores.
Y, arrancando al empedrado
notas de acento disorde,
pasa el sereno cantando:
«¡Ave María... y las once!».

Santa Cruz duerme su sueño
de aromas y surtidores.
Va navegando la luna
por olas de nubarrones.
La calle tiene un desvelo
de estremecidos temores.
Diez y seis sombras cruzaron
silenciosas y veloces;

Abrióse dieciséis veces
un recio portón de roble.
—Santo y seña.

—¡Libertad!

Giran, pausados, los goznes
y el umbral cruzan los cuatro
últimos conspiradores.

En una estancia que alumbran
seis candelabros de cobre,
patriotas de ojos brillantes
hablan con cálidas voces.
Un sueño de abiertas alas
fulgura en sus corazones:
—Sobre tierra americana
vuelan altivos los cóndores;
clavan los Andes el cielo
con puntiagudos estoques;
los pumas dueños crecieron
de serranías y bosques,
y nosotros, ciudadanos,
que libres nacimos y hombres,
encadenados estamos
como domésticos leones.

Por los muros de la estancia
pasan sombras de legiones
y escúchase, en el futuro,
ronco doblar de tambores.
Pariendo estrellas terribles
claman lejanos cañones.
Hogueras al cielo suben
como blasfemias o flores.
Y desde el mar se levanta,
incendiando el horizonte,
estandarte de rebeldes,

un sol de liberaciones.
Por los zaguanes, de pronto,
brillan pistolas y estoques.
—¡Traición!

El grito resuena,
hondo, por los corredores,
y el eco al punto se apaga
entre sangre y estertores.
Como puñales sin vaina,
blasfemias cortan la noche.
—¡En nombre del Rey, rendíos!
Veinte disparos responden.
(En la estancia se ha extinguido
la lumbre de los velones.)
Por el hueco de la puerta
asoman treinta cañones
y los fusiles florecen
súbitas rosas de azogue.

El plomo muerde las carnes
con dentelladas atroces.
Relámpagos espectrales
ponen muerte en las facciones.
Y luego, un silencio cunde
por los abiertos salones,
entre acre sabor de pólvora
y vahos de sangre joven.

Cuando el alba en las estancias
penetre por los balcones,
mojará sus pies en sangre
de veinte conspiradores.

Por calle del Rey arriba...

A Isolda Pradel

Por calle del Rey arriba,
de San Francisco a la diestra,
en casa de recios muros,
vivía la Primavera.

La luna que se asomaba
por los ventanales, era
la boca de una guitarra:
las cuerdas eran las rejas.

La Primavera tenía
carne de mujer morena,
ojos de amor y pecado,
boca de dulce promesa.

Manuel Rodríguez la amaba;
mas otro la pretendiera:
antes que decir su nombre,
mi boca, firme, se cierra.

Sonriente y mozo era el uno;
el otro, celo y fiereza.

Entre los dos militares
temblaba la Primavera.

En noches de ausente luna,
llegaban ambos a verla:
el uno por la ventana,
el otro por franca puerta.

Los besos del que acudía
sin trabas a la vivienda,
eran amargos de celos
y hablaban de muerte artera;
mas los de Manuel Rodríguez

sabían a madre selva,
sabían a estrellas rubias
y a rasgueo de vihuelas.
A la mujer por las rejas
toda el alma se le fuera.

Jinete en caballo moro,
Rodríguez a verla llega.
Le cantan los espolines
al desmontar en la acera.
Los espolines le cantan
a la mujer que lo espera,
pecho adentro, sangre arriba,
como nupciales promesas.
A través de los barrotes,
las manos de la morena
sobre el pecho masculino
descansan en la guerrera.
Del militar en el cuello
relumbran dos calaveras:
es la insignia de los Húsares
que entre las sombras destella.

—Amado anoche soñaba...
soñaba cosas siniestras:
la insignia que tú llevabas
en sangre se te tiñera...
Amado, en un cielo negro
sangraba la luna nueva...
Manuel Rodríguez besaba
los labios de la morena;
sus dientes en la penumbra
brillaban con risa fresca.
—La bala que ha de matarme
ningún hombre la fundiera.
La sangre que viste anoche
son mis amores, morena.

* * *

En Til-Til quedó tendido
de muerte alevosa y fiera.
La sangre del pecho abierto
manchaba dos calaveras.
En la noche de aquel día
fue roja la luna nueva.
A traición tuvo que ser,
que de frente no pudieran.
La bala no fue de lomo,
que fue de celo y fiereza.
Al mundo vino muy tarde
ese año la primavera.
Las rosas fueron más rojas
y fue más triste la tierra.

* * *

En calle del Rey arriba,
de San Francisco a la diestra,
tras enrejada ventana
lloraba la Primavera.
Un caballero de sombra
llegarse quiere hasta ella.
No cantan sus espolines
al desmontar en la acera.
Del caballo que lo trae
las herraduras no suenan.
En vano dos blancos brazos
asómanse por la reja:
el caballero es de viento;
sombra en la sombra, se aleja.

La mujer está llorando,
ya no vendrá el que ella espera.

¿El nombre de esta mujer
de sueño, amor y leyenda?...
Vivió en Santa Cruz de Triana;
era criolla y morena...

La historia no dice más.
Llamémosla Primavera.

Crecida del Cachapoal (188...)

A Eugenia Guzmán de González

La Virgen de las Mercedes,
volando en sus blancas andas,
sobre diez hombros robustos
con rumbo del sur avanza;
que han venido de los campos
labriegos de faz tostada
amparo y sostén pidiendo
para sus vidas y casas.
El Río Loco ha bajado
rugiendo de las montañas
y en un galope de furia
ha roto diques y vallas.
El cauce que ayer tuviera
no es el de hoy, ni el de mañana,
que por campos y ciudades
suelta sus turbidas aguas
ahogando con su abrazo
bestias y vidas humanas.

Desplegando sus anillos,
oscura serpiente airada,
este día el Río Loco
por el camino se arrastra.
Medrosos ojos de angustia
lo vieron desde Rancagua
y en lo alto de La Merced
sonaron toques de alarma.
Por eso salió la Virgen
volando sobre sus andas
y ahora, por el camino,
con rumbo del sur avanza.

De los hombres que conducen
la imagen augusta y santa
los pies están ateridos
bajo el correr de las aguas.
Rompiendo cercos y ranchos,
el río, furioso, brama.
Entre sus fauces florecen
sucias espumas de rabia.
Celeste y oro, la Virgen
sobre las aguas levanta
su mano de gesto dulce
como una flor de esperanza.

El murmullo de los rezos
y el rezongo de las aguas
se van con el viento sur
que dagas de hielo envaina.
Procesión de angustia y frío,
doliente fe de las almas,
furia de los elementos,
volar de blancas plegarias
y, en lo alto, Nuestra Señora,
como una rosa de gracia.

Distantes del Río Loco
detuviéronse las andas,
que avanzar ya no podían
aquellos que las cargaban:
las aguas se hacían tensas,
la tierra se hacía blanda
y alrededor de los cuerpos
rápidos leños pasaban.

Cien pupilas convergieron
sobre la imagen sagrada
y la bronca voz de un fraile
dominó la voz del agua:

—Señora de las Mercedes,
sol, paloma, lirio, espada,
a la corriente invasora
tu manto sirva de valla.
A la serpiente que ahoga
con sus líquidas escamas
la horripilante cabeza
córtele tu mano alzada.

El murmullo de los fieles
continuaba la plegaria:
—Señora de las Mercedes
como la luna de clara,
como el lucero de linda,
fragante cual flor de acacia,
torna a nosotros, tus hijos,
la gloria de tu mirada
y vuelve el río a su cauce
con un toque de tu planta.

¡Milagro de los poderes
de la Virgen soberana!
Lo mismo que la serpiente
del Paraíso, aplastada,
entrando al lecho de nuevo
fue el cuerpo oscuro del agua.
Lentamente, lentamente,
cual cólera que se apaga,
retiróse la corriente
del camino de Rancagua.

Entre homenajes y cantos,
la Virgen, sobre sus andas,
con la sonrisa en los labios
a la ciudad retornaba.

Pedro Urdemales en Rancagua

A Roberto Maturana

Venía Pedro Urdemales
hacia Rancagua, cantando.
Traía un caballo negro,
traía un caballo blanco
que de potreros ajenos
recién había sacado.
El blanco sería un ángel,
el negro sería el Diablo.
Así lo dicen al menos
los viejos que me contaron.

Pasó por Olivar Alto.
Pasó por Olivar Bajo,
por un camino sin gente
siguió después caminando.
Hasta aquí Pedro Urdemales
montaba el caballo blanco.
Fino andaba, ¡y cómo no,
si eran sus cascos de nardo!
Pero pronto se cansó,
que el bien aburre a los malos
y la montura cambiara
del blanco al negro caballo.
Y aquí comenzó el castigo
que nunca hubiera pensado
nuestro jinete. Aquel pingo
era, como el Diablo, diablo.
Ensayó cuatro corcovos
apenas se vio montado,
tiró las patas al aire,

freno requirió bufando
y en vez de marchar de frente
caminaba para el rabo.

Pedro clavó las espuelas,
distribuyó rebencazos...
y el pingo retrocediendo
como si fuera de palo.
Aquel caballo tenía
las costillas de peñasco.
De tanto clavar en vano
las espuelas se quebraron.
Más que caballo decente
aquel parecía macho.
Urdemales clava y clava,
transpirando y rezongando
y el pingo corre que corre
al revés de los cristianos.

Volvió Pedro la cabeza
y vio detrás de un barranco:
trescientos metros tendría,
si es que no tenía cuatro,
y el caballo sin volverse,
continuaba reculando.
Para llegar al barranco
le faltaban cinco pasos.
Entonces, Pedro Urdemales,
que algo anduvo sospechando,
dijo, haciéndose la cruz,
en tono desesperado:
«¡Sálveme el Padre y el Hijo
con el Espíritu Santo!».
Al escuchar estos nombres
con tal fervor invocados,
en el filo del abismo

el Diablo quedó clavado
y dando un feroz bufido
reventó como un petardo.
Olor terrible de azufre
derramóse por el campo
y Urdemales sin aviso
quedó en el suelo montado.

Después encaminó Pedro
hacia Rancagua sus pasos,
unos ratitos a pie
y otros ratitos andando,
y pudo llegar al fin
donde su compadre Pablo
que tenía, según dicen,
un reñidero de gallos,
de la cañadilla sur
un poquito para abajo.

En el momento de entrar
estaba el ruedo colmado.
Un gallo negro peleaba
con un fiero gallo blanco.
Plumas y sangre saltaban
entre vítores y aplausos
y las apuestas crecían
por uno y por otro bando.

Urdemales miró el duelo
con ojos de sobresalto
y temblándole la voz
gritó: «¡Caballeros, alto!
¡Detengan esta pelea
que, si mucho no me engaño,
el gallo blanco es un ángel
y el gallo negro es el Diablo!».

De asombro callaron todos
y se levantó don Pablo:
«Compadre, Dios me perdone,
¿qué cosas me está contando?»
«Lo que oye, compadre mío;
mentir es grave pecado».
Y relató su aventura
del pingo negro y el blanco.

Mandó parar la pelea
el compadre de inmediato
y de una olla en el fondo
fueron a parar los gallos.
¡Cazuela reconfortante
para calmar el espanto!
Comiendo creció el contento
con rico mosto regado,
hasta que vino el olvido
sobre caballos y gallos.

En mi romance lo cuento,
aunque no me convidaron.

Romance del cerro Orocoipo

A Eric Cáceres Gordon

Orocoipo, cerro cómplice
de asuetos y de cimarras,
dormida en tus piedras grises
hay una edad encantada:
aquella en que todo es sueño
y el corazón se abalanza
pidiendo cuencos del cielo
para su sed de distancia.

Hacia tus flancos partíamos
en excursión deslumbrada
y a nuestro lado el rezongo
del Cachapoal resonaba.
¡Mentirosa fantasía
la nuestra, que te pintaba
como un monte portentoso
entre las selvas del África...!

El Cachapoal era el Nilo
o el Amazonas... Las ramas
de los peumos, a lo lejos,
eran selvas embrujadas
en donde tribus salvajes
frente a la hoguera danzaban
preparando el sacrificio
de alguna doncella blanca...
(La fauna azul de Salgari
en nuestro pecho sonaba.)

Orocoipo, entre tus quiscos
dormida tengo la infancia
y expediciones de sueño
nuevo para rescatarla.
Nunca el aire fue más bello
que cuando tú lo aromabas.
Nunca el cielo fue más puro
que visto desde tu falda.
En tu cumbre me creía
a leguas mil de Rancagua,
desterrado en una isla
de la que nunca tornaba...
(La sombra de Robinson
a mi lado caminaba.)

Volvíamos con la tarde
y, en un poniente de brasas,
mirábamos recortarse
de la costa las montañas.
Allá, bajo el puente viejo,
el río se adelgazaba
y carretas y jinetes,
lentas siluetas pasaban.
Con el compás de los grillos
nuestro canto se acordaba.

¡Qué lejos quedabas tú,
Orocoipo, a las espaldas!
Eras un país secreto
que a los demás se cerraba
y que nosotros abríamos
con llave de oro, encantada.
¡Oh llave de las quimeras!,
¿dónde quedaste olvidada?

Orocoipo, cerro cómplice
de mis estrofas tempranas.
Tu viento me dio las rimas,
tu cielo me dio palabras
y fui marcando los ritmos
al compás de tus chicharras.
Ahora en mi oído pongo
tu caracol de distancias
y en mi corazón resuenas
con un cantar de nostalgias.
¡Oh cerro, en tu falda viven
las músicas de la infancia!

Romance del viejo liceo

A don Aníbal Hidalgo S.

Liceo de mi ciudad
—¡ah, volantín de la infancia!—,
yo no jugué por tus patios
como otros niños jugaran;
pero comprendo el encanto
melodioso de tus aulas.
Sé que en tus bancos tranquilos,
bajo tus amplias ventanas,
el corazón de los niños
que hoy son hombres, se arremansa,
y allí se queda, diciendo
la lección de la nostalgia.

Liceo del pueblo mío,
perdóname la tardanza:
yo debí venir de niño,
con mis inquietudes blancas,
a conocer tus paredes
y a pisar tu tierra santa,
y llego ahora, ya triste,
a decirte mi palabra;
que me apuñaló la vida
en cualquier encrucijada
y me robó los tesoros
de la inocencia de mi alma.

Yo te comprendo, Liceo,
abuelo de barbas blancas.
Tus nietos vienen a ti,
te traen en las miradas
y en ellos vas, como el son
duerme en las cuerdas del arpa.

Y aunque a ti no estoy unido
por parentesco ni nada,
vengo a decirte mi canto
con la voz llena de lágrimas.
¡Yo no jugué por tus patios
como otros niños jugaran!

Quiero ser tu alumno, ahora
que tantas cabezas canas
por los caminos del sueño
regresan hacia la infancia.
Ellos te traen el triunfo
que la vida les brindara.
Yo solo te traigo versos,
trozos azules del alma:
¡alumno de mala estirpe
que no ganó su batalla!

Pero bien sé que en tu seno
caben la cruz y la espada,
la roja palabra se oye,
también la blanca palabra
¡y hasta al oro y al ensueño
tú los haces camaradas!
¡Qué ancho tienes el regazo
tejido con plumas de alas!
Por eso es que ahora tengo
la voz trizada de lágrimas,
al decir, mientras contemplo
tu cabellera nevada:
¡Yo no jugué por tus patios
como otros niños jugaran!





Reconquista del hombre
(1944)

Interior

De repente se vuelve recogida mi voz,
porque digo el Hogar y digo la terneza
de los rostros labrados por la luz campesina
y el pan que es una lámpara de amor sobre la mesa.

Porque sé que un silencio besa las cabelleras
y acaricia las barbas vegetales del padre
y talla los objetos con su puro martillo
y dice viejas cosas que el corazón ya sabe.

Porque sé que las manos rozan este silencio
y andan bajo la lumbre moviéndose como alas
y es como si callaran las presencias en torno
y las viejas vajillas calladamente hablaran.

Digo anillo de oro, pero no lo defino.
Digo vino celeste, pero no lo aprisiono.
Digo estampa bendita, mas no fijo su marco.
Dejo caer los párpados y se para en mis ojos.

Y la mesa es de dura madera de los montes,
y se hunden los dibujos en el lago de hule,
y tienen las cucharas una pátina vieja,
y tienen los vapores un destino de nube.

Reposan las legumbres en la greda del plato
y sienten un llamado como de tierra última.
Los labriegos no saben (pero todos lo saben)
que la paz del hogar es como ver la luna.

Las palabras derivan lagunas de silencio,
como dormidos peces sin remover el agua.
Dicen cosas sencillas vagamente morenas,
como decir coligüe, como decir potranca.

Lazo de cuero firme, yegua de los potreros,
topa-topa del monte, tordo, maitén, estribo;
todo cabe y se crea dentro de las palabras,
prolonga su contorno más allá del olvido.

Y nadie sabe, nadie, que ese olor de culenes
que se expande, sereno, como algo de la casa,
es porque melodiosa, grande como un poema,
va naciendo la luna de los pechos de Laura.

La tierra desvelada

Cuando despiertan los niños desvelados,
soy yo quien los despierta.
Es mi espíritu que aún no sabe caminar
por entre el sueño de los otros.
Es alta noche. Oigo un llanto pequeño
tras las paredes, latiendo entre las sombras,
llenando con su rumor el cuenco de la estrella
y cayendo en los fríos techos que relucen.
Y el llanto dice mundo, cuenta el mundo,
expresa esta sencilla y triste cosa que es la vida.
La vida de los hombres: la del obrero fundidor
que siento levantarse, tropezando con su sueño,
para salir por las calles sonámbulas
hacia la vida de sus oscuras máquinas;
la de aquel viejo panadero que tose
mientras se viste, tal si clavara agujas en la sombra,
y que arrastra los pies al caminar
y maldice porque le han robado su parcela de sueño,
la de la hembra que anda por ahí,
la de la joven pareja que se acopla
una vez más, mirando el tragaluz
por cuyo vidrio roto el cielo brilla frío y lejano.
Todo eso revelado por el llanto de un niño.

Todo eso, y algo más, porque la tierra
no duerme nunca. Siempre hay hombres
derivando hacia el alba,
en las calles azules de viento filoso,
en los muelles de bruma glacial junto a faroles amarillos,
en los andenes llorosos, altos, abandonados,

en las comisarías y en las cárceles,
en las montañas y en los caminos que van a la ciudad,
en los campos nocturnos que el regador transita
bajo una fría luna de pechos desnudos.

Sé que las prostitutas y los adúlteros
oyen el llanto de los niños que yo despierto
y se quedan de pronto pensativos;
porque las prostitutas recuerdan a su padre campesino,
y a sus hermanas menores, y al perro de la casa
y a la madre gris de ceniza y años duros;
y los adúlteros comprenden
que galopan en vano, que la muerte
siempre habrá de alcanzarlos, y se besan,
y dicen «yo te amo» para espantar la soledad,
y el llanto crece en ellos y quiere temblar.

Desde debajo de los puentes
brota el llanto de un niño
y su rumor se funde al del agua solitaria,
su rumor atraviesa la urbe de cemento
y se hace queja; entonces la mujer del banquero
está soñando que su amante le dio un hijo
y que lo bautizarán en el altar mayor
con el nombre honorable que continúa en ellos,
y el río llora, sigue llorando
con el llanto del niño que vive bajo el puente
hasta llevarlo al mar.
Hace siglos que la tierra está desvelada:
recuerda sus años virginales,
el tiempo en que aún no era madre,
la época del sueño, las aguas y los bosques.
Hoy tiene tantos hijos que se aprieta las sienes
para no recordarlos: le piden oro, pan, los buscan
con metralla, regándola de sangre,
crucificándola de huesos,

la azotan y la hienden. Nadie escucha
su voz desventurada. La tierra, de rodillas,
comprende que ha caído, y se compara
con la más triste ramera del suburbio más triste.
Oídla desangrarse, oídla.
Yo he despertado a un niño.
Y la tierra se queja por la boca de un niño.

Rumores del alba

Yo sé que hay una vida
hecha de luna débil, de inconclusas palabras,
de solitarios rumores friolentos, de indecisas escamas;
una vida que tiembla entre redes neblinosas
y que aletea en las ventanas ciegas de ahumados postigos.
La conocen los hombres de la noche, los que bebieron luna con el vino,
los que retornan por oscuras calles parecidas
a muelles sumergidos o a barcos en la niebla.
También saben de ella los que velaron el enfermo
en la pieza cerrada y extrañamente quieta
como la orilla de un ataúd tallado en sombra;
las madres que aguardaron al hijo preso o prófugo;
los niños de ojos grandes que miran cruzar a la Virgen
por entre su cama y el jergón en que respiran sus padres;
los que despiertan acongojados por la culpa,
el remordimiento, el vacío, la piedad, el dolor;
los asesinos pálidos que aguardan en la pieza del hotel
la hora en que salen los trenes;
los vigilantes acurrucados en los portales;
los sacristanes negros que suben por la escala crujiente de la iglesia.
Son rumores de pasos en la acera sonámbula;
campanas que tañen muy lejos, posiblemente bajo un agua celeste;
toses viejas al fondo de oscuros corredores;
quejidos tristes y frutales de carretas que entran a la ciudad;
son puertas que prolongan un estremecimiento
por la calleja sórdida; ratas que cruzan por el techo
con un galope blando de metales forrados de algodón;
repique de caseros utensilios en la casa vecina,
frases cortas, preguntas, quejas sin eco
que resbalan por sobre la quietud de los durmientes

sin penetrar sus aguas densas.

Además, por agosto, están los vientos
golpeando las planchas de zinc con el puño de una rama;
o el movimiento de los gatos que saltan a una silla,
la cual castiga el suelo con una pata despareja;
o el ruido que no puede precisarse
—¿el caer de un objeto, un vaso trizado, un mueble que se raja?—
que tira los sentidos despiertos hacia el mundo.

Yo he sentido la llave del ladrón que abre la puerta de su propia casa
y que duerme después al tic-tac de los relojes ajenos,
mientras lo mira desde el fondo de la pieza el ojo frío de una copa
de plata.

Yo he sentido los pasos de la delgada solterona
que estrecha un libro y un rosario entre sus frías manos
y que estremece con delicia al sentir tras una ventana
el mañanero acoplamiento de dos esposos o amantes.

Es la vida del alba, pecaminosa y pura.
Tal vez la verdadera vida,
desnuda y vacilante, a la orilla de tantos sueños,
a la orilla de tantos dolores,
con un traje de harapos que a esta hora se vuelve de plata
bajo las patas de araña que teje en silencio
la luz todavía niña, virgen aún, del nuevo día.

Casa de las guitarras

Esta es la calle, esta es la casa en donde lloran viejas guitarras,
bajo una luna inmóvil. Este es el polvo gris
que arrastran los zapatos de los hombres. El vino vive aquí.
Golpead la puerta en la alta noche, cuando los perros duermen
y los álamos duermen a la orilla del campo.
Saldrá a encontraros un aliento, el aliento del vino,
y una mujer despeinada, alegre, triste,
que sabe viejas palabras familiares lo mismo que monedas,
una mujer, en fin, que ya conoce vuestro rostro,
que es el rostro de todos los hombres nocturnos
empujados por el recuerdo, por el hastío, por la vida.
Nadie os preguntará. Bebed. Aquí está el vino.
Entrad en esta casa de viejas guitarras.
Bebed. Aquí se acerca un rostro, unas caderas firmes.
—Mercedes, ¿eres campesina? Tú lavabas la ropa
o amasabas el pan en la fría madrugada.

El horno era de barro como tu casa y tu cuerpo.
Mercedes, hay duraznos en tu beso casi alegre.
Perfúmame las manos en la huerta de tu pecho.
Bebe conmigo, amiga. Yo recuerdo mi infancia
con mañanas de leche, entre mugidos
que venían de lejos. Yo recuerdo... Estoy alegre
contigo. Tus besos saben a durazno.
El vino por tu cuerpo da su luz. Te llamas
mujer. ¿Por qué estoy bien contigo? Es el olvido,
Mercedes. Nadie está sino tú
en este carrusel fantástico de la noche.
Te ríes. Estás riendo. Yo veo amanecer
en tu cara. Te pareces a una dulce colina.

Las guitarras te peinan. El vino te ilumina.
Deja coger las lámparas de tus pechos. Tus hombros
caen en doble curva sobre mí. Tienes corpiño de almendro.
Tu garganta es un himno. El vino te ilumina.
Mercedes, caes hacia mí. Tu cama es un campo florido.
Tendámonos. El sur está en tus muslos,
el norte entre tus pechos.
Tendido sobre ti, beso la tierra y canto.

...Y ahora, el gris amanecer sobre vosotros.
La calle ya sin luna.
Caminad, caminad. El día ensancha
rosas de angustia. El viento es un niño perdido.
Todo es extraño y, sin embargo, esta es la calle,
esta es la casa en que lloraban viejas guitarras.

Luis Piedraza





Glosario gongorino
(1948)

* * * *

«Doce sonetos en los cuales se ha glosado el último verso de otros tantos que escribiera Don Luis de Góngora y Argote hace más de tres siglos».

«Advertencia: la numeración romana que llevan los sonetos de Góngora es la misma que ellos tienen en el tomo XXXII de la Biblioteca de Autores Españoles, editada por M. Rivadeneyra».

«Edición-Homenaje de los amigos del poeta Óscar Castro Z., en el primer aniversario de su muerte, acaecida el 1º de noviembre de 1947».

(Textos de la plaquette original)

Soneto primero

Dejamos, yo de sangre, tú de flores.
Góngora, Soneto LI

Tirado por el cielo tu sendero,
ir al lado de ti fuera osadía.
Solo dos alas ha la poesía
y en tus hombros quedaron, ballestero.

Sé que por el celeste alfiletero
vas caminando, brújula del día,
y el temblor luminoso de tu vía
echa clarores en mi derrotero.

Tú por la cumbre, yo por lo profundo;
volando tú; salado de mi llanto,
pisando yo guijarros punzadores:

el que venga detrás, mire un segundo
y compare las huellas que en el canto
dejamos, yo de sangre, tú de flores.

Soneto segundo

Con manos de cristal nudos de hierro.
Góngora, Soneto LIII

Tras el que podía de los vuelos
dar razón y señal; el que la llave
había de la rosa; cifra y clave
de pájaros, estrellas y desvelos.

La noche de llovidos desconsuelos,
el alba novia de la veste suave,
el día que su rama curva grave
en ti rasgaban sus ocultos velos.

Taumaturgo, tu frente florecía
gavilanes y lirios y planetas
y en el mundo viviste por destierro.

¿Cómo dudar de tu alta jerarquía
si desatabas, sol de los poetas,
con manos de cristal nudos de hierro?

Soneto tercero

Un ala suya, y otra el occidente.
Góngora, Soneto X

Porque de la belleza enamorado
y de la clara rama del olivo,
por el mundo cruzaste, pensativo,
con una hueste de ángeles al lado;

por tu corazón, impulso alado,
al cielo un ventanal abría ojivo,
mientras en tu interior danzaba un chivo
irónico y feliz, perfil barbado;

porque ahora, relámpago, ya alumbras,
ganado de la fama, los confines
del orbe, arco de luz, flecha esplendente,

dice el alma que en soles mil deslumbras:
«Es el orto llovido de jazmines
un ala suya, y otra el occidente».

Soneto cuarto

Mas bese en el arpón la mano tuya.
Góngora, Soneto XIX

Hendidora del día, tu ballesta
de la gacela sobre el pecho clava
su hierro vibrador, y torna esclava
de tu poder la indomeñada testa.

Altivo cazador de la floresta,
tu pulso sin igual jamás erraba,
y por la brecha al corazón entraba,
relámpago, el amor, canto de fiesta.

¿Qué raro entonces que el pelaje blanco
de la belleza en bosque sorprendida
no se oculte tras árboles, no huya,

sino que llegue con su sangre al flanco
y no solo tus plantas lama herida,
mas bese en el arpón la mano tuya?

Soneto quinto

No acabes dos planetas en un día.
Góngora, Soneto CXXXIV

Al forjador de cielos y universos,
no en días seis, sino en instante breve,
tu estro creaba t́mulos de nieve
y lagos en quietud, espejos tersos.

La inspiración llevada por diversos
caños de eternidad, en sueño leve,
venía, por encima de la plebe,
del cielo puro al orbe de tus versos.

Y en la de tu delirio fiebre intensa
alas eran tus manos y tu pluma
bajo la curva frente que esplendía.

Y no quisiste oír la voz inmensa
del que advierte al que mundo a mundo suma:
no acabes dos planetas en un día.

Soneto sexto

De iguales hojas que Felipe estrellas.
Góngora, Soneto II

Alzáronte los lirios en su plinto,
y el equilibrio trémulo del vuelo
fácil te fue; la noche, plata y duelo,
un alfanje de luna dio a tu cinto.

Abeja danzadora en el jacinto,
mapa de los perfumes fue tu anhelo.
Tu sien por el panal vagó del cielo,
perdida en infinito laberinto.

De tanto andar entre estelares luces,
la costumbre perdió tu planta ardiente
del terrestre camino y de sus huellas.

Por eso, ahora, entre las altas cruces,
buscando coronada voy tu frente
de iguales hojas que Felipe estrellas.

Soneto séptimo

Y dos arcos tendió contra mi vida.
Góngora, Soneto XLVIII

Ya no tú cazador, sino perdido
cervatillo en el bosque: Amor te acecha
y repule la punta de la flecha
que ha de alcanzar tu pecho estremecido.

Medroso lo aguardabas, pero henchido
de secreto placer. La aleve brecha
te podría dejar la voz deshecha,
¡mas qué divino fuera ser herido!

Presto llegó el Amor, plena su aljaba,
y vería al echarte ojeada breve
tanto júbilo en tu alma desvalida,

que luego así tu verso lo contaba:
«Contra las fieras solo un arco mueve,
y dos arcos tendió contra mi vida».

Soneto octavo

A la lengua de agua de mis ojos.
Góngora, Soneto LXXVI

Lágrima, estrella pura de la tarde,
trémula en el azul, rosa creciente;
lágrima luz también, tímida fuente
por el prado corriente sin alarde;

lágrima de la fiera ya cobarde
de la jauría ante el ataque hirviente;
lágrima de la luna en el poniente,
su cirio dando al mar que apenas arde;

lágrima del rocío en el jacinto;
lágrima de la sangre que la herida
gotea en lentos resplandores rojos:

con lágrimas fue alzado vuestro plinto;
si no creéis, don Luis, dad fe rendida
a la lengua de agua de mis ojos.

Soneto noveno

Multiplicarse imperios, nacer mundos!

Góngora, Soneto XI

No de guerreras naves almirante,
apenas capitán de las estelas
del estrellado cielo en que rielas
con afiladas proras de diamante.

No con voz de cañones, detonante,
conquistabas los orbes cual parcelas;
tan solo preñador viento de velas,
conducías tus sueños adelante.

No la de acero espada fue tu signo,
sino apenas la frágil, blanda pluma,
escala entre la luz y los profundos

abismos de la tierra. ¡Oh varón digno,
hoy miro, tras tu mar, rota la bruma,
multiplicarse imperios, nacer mundos!

Soneto décimo

Alma del Tiempo, espada del Olvido.

Góngora, Soneto XXII

Dulcano, forjador de los luceros,
hizo tu yelmo: un rayo su martillo.
Opaco el sol tornóse ante su brillo
y avergonzados fueron sus flecheros.

Fuiste con los andantes caballeros
por los caminos donde canta el grillo,
donde las lunas huelen a tomillo
y perfuman de amor los limoneros.

Salieron las palabras en la noche,
sus lanzas esgrimiendo de gigantes,
para segar tu acento estremecido.

Y tú, de valentía en un derroche,
sus durezas venciste de diamantes,
alma del Tiempo, espada del Olvido.

Soneto undécimo

Monte de musas ya, jardín de amores.

Góngora, Soneto XX

Del Dauro y el Genil los dos rendajes
desatados al par desde las cumbres,
coge el sol con sus manos de relumbres
y azuza con su fusta de celajes

la cuadriga del mar loca de viajes
que piafa ya, sus cascos sin herrumbres
moviendo sin cesar, llenos de lumbres
los belfos y de espumas los herrajes.

Y estos rendajes por Andalucía
cruzan, uno de oro, otro de plata,
de trinos enjoyados y de flores.

El de Góngora dioles poesía,
y su fama con ellos se dilata,
monte de musas ya, jardín de amores.

Soneto décimosegundo

Que mal será con dos soles obscura.

Góngora, Soneto XIV

Oh noche tuya —cielos, limoneros—
en que deambulabas abstraído,
sintiendo de los mundos el latido
en tu sangre cuajada de luceros!

Todos los del idioma pordioseros
tu limosna de estrellas no han querido,
¡oh deslumbrado viajador herido
por los de la canción rubios flecheros!

Pero ya tu fanal alto levanta
tu nombre de centellas coronado
sobre la del dolor lámina pura.

Hoy por tu misma noche va mi planta
portando tu ilusión y tu cayado:
que mal será con dos soles obscura.





Rocío en el trébol
(1950)

Sermón de los trigales

Voy a decir ahora el mundo mío,
mi mundo de humildad y de tristeza.
Y que desnude mi poema simple
lo que tiene de rosa verdadera.

Voy a signarme con olivo y trigo
para decirlo con intacta lengua.
Y escuchadme una vez, como si hablara
desde mi muerte, hermanos, los poetas.

Hemos andado persiguiendo al hombre
a través de palabras y tinieblas.
Y el hombre va desnudo con nosotros
y llora con la madre y con la estrella:

cosas sencillas para siempre unidas
y siempre puras porque son eternas.
Hemos salido a rescatar el sueño
y el corazón en el umbral espera!

Para quien tenga, como yo, la carne
perfumada de soles y de yerbas,
todas las voces sonarán hostiles
si no le vienen de la entraña fresca.

Quien bebió por los valles, con el agua,
un cielo perfumado por las mentas,
solo tendrá su goce y su morada
bajo el alero que anidó una estrella.

Y si traspasa las montañas claras
que le circundan la heredad paterna,
suplicará una noche que le llamen,
como quien va perdido por la tierra.

Hay una doble claridad que nace
de los rebaños y las sementeras,
cuando el campo se va quedando solo
como un tranquilo corazón que sueña.

¡Oh fuerza de raíces vegetales
que se prenden al ser y lo sujetan!
¡Y el amor que bendice las pupilas
con limpideces de agua sobre arena!

Todo es humano, simplemente humano,
para que el hombre lo respire y sienta
con un significado transparente
y una emoción solemne de promesa.

¡Y qué dulce es volver a los dominios
donde la luna y la paloma vuelan!
¡Y qué milagro doloroso y puro
el de la dicha que esperó a la puerta!

Y aquí encontré otra vez el mundo mío,
y aquí lo pongo, y que me resplandezca,
para que reconozcan mis hermanos
lo que tiene de rosa verdadera.

Remordimiento

Casa de mi compadre Rosendo Montes,
donde hasta el viento baila de punta y taco,
donde el día se pone faja de flores
y se le ve a la luna blanco el refajo.

Casa de mi compadre, donde las hembras
cantan que «la esperanza nunca se pierde».
Allí ríen los vinos, trina la espuela
y hasta el sauce es un huaso de poncho verde.

Quinta de mi compadre, donde la higuera
tiende una estera fresca sobre los suelos
y su sombra se ensancha como una clueca
que empollara canciones y juramentos.

Yo he alojado en la casa de mi compadre
cuando el invierno llega topeando quinchas
y el trueno se derrumba desde los Andes
como un potro que rompe riendas y cinchas.

Y he besado una boca bajo su techo,
boca roja de vinos y de tonadas,
sin saber en la sombra cuál era el pecho
ni cuál la carne tibia que se me daba.

Y he partido en el alba como un bandido,
cuando clava el lucero su fría espuela,
con el alma llagada por el cuchillo
implacable y desnudo de la vergüenza.

Casa de mi compadre Rosendo Montes,
no volveré a bajarme frente a tu vara,
porque me acusarían dos ojos de hombre
y los ojos castaños de mi ahijada.

Pequeña elegía

Por el valle claro
vienen a enterrar
al hombre que nunca
divisó la mar.

Era un campesino
de lento mirar,
mediero tranquilo
de la soledad.

Cosechó los trigos
de ajena heredad
y se fue apagando
corazón en paz.

Era casi tierra,
casi claridad,
casi transparente
rama de verdad.

Tuvo una alegría:
la de cosechar.
Tuvo una tristeza:
ya no sabe cuál.

Por el valle claro
lo despedirán
tréboles y alfalfa
de verde mirar.

Aguas del estero
dirán un cantar
por el campesino
que nunca vio el mar.

Cuando lo sepulten,
alguien llorará.
Y en el valle puro
todo será igual.

Invitación al valle en que vivo

Ahora sé definitivamente
por qué camino seguirá mi planta.
Y, ante la flor que sorprendí desnuda,
estoy llorando de humildad y gracia.

Venid al valle puro en donde vivo,
venid a ver la rosa inmaculada
y el puerto de las nieves y los vientos
de donde el día levantó sus anclas.

Venid a ver al hijo del labriego
que nació con la oveja esta mañana
y a la lenta mujer que lo sostiene
con la tranquila luz de la mirada.

Venid por este pan de sentimiento
que yo reparto con mi mano clara.
Venid a recibirlo descubiertos,
porque comienza una faena santa.

Yo soy el hombre que saluda al árbol,
y a la leche y al sol que lo amamantan
y va rociando por el surco abierto
el dorado maíz de la palabra.

Soy el que en piedra de verdad y llanto
construyó los sillares de su casa
y en finas tablas con fulgor de luna
su artesonado de maderas blancas.

Soy el que en noches altas de infinito
sentóse a descansar de la jornada
y sintió la presencia de la esposa
como una mano que bendice y calma.

Mi casa tiene intimidad y lumbre
por ese grillo que en la noche canta
y por el leño que fue llama y luego
será mazorca desgranada en brasas.

Venid por este vino que a mi vaso
da su fulgor de sangre perfumada
y os diré la canción de las vendimias
que suena en las abejas su guitarra.

Venid a verme en el otoño, cuando
el aire es una tela recamada
de olores vegetales, y maduran
la soledad azul y la manzana.

Venid a mi morada en el invierno
y sentiréis la lluvia tan cercana,
tan íntima, tan fresca, tan amiga
como el canto de cuna de la infancia.

Amigos, es mi valle y mi dominio,
mi hacienda por luceros demarcada.
Os doy la mano que conduce a ella.
Y os beso el corazón con mi palabra.

Aquí mataron a un hombre

Un pequeño pedazo de tierra con sangre
para la soledad de Luis Esteban.
Un humilde cultivo de amapolas calientes
Y el puño duro de una piedra.

Todo a la orilla de un camino solo
cruzado puramente por ánimas en pena.
Lo mataron allí. Lo dejaron caído.
Una luna fantástica le alumbró la cabeza.

La soledad del campo en torno al muerto.
El latir de los trigos como una ola que besa.
Un vegetal aroma circulando despacio
sobre el cuerpo ya en viaje hacia la greda.

La puñalada le cayó en la espalda,
silenciosa y segura como un rodar de estrella.
La noche le pisaba la herida por los bordes.
Ya no tenía frío al dormir Luis Esteban.

Y el día ya llegaba con su diamante al dedo.
Y el sol era una voz: «Despierta Luis Esteban».
Seis hombres lo supieron y un perro vagabundo
que miró sin asombro las dos pupilas muertas.

Un pequeño pedazo de tierra con sangre
y en las noches la esperma llorosa de unas velas.
Luis Esteban, astroso, a la orilla de Dios,
hace ahora milagros desde la vida eterna.

Instante

En el frescor profundo de este valle tranquilo
se podría morir de verdad y silencio.
Reintegrarse a la tierra como la hoja dorada
y subir hasta Dios en olvido perfecto.

Yo estaba simplemente sobre el pasto tendido
cuando nació de mí la luna perfumada
y fueron de otro mundo los húmedos oteros
donde la oveja simple del corazón pastaba.

En el trino de un pájaro se hizo delicia el mundo
y acarició los montes la campana del ángelus.

Emprendí mi regreso como quien va desnudo,
como si el alma toda se me volviera canto.
Y, en un recodo estaban los brazos del silencio
clavados con estrellas sobre la cruz de un árbol.

La extranjera

En esta tierra te hallarás mejor
que en la tuya donde algo se quebró para siempre.
Tú cuidabas el rebaño de molinos de Holanda;
ahora ven a pastorear mis mieses
y a dormir a la sombra de mi corazón
que para ti entreteje sus sombras verdes.

Seremos campesinos de este valle
donde el cielo es tan manso que entre corderos bebe.
Y te mostraré la Gruta de la Dicha
donde los que penetran se aman para siempre.

Iremos de la mano, sin decirnos nada,
a escuchar la canción de los montañeses.
Y, al mirarte tan rubia, dirán «es una espiga
que se cayó del cielo entre las nieves».

Mira qué bello es esto. Pon tus manos
sobre una brizna de pasto verde.
O bien tiende tu cuerpo cara arriba
para ver cómo cruzan las golondrinas simplemente.

Pero bien sé que no puedes olvidar
y que el corazón allá lejos lo tienes,
en un país de canales azules
y de molinos que giran como rosas celestes.

A mí no podrás quererme nunca
y yo te querré con la pena del que nada posee,
y lo estaré diciendo sin que jamás lo sepas
en esta lengua que no me comprendes.

¿Por qué los hombres, digo, tendrán otras palabras
para decir las mismas cosas que los conmueven?
En tu país y en mi país tienen sonido distinto
la Verdad y la Luna, el Amor y la Muerte.

Por eso una mañana te irás de este valle
donde has comido y has bebido el pan y la leche
que son cosas eternas y que tú nombrabas
con los nombres que les daban tus abuelos holandeses.

Ni siquiera podrás leer estas palabras
que para ti he querido hacer balbucientes.
No podrás comprender que aquí dice «sollozo»
y aquí dice «te quiero hasta la muerte».

Del cielo a tu corazón

Del cielo a tu corazón
no puede haber una legua.
Si gritas «¡Ah, yegua, yegua!»,
San Pedro, que es tu patrón,
ha de salir al portón
corriendo todas las trancas
para que tú y tus potrancas
entren allí sin golpear
y en alegre galopar
le trillen sus eras blancas.

Tú que cultivas el trigo
en las haciendas chilenas,
tú el de las manos morenas,
de los pájaros amigo,
tienes a Dios por testigo
y en el Santo Tribunal
de la Corte Celestial
puedes decir con orgullo:
«La Hostia, que es cuerpo Tuyo,
fue espiga en mi trigal».

Y tú que los potros domas
con tu rebenque y tu espuela,
tú que en tanto el pingo vuela
por caminos y por lomas,
entre los labios asomas
una tonada vibrante
si prosigues tan campante
con ese alazán macizo,

las puertas del Paraíso
te has de llevar por delante.

Tú que en el pértigo vas
como en su trono los reyes,
tú que tienes de los bueyes
la mansedumbre y la paz,
cuando mueras llegarás
por un camino sin huellas
al sitio en que las estrellas
son como espigas de luces
¡y la carreta en que cruces
irá cargada con ellas!

¡Eh, tú que a la luna blanca
podrías echar el lazo,
cuidado con el porrazo
si ese novillo se arranca!
Llevas el viento en el anca
y es tanta tu gallardía
que si encontraras un día
al Diablo en estos picachos
¡a la cincha, por los cachos,
tu lazo lo amarraría!

Hombres de ingenua canción,
varones del valle y sierra
que tenéis como la tierra
generoso el corazón,
en la celestial mansión
hay montes de azul color
y potreros de verdor
y bueyes de lomo blando
para seguir trabajando
las haciendas del Señor.

La daga en el estero

Sobre la daga pasa el agua, y pasan
los días por encima del estero
y hay una mancha que perdura, roja,
en la oxidada lámina de acero.

(Paz inmóvil de plata entre la arena,
acusadora lengua sin acento,
aguja de un reloj que solo marca
una fecha de sangre sobre el tiempo.)

Hay un jinete que de noche viene
clavando los ijares del silencio,
y no mueve las aguas su caballo
cuando se mete por el vado abierto.

Hunde la mano en la corriente fría
y hay en las ramas un temblor de viento.
Busca la daga que le diera muerte
y no la pueden recoger sus dedos.

Noche a noche los niños se despiertan
con el ronco aullido de los perros.
El jinete que cruza los caminos
viene para cumplir su juramento.

Los que vieron caer al que hoy es sombra,
se figuran de nuevo oír su acento:
«Juro por Dios que al que tronchó mi vida
he de matarlo con el mismo acero».

Y hay un hombre que siente cada noche
los trancos de un caballo sobre el pecho:
si a su puerta el jinete se detiene
al otro día han de encontrarlo muerto.

Se ponen de rodillas las mujeres
y escuchan temblorosos los labriegos.
El cielo está cargado de presagios:
esta noche hace un año del suceso.

Nadie se asoma. Hay una luna fría
que da a la tierra su fulgor sangriento.
Sobre la daga pasa el agua, y pasa
la muerte por encima del estero.

Bueyes bajo la luna

Era la noche. Estaba la estatua de los bueyes
junto a las alambradas y los grandes potreros.
Un misterio finísimo de álamos y culenes
sintetizaba toda la paz del universo.

Recordaban los bueyes el alba en los caminos,
el cantar de los ejes, el crujir de los yugos.
Y se abrían sus ojos como mansas burbujas
entre un olor de yerbas y un asombro de yuyos.

Era la noche un día irreal y suavísimo.
Tanta paz, tantos oros transparentes y tibios.
Daban ganas de andar y de andar por el mundo.
Silenciosos, los bueyes salieron al camino.

La luna los llamaba con sus pastos maduros,
con su rueda redonda, silenciosa y ausente.
Los bueyes iban solos hacia la luna fría
por sentir en las fauces el frescor de leche.

Y se fueron, se fueron caminito del cielo,
con su paso tan lento, con su aspecto tan tímido,
en busca de un arado que rompiera la luna
para que Juan Bastías pudiera sembrar trigo.

Y, ya el sol en el cielo, cuentan que a Juan Bastías
en su lecho lo hallaron, solitario y celeste.
Nadie encontró su alma, ni al Clavel, ni al Pintado.
En la luna, una noche, lo verán con sus bueyes.

El estribo

Te fue por mano tosca y primorosa
labrada cada estría y filigrana
con el amor que el sol talló la rosa
con su buril de luz en la mañana.

El peumo que al caer te dio la vida
sintió morir su carne de madera,
pero la halló de pronto revestida
por una milagrosa enredadera.

Y en ti los montes de mirada fiera
pudieron conocer la maravilla
del chamanto que es llama y es bandera
del incendio sonoro de la trilla.

Junto al fino plateado del arreo,
entre risas y gritos y cantares,
floreceste de rojo en el rodeo
con la sangre que moja los ijares.

Colgado al flanco del caballo fino,
eres como el amante de la espuela,
y te duermes de noche en el camino
escuchando el cantar de la vihuela.

Y, hacia la gloria de un balcón florido,
peldaño fuiste de nocturna escala
para alcanzar un cuerpo estremecido
que palpitó en mis brazos como un ala.

Por eso el corazón como una rosa
te mira florecer esta mañana
y bendice la mano primorosa
que labró cada estría y filigrana.

Despedida

Y me miré las manos. Estas manos
que no siegan el trigo madurado en febrero.
Y comprendí que todo era imposible.
Que soy un forastero.

Tus campos me rechazan. Me maldice
la lumbre juvenil de tus esteros.
Tus hermanos me miran rencorosos
porque soy forastero.

Ellos quieren hogar para que vivas
y tierras que aseguren tu sustento.
¡Y yo planté mis huertos en la luna,
y yo sembré mis trigos en el cielo!

Hora de luz lo que viví a tu lado.
Hora de plenitud bajo tu alero.
Mediero de tus penas fui en las tardes.
De tu campo de estrellas fui aparcero.

Y hoy me miro las manos. Y en el hombro
solo llevo el avío de mis versos.
Mi caballo me aguarda en el camino
que se va por la tierra atando pueblos.

Hoy, los arados que tu campo cruzan
trazan surcos y surcos en mi pecho:
cuando llegue la tarde pensativa,
será mi sangre la que manche el cielo.

Yo te digo, al marcharme, que no tengo
ni la tierra que cubro con mi cuerpo.
Pero esta noche me hallaré en las manos
el aroma de tierra de tus pechos.

El capitán maldiciente

Cien barriles de ron para Madagascar.
Eso es todo, grumete, y que el Diablo nos lleve.
¡Todos a bordo, he dicho! ¡Listos para zarpar!
Medianoche sin luna... ¡Mucho mejor si llueve!

¡A ver, qué hijo de perra toca ahí el acordeón!
¡Tú! Borracho otra vez y el mar con ventolina.
Si bailamos lo mismo que un corcho en el tifón,
con acordeón y todo te irás a la sentina

y tocarás allí tu polea maldecida
hasta que reventemos... Este cochino barco
tiene, justo, contados los días de su vida.

No me falta coraje, ¡voto al demonio!, pero
zarpar en día trece me achica el corazón.
Ayer le carenamos al casco un agujero.
¡Menos mal que llevamos cien barriles de ron!

¡Linda carga!, pero antes que el mar me haya tragado
me echaré sin resuello cien vasos al coleteo
para seguir después mi viaje acompañado
por mil peces borrachos bailando en mi esqueleto.

(Zarparon con el viento bramando como un cuerno,
y un gris telegrafista recibió, al aclarar,
su mensaje: «S.O.S. Ahora va al infierno
el ron que ayer cargamos para Madagascar».)

Poema para consolar a una madre

A la izquierda del lirio, en el recodo
de la magnolia, cerca de la estatua
en que toca el amor su caramillo,
María Estela duerme. La acompañan
dos gorriones, el hilo de una fuente
y una estrella dulcísima que baja
por las tardes a verla, separando
con sus dedos de luz hojas y ramas.

¡Qué bien está durmiendo en este sitio
su corazón de reina desterrada!
Aquí pudo, por fin, hallar silencio
ella que tuvo de cristal el alma.
Aquí se abren sus ojos dulcemente
en el asombro de una flor morada.
Y aquí sus dedos juegan con la brisa
por las alas de un ángel levantada.

María Estela anduvo por el mundo
como quien cruza por ciudad extraña,
y daba pena, y luz y gozo verla
tan tristemente por el sol besada.
Anduvo prisionera de su carne,
pero a trasluz se le veía el alma,
y al mirar parecía estar pensando
en el hogar de una remota patria.

Yo recuerdo ese pájaro que un día
se paró en el balcón a saludarla
y se estuvo con ella conversando,
encendida de mieles la garganta.

Y recuerdo los libros que leía
y la canción que apenas musitaba
y el ansia de infinito que traía
en el vuelo de luz de sus pestañas.

Ahora está tranquila en el recodo
de la magnolia, cerca de la estatua,
en este cementerio que parece
el parque azul de una mansión callada.
Una almohada le dieron y en la luna,
un pájaro le trina y es el agua.
Y en el milagro de las noches de oro
Dios abre su balcón para mirarla.

La lluvia empuja nostalgias

Madre mía, yo ahora me acuerdo de la lluvia
por esa calle sola de allá lejos, ¿recuerdas?
La lluvia. Una ventana de cerrados postigos
y un pasadizo. Allí vivía la pobreza.

Yo venía de lejos. Del trabajo y la vida.
Y había allí un humilde olor a cena
y una lumbre de lámpara doliente y amarilla
como el fulgor de este poema.

Conmigo entraba al cuarto la presencia del agua.
Por las aceras, nadie. Nadie sino la lluvia.
Y un pequeño negocio que alargaba en el barro
una luz arrugada y moribunda.

Pero eso estaba fuera de la puerta. Llegaba
yo a un dominio seguro de humildad y nobleza
donde el pan era bueno y el brasero
era como el tranquilo corazón de la pieza.

Oh miseria de tristes ojos atormentados,
de esperanzas caídas y calladas esperas,
desde que te marchaste con tu noche de lluvia,
mi alma se va mojando por las calles desiertas.

Y quisiera llamar a la casa más sola
y pedir otra vez que la admitieran,
para extender sus manos sobre un brasero pobre
y amanecer llorando como si renaciera.

¡Qué cerca están las gentes cuando el hambre las une
y hay solo ante los ojos una desnuda mesa
y se oyen, muy distante, sonar unas pisadas,
como un eco del agua, por las mojadas piedras!

Madre mía, qué lejos, qué puramente lejos,
en una lejanía que al corazón lacera.
Y la lluvia cayendo sobre un mundo vacío.
Y tú, mojada, sola, sin mí, bajo la tierra.

Oración para que no me olvides

Yo me pondré a vivir en cada rosa
y en cada lirio que tus ojos miren
y en todo trino cantaré tu nombre
para que no me olvides.

Si contemplas llorando las estrellas
y se te llena el alma de imposibles,
es que mi soledad viene a besarte
para que no me olvides.

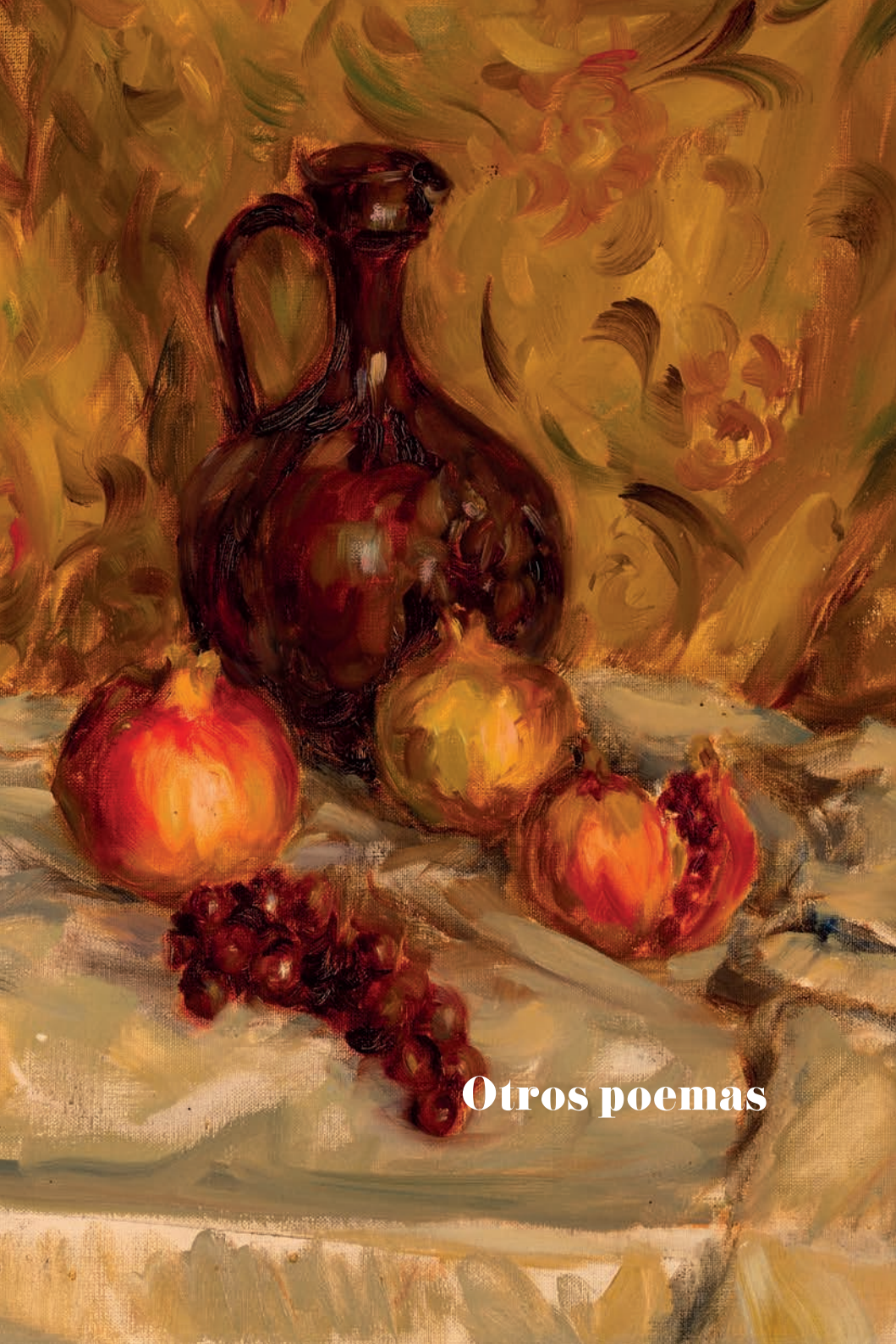
Yo pintaré de rosa el horizonte
y pintaré de azul los alhelíes
y doraré de luna tus cabellos
para que no me olvides.

Si dormida caminas dulcemente
por un mundo de diáfanos jardines,
piensa en mi corazón que por ti sueña
para que no me olvides.

Y si una tarde, en un altar lejano,
de otra mano cogida, te bendicen,
cuando te pongan el anillo de oro,
mi alma será una lágrima invisible
en los ojos de Cristo moribundo
¡para que no me olvides!



Carlos Pedraza



Otros poemas

* * * *

Los poemas «El vino», «Ronda», «Al fondo de un perfume» y «La clara confidencia» fueron incluidos en *Antología*. Óscar Castro. Selección y notas de Hernán Poblete Varas (1952). Los otros poemas permanecieron inéditos hasta ahora.

El vino

Por entre subterráneas cavernas,
entre sombras ardiendo, loco de llamaradas,
azota su corcel regido por el Diablo
y remece guitarras como árboles nocturnos.
Entonces, por la tapia de la noche,
se asoman bandoleros de pulpa misteriosa.
Se ven súbitos muslos entre humos de tabaco
y alguna liga triste con hilachas.
Una niña con pechos de paloma
siente velludas piernas que la aplastan
y manos que le arrollan la enagua ensangrentada.
Y el vino ardiente grita. Sube, lento, jadeando,
por los toneles llenos de fantasmas gaseosos
y se materializa y baraja con sus grandes espuelas
sobre los corazones su cueca de banderas.
El vino entra en la sangre rugiendo su designio.
Saca puñales, lucha, se aferra, canta y llora.

Entonces, niños tristes, en la pieza vecina,
gritan de miedo. Sienten la presencia del vino.
Su gran murciélago entra, los mira fijamente
y les echa su aliento de vértigo en la cara.
El vino arrea piños de mugidoras reses
de sombra entre las sombras. Conoce los recodos.
Va llorando en esperma por todos los caminos.
Sube la cordillera, cae en el mar sonante.
Una tonada le abre sus ventanas de lágrimas.
El vino, el vino, el vino. Su refajo de luna.

Si me decís del agua, decidme cómo entra
por las raíces, cómo sube cepas arriba,
cómo cruza los negros pasadizos de fibras,
dónde chupa su alcohol para volverse sangre,
qué machis le incorporan su guillatún salvaje,
qué brujos le dan ojos de puma y piuchén.
Porque el vino en el agua cernida entre cedazos,
sometida al designio de las fraguas terrestres,
macerada en profundas retortas infernales,
fermentada en un odre de lechuzas
con tres o cuatro gotas de un aceite de luna
y un polvo azul de eternidad.
Ya en las viñas se siente su potencia futura,
cuando el sol reverbera y hay círculos de gritos,
y hay carretas que vienen moliendo el mediodía
y hay mujeres que pasan al hombro los canastos,
cimbrándose sus pechos como densos racimos,
mientras entre las hojas Baco asoma su testa.
¡Rural, abierta y amplia gloria de la vendimia!
Vastedad de los cielos, tienda azul de los montes,
burbujeo de abejas que fermentan el día,
frescor de los lugares donde ríen las uvas.

Para la niña que va al campo

Que un cielo puro inunde tu ventana
y que recibas leche de la ubre
de la luna del campo, y de mañana
te despierten los pájaros de octubre.

Que tu cuerpo y el traje que lo cubre
se impregnen de un olor de mejorana,
y se te llene el corazón salubre
de ingenua claridad y paz aldeana.

Que seas una hostia en la custodia
de la misa del sol que se levanta
y que el armonio del pinar salmodia.

Y cuando a la ciudad vuelvas un día,
ilumina a los hombres con tu santa
salud de tierra y agua en armonía.

Un tiempo azul ardía en una lámpara.
Eran puras, entonces, las manos del alba.
El ojo del estanque lloraba sus verdines.
En mis manos crecía la rosa más triste.
Todo esto, en un país blanco de infancia,
con ríos y caminos móviles de cabras.
La tarde navegaba ojos adentro,
¡oh, callado bajel por mares de silencio!
«Penetra en mi país», decía la fucsia
y ahondaba cantando su frescor de lluvia.
«Ata tu barca con mis hilos»,
decía el pájaro. Y me iba por las laderas de mi silbo.
Una mañana se me cayó la voz.
Al ir a recogerla, me encontré cara a Dios.
Dios vestido de espejos lunares y profundos.
Dios crucificado sobre la flor del yuyo.
Subí por los maitenes, grité por las montañas:
«¡Vida de pecho duro, dame tu rosa de plata!».
Más allá de mi voz estaba el campo.
Una niña en el cielo se mojaba las manos.
Yo prendí el fuego azul de las colinas.
Yo les di a las estrellas corcel de golondrinas.
Maestro de joyeros, yo tallé los rocíos.
Se me adentró la tierra por los cinco sentidos.

Vino la estrella con su llave blanca
para abrirme los ojos como dos arcas.
Llegó la luna de pies desnudos para apretar mi cuello,
para apretar mi cuello con sus muslos.

Entonces tenía mi voz
un sudor vegetal y un morirse de flor.
Hoy lo recuerdo todo para decirte, Amada:
yo no tengo la estrella ni el suspiro del alba.
Ya por mi sangre no destella Dios.
El tiempo azul extingue su lámpara.
Pero te traigo mi rosa de plata.

Isolda, yo hablo ahora
de lo que fue la casa blanca del silencio.
Digo que tú creabas rosas
para decir estrellas.
Digo que tú tenías un cordero
de nubes, en un pueblo de recuerdos.
Digo que poseías una huerta
de palomas y olivos.
Y era un claro camino entre colinas,
por un valle de seda, el que venía
desde el azul a ti. Los caminantes
conocían tu voz. Las golondrinas
morían de volar en tu palabra.
Y pasaban los asnos
llevándose la tarde en sus pupilas.
Yo recuerdo
que el agua de los pozos
aromaba tu cántaro.
Había toronjiles en el campo,
más allá de la higuera
donde anidaban las estrellas.
Yo recuerdo
que se rompían las glicinas
sin rumor en el suelo de los vientos.
Yo recuerdo el umbral
puro de la noche,
fresco de la tarde
y la silueta tuya: tus pupilas
bebiéndose el paisaje, tus gemelos
pechos en el nidal de tu corpiño.

Para coger tu beso
yo venía cortando las estrellas
por los campos en paz. Y tu presencia
callada para mí, me perfumaba
en un irse sin ruido hacia mi sangre.
A la vera del lecho, tú o tu lámpara.
La soledad del campo, afuera.
El sembrado de Dios, ardido y puro.
Los olivos durmiendo su quietud.
¿Tú lo recuerdas?
Era el país de donde vengo,
de donde tú vienes.
Clara comarca apenas presentida,
sin un preciso nombre que la signe.
¿Tú la recuerdas?
Yo poseo la llave de la ausencia.
Con ella entro a la casa del silencio.
Y voy a ti, callado,
con mi rumor de antiguos besos.
Con mi capa de noches extinguidas,
con mi pura mirada
en que cabían todas las estrellas.
Sal como entonces al umbral
y bésame.
Recíbeme la frente iluminada.
Traigo la voz de seda.

El lucero soplabá su fina cerbatana
para herir sin rumor la garganta del alba.
Un pájaro cantaba.
Era todo tan puro, que no pasaba nada.
Nada, sino el silencio en torno a las campanas,
en torno a los pilares de la casa,
en torno al corazón del agua
y la vaca tranquila como un pensamiento de la malva.
Así era todo.
Dios lo miraba con sus ojos.
Cabían en el alma la risa y el sollozo.
Era aquello tan simple y hondo
como el brocal de un pozo.
Y tan con alma, que ahora lloro
no más de recordar el abandono
de un grillo musical, humilde y solo,
que iba dando a la hierba brotes de plata y oro.

Estaba la presencia de alguien desconocido
en el huerto. Sentíase el girar infinito
del mundo. Las montañas, sueños desvanecidos,
a la distancia. El agua liviana y el jacinto,
allí estaban, divinos.

Más allá de tu cuerpo,
pacía un viento de cerezos.
Pájaros desvelados custodiaban tu sueño.
Un pétalo mojado pulía tu recuerdo.
Ausente todavía.
Tropizando en las sábanas con estrellas y lilas,

no sabías huir. Y se morían
las pestañas del día en tus pupilas.

Ronda

Cuando tú digas luna, yo diré corazón.
Juguemos a la ronda del amor.

Cuando diga llanto, tú me dirás canción.
Juguemos a la ronda del dolor.

Cuando digas: «acógeme», lloraré de emoción.
Juguemos a la ronda del perdón.

Pero un día tan solo resonará mi voz.
La ronda del olvido, danzará el corazón.

Quemaré tu retrato, tu pañuelo y tu flor.
Y se acabó la ronda del amor.

Al fondo de un perfume

Al fondo de un perfume tú vivías.
La noche abría sus azules puertas
para que yo volara en tu recuerdo
con el delirio de una abeja ciega.

Al fondo de un perfume tú vivías.
Yo cerraba los ojos para verte,
y de mi alma surgías, temblorosa
como la gota de agua entre las redes.

¡Cómo te alcé sobre mi vida inútil!
En mis cumbres de amor, amanecías.
Irisada de luz, en una lágrima
al fondo de un perfume tú vivías.

Alta luna, celeste compañera,
en mi valle de amor, agua y caricia,
cuando mi corazón pliegue sus alas
y se llenen mis ojos de ceniza,
yo he de volverme flor para decirte:
«Al fondo de un perfume tú vivías».

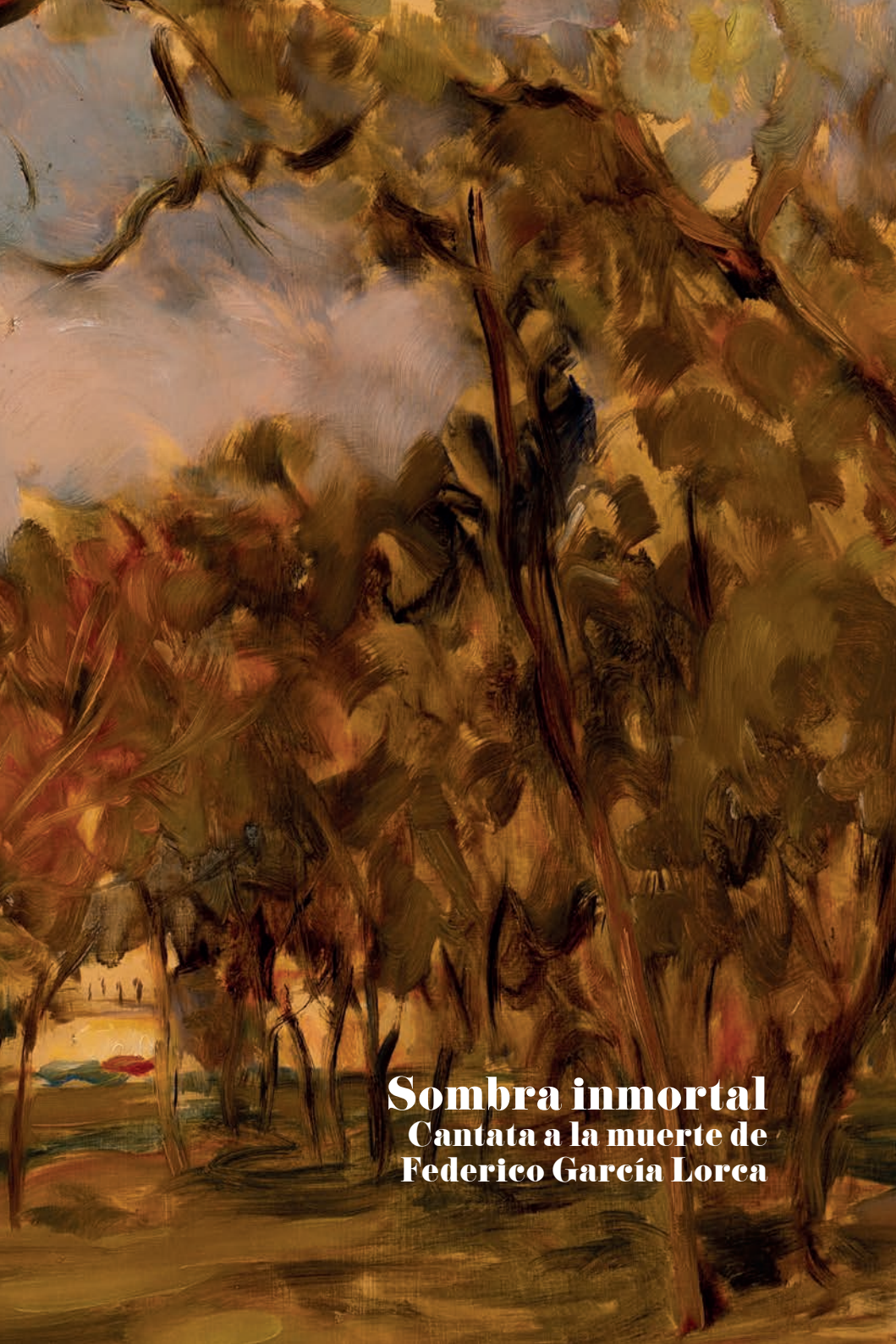
La clara confidencia

Para vivir, Isolda,
para sentir la pura voz del lirio,
hay que ir muriendo cada día.
Como la estrella al alba,
vamos perdiendo forma.
Y ya no queda
sino un recuerdo de nosotros mismos.
Surco de ala en el aire,
traza de agua que cae.
Nos fundimos
en el ser de las cosas, en el claro
fluir de las corolas.
Ya no somos.
Pero, verdad, perenne, nos recoge
la gran mano de Dios. Y ya vivimos
en esa desnudez de lo divino
que no puedo decir.
Vive la espiga,
el cardo, el ala, todo
lo que la carne quiso, en ese vuelo
hacia siempre. Mi forma vegetal
sobre la mansa tierra;
mi espíritu con Quien tiene los ríos
fluyendo de su voz. Mi esencia pura
con aquel cuyas flechas
encienden el lucero.
Si pudiera
quemarme y disolverme; si me fuera
concedida la gracia de caer
hacia ese mar de la luz

del que soy una gota; si lograra
tirar en el azul mi pez de sueño,
entonces ¡qué tranquilo mi sentir!,
¡qué florida mi paz!,
mi decir ¡qué sencillo!

Isolda, llevo alegre de jacintos
la palabra de sol atardecido.
Si me sientes
en un temblor de musgo todavía;
si mis palabras van hacia tu vida,
sin forma casi de pensar humano;
si es que miras venir mi lenta muerte
y deseas hablar de lo que digo,
resolviéndote en lágrimas,
es que ya estás más cerca de ti misma.
Es que ya estamos
más cerca de nosotros.
Es que ya ahueca
su fino pecho Dios para dormirnos.





Sombra inmortal
Cantata a la muerte de
Federico García Lorca

GRAN CORO *«Los pelegrititos».*

ACTOR He aquí la tumba de Federico García Lorca. Tierra morena como la carne de las hembras gitanas. Tierra en que podrían florecer claveles ardientes como llamas.

ACTRIZ Tierra con amapolas color sangre, con murmullos de ríos en su seno, con una voz que traspasa y la hace sonora.

GUIARRA *Acorde de guitarra.*

CORO HABLADO Como la boca de una guitarra.

ACTOR García Lorca no podía quedarse solo, como se quedan los hombres cuando ya son un puñado de huesos. Había en él tanta savia de eternidad, que aun después de cerrados sus párpados y trizada su frente, se levanta traslúcido sobre la losa que lo cubre, allí permanece, erguido, con una gran sonrisa florida en su rostro y en su sensual boca morena. Es el mismo García Lorca que conocieron las calles de Sevilla; el mismo que oyó la música de las fuentes granadinas; aquel que tuvo por amigo al Guadalquivir y a la luna por novia.

ACTRIZ Federico tiene el mismo gesto claro que cuando acompañaba a los toreros y a los soldados de la Guardia Civil en sus nocturnas correrías. Es el gitano que se reía estrechando la cintura de una guitarra mientras el cante jondo le brotaba de los labios en un surtidor de estrellas.

ACTOR Por junto a la tumba del poeta pasa un camino marginado de limoneros, con agua por las orillas, con juncos y lirios floridos. Serpentea el camino y se aleja hasta confundirse con la curva del cielo.

ACTRIZ Pero de pronto, a la distancia, vestida de músicas marciales y de gritos heroicos que claman libertad, asoma una figura de mujer, engrandecida por el sueño. Ya se precisa su perfil. Ya podemos decir su nombre. Es Mariana Pineda, que trae una bandera entre sus manos, como quien porta una flor maravillosa y frágil.

ACTOR Aquí llega Mariana Pineda. Se detiene junto a la tumba y un resplandor emerge de todo su ser. Levanta la cabeza absorta. Algo semejante a un vuelo de ángeles malvas pasa rozándole la frente. Callaremos para que haga su ofrenda.

FONDO DE PIANO *Música de Mariana Pineda.*

MARIANA La sombra. Siento la sombra caer en mí. Tu palabra, Federico, ya no alumbra

mis manos. Amortajada
quedó su gracia de lirio
con sol. Cayeron las alas
que me diste. Mis pupilas
miran tu frente trizada
y lloran. Y ya no puedo
bordar banderas de llama
para valientes. No puedo.
La aguja se me resbala
y los hilos me parecen
largas heridas que sangran.
Veo caer en la tierra
tu alegre carne gitana,
y cae también contigo
el árbol de las guitarras.
Pero todo es triste, triste
como si un ángel llorara...

CANTANTE *Canto. Sube música de fondo de Mariana Pineda.*

MARIANA Un viento mueve los verdes
limonares de Granada...

CORO HABLADO Un viento mueve los verdes
limonares de Granada.

MARIANA Y van bogando en el viento
cantares de pulpa amarga.
No puedo bordar. No puedo.

CORO HABLADO HOMBRES No puede bordar. No puede.

MARIANA El bastidor se me alarga
y toma la negra forma
de la caja que te guarda.
Miro el horizonte; veo
jinetes de largas capas.
Jinetes que hacia mí vienen.

Jinetes que tú me mandas.
¿Qué piden los caballeros?

CORO HABLADO HOMBRES Banderas...

MARIANA No está bordada.

ACTOR No ha de flamear en el viento.

ACTRIZ Como una rosa con alas.

ACTOR No ha de marchar adelante
relámpago de batallas.

MARIANA No han de mancharla los hombres,
no han de romperla las balas.
Mi bandera, Federico,
que tú querías bordada,
ha de ceñirse a tu cuerpo
con beso de enamorada.

CORO HABLADO Con beso de enamorada.

MARIANA Terminaré mi bandera
—clavel y luna de llamas—
para que tú la despliegues
sobre la estrella más alta.

CORO HABLADO Sobre la estrella más alta.

MARIANA Mi bandera, Federico,
tu más ardiente mortaja.

ACTRIZ Sí, Federico García Lorca. Mejor mortaja no podía tener tu cuerpo. El rojo de tu sangre y el rojo de la seda se han fundido para entregar al mundo su verdadero pabellón.

CANTANTE *Interpreta a capela la canción «Palomita»,
que irá in crescendo a medida que avanza
el parlamento.*

ACTOR Pero ¿quién canta a lo lejos una canción de cuna?... ¿Qué desgarrada voz entrega al mundo la emoción de las madres?

ACTRIZ Por el camino se ve llegar otra figura, desolada, vencida (*«Palomita con orquesta»*)... con todo el dolor de la tierra en su actitud. Trae las manos ahuecadas, como si sostuviera un manojo de rosas o un infante dormido.

ACTOR Es ella: Yerma, la hembra que nunca tuvo un hijo, la que sintió sus entrañas quemadas por la esterilidad, la que alargó sus pechos como una ofrenda inútil, la que murió con la boca pesada de caricias maternas que jamás pudo dar. Su dolor es el de todas las mujeres del mundo.

CANTANTE *Empalma canción de cuna «Nana de Sevilla», que irá esfumándose suavemente para dar paso al poema:*

YERMA Pétalo de acacia,
niño, niño, niño,
entre dos claveles,
te encontré dormido.
Traía la luna
dorado corpiño.
Traía la alondra
su azúcar de trinos.
Ala de paloma,
niño, niño, niño.
Por el aire claro
venías dormido.

CANTANTE *Interpreta la nana de «Yerma» (voz masculina)*

El viento tejía
pañales de lino.
Bordaban mantillas
los dedos del trigo.

YERMA Sueño de los ángeles,
niño, niño, niño.
Tu boca besaba
mis pechos henchidos.

CANTANTE FEMENINA La noche era toda
milagro y suspiro,
contaba la luna
corderos y mirlos.

YERMA Sortija del día,
niño, niño, niño.
Eras en mis manos
milagro florido,
traía la estrella
frescores marinos.
Hacia ti venía
un azul navío.
Iba yo a besarte
niño, niño, niño,
cuando ya no estabas
en mi pecho tibio.

DÚO *Primera voz masculina, segunda voz
femenina cantando:*
Sangraba la luna
gotas de martirio,
la alondra del bosque
trinaba gemidos.

YERMA Puñal en mi vientre
niño, niño, niño.

Nunca te tuvieron
mis brazos vacíos.

DÚO *Primera voz femenina; segunda voz masculina:*

El viento venía
huracán y grito.
Espadas feroces
los tallos del trigo.

YERMA Pesadillas de ángeles,
niño, niño, niño.
Tu boca pequeña
lloró mi destino.
Vengo a ti llorando,
loca, Federico,
y te encuentro muerto
y tú eras mi hijo.
Déjame llorarte,
lucero perdido.
Sol de mis entrañas,
poeta, hijo mío.

ACTOR Adiós, Yerma. El hijo único a quien
pudieron estrechar tus brazos amoros-
sos, Federico García Lorca, el hombre
que para cantar se hizo niño, el niño
que para morir se hizo hombre, ya no
va por la tierra con su salero andaluz
y su pelo y sus ojos ardientes.

ACTRIZ Sigue llorando, Yerma, que tu dolor
no tiene consuelo, porque es más
grande que el espacio y la tierra jun-
tos. En él mataron toda la luz de las
campiñas españolas, todas las flores,
todos los cantos.

CORO DE PALMAS SORDAS (*Guitarra flamenca por zapateado y pitos*).

ACTOR Es Antoñito *el Camborio* el que se acerca. Trae una vara de mimbre en las manos y azota con ella las hojas de los limoneros. El pelo de nocturnas hebras le cae por la frente hasta los ojos.

ACTRIZ «Gitano de verde luna, anda despacio y garboso...»

ACTOR Se detiene junto a la tumba de Federico. Hay pena en sus pupilas; pero no se sabe si es la pena eterna de los gitanos o la que siente por el poeta muerto.

ACTRIZ A tiempo llegas, Antoñito *el Camborio*. Faltabas en la fiesta de las evocaciones.

ANTOÑITO Gitano de cobre puro,
con un lucero en la frente.
Era tu voz de guitarras,
eran de junco tus sienes.
La copla te florecía
su rojo sol de claveles.
Ibas borracho de besos
y cinturas de mujeres.
Entre las manos el alba
se te moría, celeste.

CORO Un camino —pluma y sueño—
del cielo a Granada viene.

ANTOÑITO Me fui por ese camino.
El mismo camino hienden
tus ágiles pies que danzan,

tu risa de cascabeles.
Le digo a mi corazón
que en el camino te espere
con una vara de mimbre
porque florida la encuentres.
Limonos de oro relucen
livianos en la corriente:
estrellas que fui cortando;
con filos de amaneceres.
Hoy no tengo, Federico,
Guardia Civil que me lleve,
ni junto al Guadalquivir
cuatro hermanos que me esperen.

CORO «Llama a la Guardia Civil
y acuérdate de la Virgen
porque te vas a morir...»

ANTOÑITO Mi sangre fue por el agua,
dando amapolas alegres.
Hoy no sé qué me espera,
de la vida y de la muerte.
Solo estaba, Federico,
pero ya sé que tú vienes,
moviendo capas de luz,
torero de amaneceres.
Los ángeles me lo han dicho.
Me lo ha contado la nieve.
Junto al camino te aguarda,
colmado vaso de mieles,
el corazón que me diste,
abierto, puro, celeste.
Cuando vea tu silueta,
solo te sabré decir:

CORO De arcángeles y doncellas
venga una Guardia Civil
para dar a Federico

una cárcel de zafir
y plumas de viento joven
para que pueda escribir.

ANTOÑITO ¡Ay! Federico García,
ya no te puedes morir
porque si tú te murieras,
ese cielo de alhelí,
y esta luna, y este mundo
se harían ceniza gris!
Pero ya llegas trayendo
—planeta de oro y marfil—
entre tus manos morenas,
la rosa del porvenir.
Grábese sobre tu rosa
mi figura de perfil.

CORO DE PALMAS SORDAS

ANTOÑITO Viva medalla de sueño
reluciendo en el cenit.
Medalla de bronce y bronce
gitanos los dos al fin!

ACTRIZ No en bronce, sino en oro quedará
tu silueta acuñada en las almas,
Antoñito *el Camborio*. Federico, que
tenía manos de artífice, te dejó para
siempre engarzado entre las luces
de un romance. Te alejas, y yo veo
recortarse tu perfil sobre el sol que ya
muere. «Viva moneda que nunca se
volverá a repetir».

ACTOR Ahora sopla el viento, un viento
fuerte, salino, con audacias de potro
encabritado. Una muchacha viene
huyendo, con el miedo en la sangre,

llorando casi, como si un sátiro alargara sus manos para cogerla.

ACTRIZ Es Preciosa, la de la blanca pandereta, la de los pies desnudos, la que sabe cimbrarse como un junco entre los brazos de la danza. Muchacha, cuéntale a Federico tus angustias.

ACTOR Él sonríe al reconocerte y te convida con el gesto. Él aprendió a no tener miedo, desde que lo miraron de frente las vacías cuencas de los fusiles asesinos.

CORO HABLADO ¡¡MANUEL CASCAJO!! (*Tres balazos*) ¡Tú lo mataste!

PRECIOSA Campana de lirio y agua
el ruedo de mi vestido.
El viento lo va moviendo
con largos dedos floridos.
El viento quiere mis muslos
calientes y amanecidos.
El viento palpa mis pechos.
El viento viene conmigo.
Quiere besarme y tenderme
sobre lechos de jacintos.
El viento burlón desea
dejar en mi vientre un hijo.
Resbalando de sus zarpas,
llego hasta ti, Federico.

GUIARRA *Fondo guitarra, saeta y taranta.*

PRECIOSA Protégeme con tus brazos.
Espántalo con tu grito.
Quedaré junto a tu pecho
ahogada de suspiros

y sonará para ti
mi luna de pergamino.
Escóndame entre sus pétalos
la rosa azul de tu espíritu.
Desde que tú te me fuiste
quedé amarga, Federico.
Y el viento fiero me busca
tocando trémulos silbos.
Federico, quién pudiera
morir y crecer contigo,
ser a tu lado la rosa
que te señala el camino.
Ser en tus labios el agua,
tu sol entre nieve y frío.
Las alas que te conducen,
la estrella de tu destino.
Pero el viento ya me encuentra,
Federico...! Federico...!

VOZ-ECO Federicoooooo... Federicoooooo...

PRECIOSA Siento sus manos tenaces
debajo de mi corpiño.
Salado y potente viene
desde mares infinitos.
Trae puñados de aromas
para encantar mis sentidos.
Para turbar mi razón
trae cantares de mirlos.
Y me acosa, me levanta,
me desnuda, Federico...!
Revienta lejos el mar
su pólvora de jacintos,
el viento trae azucenas
y espumas en el hocico.
El viento ya está besando
la rosa del vientre mío.

Por los caminos levanta
satánicos remolinos.
Tengo que huir de sus garras.
¡Hasta siempre, Federico...!
¡Adiós! El viento me lleva.

VOZ-ECO ¡Adiós...!

PRECIOSA ¡Adiós! Rompió mi vestido.

VOZ-ECO ¡Adiós...!

PRECIOSA ¡Adiós! No escuches mi grito.
Conserva para tu noche
mi luna de pergamino...

ACTOR Preciosa, no te angusties. Si el viento
te levanta hasta las estrellas encon-
trarás en lo alto a Federico. Allí ten-
drás la luna para bailar y collares de
estrellas para tu cuello fino.

ACTRIZ El viento ya se ha ido y tras el últi-
mo remolino que levantaron sus pies,
emerge, inmóvil junto a la tumba,
una cuarta mujer, llorosa, triste que,
como toda ofrenda, deja sobre la losa
un costurero de fino raso.

ACTOR No conozco tu nombre, mujer de los
inmensos ojos, pero sé que eres aquella
que una noche se fue con Federico
hacia los campos para saborear el
abrazo en que se muere dulcemente.
Comprendo que tú amaste al poeta y
que él también te quiso...

CORO «Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso

se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos».

MUJER Al río me fui contigo.
Era noche de Santiago.
Por calles de sueño y sombra,
cogida fui de tu brazo.
Mecida por tu deseo
como un clavel en su tallo,
sentí, desnuda y caliente,
la caricia de tu mano.
Ramo puro de jacintos,
mis pechos a ti entregados.
Granada de sol y sangre,
sobre tu boca, mis labios.
En mi carne florecía
la rosa de los desmayos.
Entre las matas de lino,
¡qué fuerza la de tus brazos!

CORO Miré caer en la noche
tu cinturón constelado.
Sobre mi cuerpo, tu cuerpo,
¡oh, fruto maravillado!

MUJER Me sentí como la tierra
hendida por el arado.
Tu cabeza entre mis pechos
como un lucero y un nardo.
El cielo, el viento y el mar
sobre mi cuerpo cantando!
Mozuela te dije que era.
Te lo dije y no era engaño,
que para ti se hizo virgen
mi carne de lirios blancos.

VOZ FEMENINA Doncella para tus besos.

VOZ FEMENINA Doncella para tus brazos.

CORO HABLADO FEMENINO Sobre tu oscura cabeza brillaban mil
candelabros.

MUJER Para la tierra y el cielo
éramos dos desposados.
Largo temblor de mi voz
cuando te dije: «¡Te amo!».
¡Aquella noche fue mío
todo lo que está lejano!
La música de los ríos,

VOZ FEMENINA la estrella,

VOZ MASCULINA el árbol,

VOZ FEMENINA los pájaros.

MUJER En mi vientre florecía
la rama de los milagros.
Mis muslos te aprisionaban
como guirnaldas de nardo.
Entre tus labios calientes
bebí luceros mojados.
Y me morí de gemidos
en muerte de sueños y astros!

CORO HABLADO ¡En muerte de sueños y astros!

MUJER Y hoy, Federico García,
por el agua de los años,
llorando vengo a mirarte,
vengo a besarte, llorando.
Caído estás, con la sombra.
como una rosa en tu mano.
Dejaré sobre tu pecho
mi costurero de raso;
el mismo que tú me dieras,
el mismo que ahora traigo,
lleno de lágrimas tibias

y de días deshojados.
Y adentro del costurero,
mi corazón traspasado
por los fusiles de sombra
de aquellos que te mataron.

CORO HABLADO MARCIAL Por los fusiles de sombra
de aquellos que te mataron.

MUJER Federico, en tu memoria
mi vientre se hace regazo.
Mis hombros y mis rodillas
lloran jacintos lunados.
Mi pelo que huele a noche
quisiera ser tu sudario.
Sobre tu pecho pondría
la blanca cruz de mis manos.
Manos que ya se me mueren
en un otoño de cantos.
Federico, por las venas
tu sangre me va llorando.
Tengo frío, Federico:
Frío de besos helados.
Federico, tengo muerte;
muerte de río sangrando.
Muerte la que a ti te dieron.

CORO HABLADO Muerte la que a ti te dieron.

MUJER Muerte que me va matando.

CORO HABLADO ¡Muerte que te va matando!

ACTOR Muerte que a todos ha de matarnos,
mujer. Pero tú te quedarás en la me-
moria de los hombres, como todo lo
bello y lo grande que hubo en este
mundo.

ACTRIZ Cuando se diga: Federico García Lorca, todos pensarán en ti, porque fuiste su amada de una noche, y porque fuiste también, la creadora del más bello romance.

ACTOR Ha caído la noche. El cielo mueve sus anillos. Desde la tierra suben aromas y los grillos tejen una enredadera de plata. Una luna creciente refulge, milagrosa, en el azul profundo. Federico García echa hacia lo alto su mirada y sonríe ante la presencia de algo que permanece oculto para los humanos.

ACTRIZ Clavileño, el corcel de los poetas ha llegado junto a su tumba. García Lorca, de un solo impulso, ya está sobre sus lomos. Y he aquí que el caballo sube por los aires hasta aquella región en que se cansan las más atrevidas alas. Nosotros ya sabemos lo que ha ocurrido.

ACTOR Federico tenía una cita con aquel que murió a las cinco de la tarde, en una plaza de toros; aquel por quien el poeta lloró sus más profundas lágrimas: Ignacio Sánchez Mejías.

ACTRIZ Clavileño retorna para llevarnos. Montemos en su grupa reluciente. La fantasía protege nuestro viaje de sueño. Subimos, subimos incansablemente.

ACTOR Y aquí encontramos a Federico y a Ignacio, viviendo en esa vida sin raíces oscuras que aparece cuando se

cierran las puertas del mundo. Desde
lejos oímos la voz sonora del torero.

IGNACIO La luna de largos cuernos
por la pradera del cielo.
Deme la noche su capa.
Deme su espada el lucero.
Aquí yo quiero torearla
con pases de largo ruedo
y clavarle las estrellas
tal banderillas de fuego.

CORO HABLADO «A las cinco de la tarde...»

FEDERICO Ignacio Sánchez Mejías,
poeta, señor y Torero,
por ver tu corrida vine
sobre caballo de viento.
Miré tu traje de luces
por encima de los huertos
y tu faja desplegada,
vía láctea en el cielo.
Mujeres allá en la tierra
por ti vestían de negro.

CORO HABLADO FEMENINO «¡Ay, qué terribles cinco de la tarde!»

CORO HABLADO MASCULINO «Eran las cinco en sombra de la tarde».

IGNACIO ¡Ay, Federico García,
poeta, cantor y torero,
la noche para mí trae,
mil toros de terciopelo.
Para que salgan, los ángeles
abren las puertas del cielo.
Y Gabriel, dándome aviso,
toca trompetas ardiendo.
Allá en la tierra quedó,
traje gastado, mi cuerpo.

Dejé las plazas de España
cansado de ser su dueño.

CORO FEMENINO «¡Qué gran torero en la plaza!»

CORO MASCULINO «¡Qué gran serrano en la sierra!»

FEDERICO Ignacio Sánchez Mejías,
pulido como un espejo,
por tu cintura de junco
resbalan cuernos de sueño.
Estoques de lluvia fina
relucen entre tus dedos.
El relámpago es tu capa.
Mugen los toros del trueno,
y al enterrarle tu espada,
cae sangre —nieve— al suelo.

CORO HABLADO FEMENINO «¡Qué blando con las espigas!»

CORO HABLADO MASCULINO «¡Qué duro con las espuelas!»

IGNACIO Acércate, Federico.
Ya terminó mi toreo.
Faena cumplida en paz
alegre y claro me quedo.
Advierte como me llama
el alba con mil pañuelos.

FONDO MUSICAL *¡Ay mi morena!*

IGNACIO Voy a beber manzanilla
con los ángeles toreros.
Bailar una jota viva
con Santa Teresa, quiero.
La Macarena gitana
hará sonar sus panderos.
Las estrellas —castañuelas—
atronarán todo el cielo.

CORO HABLADO FEMENINO «¡Qué tierno con el rocío...!»

CORO HABLADO MASCULINO «¡Qué deslumbrante en la feria!...»

CORO HABLADO COMPLETO «¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tinieblas!...»

FEDERICO ¡Ignacio, contigo voy,
puedo bailar y lo quiero!

IGNACIO ¡La luna ya nos aguarda
con sus dos brazos abiertos!

FEDERICO La luna de los poetas.

CORO HABLADO FEMENINO La luna de los poetas.

IGNACIO La luna de los toreros.

CORO HABLADO MASCULINO La luna de los toreros.

ACTRIZ ¡Ay, Federico García!

CORO HABLADO COMPLETO «Viva moneda que nunca
se volverá a repetir».

ACTRIZ ¡Ay, Federico García!

CORO HABLADO COMPLETO Viva medalla de sueño
reluciendo en el cenit.

GRAN CORO «*Los cuatro muleros*».



Carlos Pedraza



Cuentos

«Lucero»*

Recortadas unas sobre otras, las cresterías de la cordillera barajan sus naipes pétreos hasta donde la mirada de Rubén Olmos puede alcanzar. Cumbres altísimas, azules hondonadas, contrafuertes dentados, enhiestas puntillas van surgiendo ante su vista, siempre cambiantes, cada vez más difíciles al paso a medida que asciende. Antes de iniciar un repecho demasiado fatigoso, el viajero decide conceder un descanso a su cabalgadura, que resopla ya como un fuelle. Y cuando se ha detenido cruza su pierna izquierda por encima de la montura y despeña su mirada hacia el valle. Primero le salta a la pupila el espejo del río, que alarga con desgano su caprichoso serpenteo por entre pastizales sembrados. Pasan luego sus ojos por sobre los cuadriláteros de unos cuantos potreros y busca el pueblo de donde partiera en la mañana. Allí está, escaparate de juguetería, con sus casas enanas y los tajos oscuros de sus calles. Algunas planchas de zinc devuelven el reflejo solar, tajeando el aire con plateado y violento resplandor.

Con un aleteo de párpados, Rubén Olmos borra la imagen del valle y examina a su cabalgadura, cuyos mojados ijares se contraen y elevan en rítmico movimiento.

—¿T'estay poniendo viejo, Lucero? —interroga con un tono cariñoso. Y el animal gira su cabeza negra, que tiene una mancha blanca —plagio de una estrella— en la frente, como si comprendiera.

—Güeno, también es cierto que hartó habís trabajado; pero te quean años de viajes toavía. Por lo menos, mientras la cordillera no se bote a mairastrá...

Torna a mirar la mole andina, familiar y amiga para él y Lucero; no en balde la han atravesado durante once años. Rubén Olmos, encandilado un poco por la llamarada blanca del sol en la nieve, piensa en sus compañeros de viaje y en la ventaja que le llevan.

* Publicado en *Huellas en la tierra* (1940).

Pero no le concede importancia al detalle: está cierto de darles alcance antes que anochezca.

—Siempre que vos me acompañís; la'e no vamos a tener que alojar solitos —manifiesta al caballo, complementando su pensamiento.

Rubén Olmos es baqueano antiguo. Aprendió la difícil ciencia junto a su padre, que desde niño lo llevó tras él por entre peñascales y barrancos, pese a sus rebeliones y a la desconfianza que le inspiró al comienzo la cordillera. Cuando el viejo murió —tranquilamente en su cama—, el patrón de la hacienda lo designó a él como reemplazante. Cruzó por lo menos cien veces esta barrera, que al principio se le antojara inexpugnable, y trajo arreos numerosos de ganado cuyano, siempre en buenas relaciones con la fortuna.

Eligió a Lucero cuando este era todavía un potrillo retozón y él mismo tuvo a su cargo la tarea de domarlo. Desde entonces nunca quiso aceptar otra cabalgadura, a pesar de que su patrón le regaló dos bestias más, de mayor empuje al parecer, y de superiores condiciones. Este caballo ha sido para él una especie de mascota a la que se aferró la superstición de su vida siempre jugada al azar.

El baqueano, habituado a la lucha épica contra los elementos, antes que por las hembras se apasionó por el peligro. Con instintiva sabiduría puso su devoción en un bruto, presintiendo quizás que de él no podía esperar desaires ni traiciones. Si un día le dieran a elegir entre la vida de su hermano y la de Lucero, vacilaría un rato antes de decidirse. Porque el animal, más que un vehículo, significó desde el comienzo un amigo para él. Fue algo así como la prolongación de sí mismo, como la vibración de sus músculos continuando en los tendones de Lucero.

Rubén Olmos nació con la carne tallada en dura substancia. Sintió la vida en oleadas galopándole las rutas de su ser. Arriba de un caballo fue siempre el que conduce, no el que se deja llevar. Y esta fuerza pidió espacio para vaciarse; ninguno pudo resultarle más propicio ni más adaptado a sus medios que la tumultuosa crestería de los Andes.

Mirado sin atención, el baqueano es un hombre como todos. A lo sumo, da sensación de confianza en sí mismo. Debajo de su piel cobriza y de su nariz achatada asoma la evocación de algún indio,

su antepasado. Su risa no tiene resplandores; se le oscurece en los ojos y, a lo más, blanquea en la punta de sus dientes. Apacientador de soledades, aprendió de ellas el silencio y la profundidad. Con Lucero se entiende mejor que con los humanos. Será porque el caballo no responde. O porque dice siempre que sí con sus ojos tiernos y húmedos. Vaya uno a saber.

—Güeno, ahora vamos andando.

Asentando sus cascos en cualquier hendedura, el caballo enfila en dirección al cielo. El jinete, inclinado hacia adelante, lleva el compás del balanceo. Ruedan piedrecillas hacia las profundidades y tintinean las argollas del freno. Y Lucero —tac, tac, tac— arriba, por fin, a la cima, tras caminar un cuarto de hora.

En la altura, el viento es más persistente, más cargado de agujas frías. Resbala por la cara del baqueano. Busca cualquier hueco de la manta para clavar su diente. Sin embargo, la costumbre inmuniza al hombre de su ataque. Y por más que el soplo insiste, no consigue inmutarlo.

Traspuestas unas cuantas cadenas de montañas, ya no se divisa el valle. Hay cerros hacia donde se vuelve la mirada. Y arriba, un cielo frágil, puro, más azul que el río del viento, manchado apenas por el vuelo de un águila, señora de ese predio inabarcable.

La soledad de la altura es tan ancha, tan diáfananamente desamparada, que el viajero siente a veces la leve sensación de ahogarse en el viento, como si se hallara en el fondo de un agua infinitamente liviana. Pero el hombre no tiene tiempo de admirar las perspectivas magníficas del paisaje. Ni esta atmósfera que parece una brújula traslúcida; ni el verde rotundo y orquestal de las plantas; ni la sinfonía de pájaros e insectos que ascienden en flechas finas hacia la altura, dicen nada a su espíritu tallado en oscuras substancias de esfuerzo y decisión.

Desde una puntilla que resalta por sobre sus vecinas, Rubén Olmos explora el sendero con la esperanza de divisar a quienes lo preceden. Pero la mirada vuelve vacía de este peregrinaje. El hombre arruga la boca. Sus cuatro compañeros que partieron de la hacienda una hora antes que él, le han tomado mucha ventaja. Tendrá que forzar a su pingo.

A su paso van surgiendo lugares conocidos: la Cueva del León, la Puntilla del Cóndor, la Quebrada Negra. «Mis compañeros pueden estar esperándome en el Refugio'el Arriero», piensa, y aprieta las espuelas en las costillas de Lucero.

El sendero es apenas una huella imprecisa, en la cual podrían extraviarse otros ojos menos experimentados que los suyos. Pero Rubén Olmos no puede engañarse. Este surco anémico por donde transita es una calle abierta y ancha que conduce a un fin: la tierra cuyana.

A medida que asciende, la vegetación cambia de tono. Se hace más dura y retorcida para resistir los embates de las tormentas. Espinos, romerillos, quiscos filudos, ponen brochazos nocturnos en el albor de la nieve. La soledad comienza a tornarse cada vez más blanca y honda, revistiéndose de una majestuosa serenidad. Rubén Olmos piensa que deben ser las cinco de la tarde. El sol, ya soslayado hacia Occidente, forcejea por tamizar su calor a través del viento.

Cambia de pronto el decorado, y el caballo del baqueano desemboca en un inmenso estadio de piedra. Dos montañas enormes enfrentan sus paréntesis, encerrando un tajo cuyo fondo no se divisa. Parece que un inmenso cataclismo hubiera hendido allí la cordillera, separándola de golpe en dos.

El jinete detiene a Lucero. El Paso del Buitre ejerce una extraña fascinación en su mente. A los quince años, cuando lo atravesó por vez primera, se le ocurrió mirar hacia abajo, pese a las advertencias de su padre, y al cabo de un momento vio que la hondonada empezaba a girar semejante a un embudo azul. Algo como una garra invisible lo tiraba hacia el abismo, y él se dejaba ir. Por fortuna, el «taita» advirtió el peligro y destruyó la fascinación con un grito imperioso: —«¡Güelve la cabeza, baulaque!». Desde entonces, a pesar de toda su serenidad, no se atreve a descolgar sus ojos hacia aquella profundidad insondable.

Además, el Paso del Buitre tiene su leyenda. No puede ser atravesado en Viernes Santo por un arreo de ganado sin que ocurran terribles desgracias. También su padre le advirtió este detalle, contándole, como ilustración, diversos casos en que la sima se había tragado reses y caballos de modo inexplicable.

En verdad, el paso es uno de los más impresionantes que puede presentar la cordillera. El sendero tiene allí unos ochenta centímetros de ancho: lo justo para que pueda pasar un animal entre el muro de piedra y el abismo. Un paso en falso... y hasta el Juicio Final.

Antes de aventurarse por aquella repisa suspendida quién sabe a cuántos metros del fondo, Rubén Olmos cumple escrupulosamente la consigna establecida entre los transeúntes de la cordillera: desenfunda su revólver y dispara dos tiros al aire para advertir a cualquier posible viajero que la ruta está ocupada y debe aguardar. Los estampidos expanden sus ondas por el aire diáfano. Rebotan en las peñas y vuelven, multiplicados, hasta los oídos del baqueano. Tras un momento de espera, el jinete se decide a reanudar su viaje. Lucero, asentando con precisión sus cascos en la roca, prosigue la marcha, sin notar, al parecer, el cambio de fisonomía en la ruta. «¡Caballo lindo!», musita el hombre, resumiendo en esas palabras todo su cariño hacia el bruto.

Lo que ocurre en seguida nunca podrá olvidarlo Rubén Olmos.

Al salir de un recodo cerrado, el corazón le da un vuelco enorme. En dirección contraria, a menos de veinte pasos, viene otro hombre, cabalgando un alazán tostado. El estupor, el desconcierto y la ira se barajan en el rostro de los viajeros. Ambos, con impulso maquinal, sofrenan sus caballos. El primero en romper el angustioso silencio es el jinete del alazán. Tras una gruesa interjección, añade a gritos:

—¿Y cómo se le ocurre metes'en el camino sin avisar?...

Rubén Olmos sabe que con palabras nada remediará. Prosigue su avance hasta que las cabezas de los caballos casi se tocan. En seguida, saca una voz tranquila y segura del fondo de su pecho:

—El que no disparó fue usted, amigo.

El otro desenfunda su revólver, y Rubén hace lo mismo con rapidez insospechada en él. Se miran un momento fijamente, y hay un chispazo de desafío en sus ojos. El desconocido tiene unas pupilas aceradas, frías, y unas facciones acusadoras de voluntad y decisión. Por su exterior, por su seguridad, parece hombre de monte, habituado al peligro. Ambos comprenden que son dignos adversarios.

Rubén Olmos se decide por fin a establecer que la razón está de su parte. Empuñando su arma con el cañón hacia el abismo, para no infundir desconfianza, extrae las balas, presentando un par de vainillas vacías.

—Aquí'stán mis dos tiros —expresa.

El desconocido lo imita y presenta, igualmente, dos cápsulas sin plomo.

—Mala suerte, amigo, disparamos al mismo tiempo —expresa el baqueano.

—Así es, compañero. ¿Y qué hacemos ahora?

—Lo qu'es golver, no hay que pensarlo siquiera.

—Entonces, uno tiene que quearse de a pie.

—Sí, pero... ¿Cuál de los dos?

—El que la suerte diga.

Y sin mayores comentarios, el jinete del alazán extrae una moneda de su bolsillo y, colocándola sin mirarla entre sus manos unidas, dice a Rubén Olmos:

—Pida...

Hay una vacilación inmensa en el espíritu de Rubén. Aquellas dos manos unidas que tiene ante los ojos guardan el secreto de un veredicto inapelable. Poseen mayor fuerza que todas las leyes escritas por los hombres. El destino hablará por ellas con su voz inflexible y escueta. Y, como Rubén Olmos nunca se rebeló ante el mandato de lo desconocido, dice la palabra que alguien moduló en su cerebro:

—¡Caral!

El otro descubre, entonces, lentamente, la moneda, y el sol oblicuo de la tarde brilla sobre un ramo de laureles con una hoz y un martillo debajo: el baqueano ha perdido. Ni un gesto, sin embargo, acusa su derrumbe interior. Su mirada se torna dulce y lenta sobre la cabeza y el cuello de Lucero. Su mano, después, materializa la caricia que brota de su corazón. Y, finalmente, como sacudiendo la fatalidad, se deja deslizar hacia el sendero por la grupa lustrosa del caballo. Desata el fusil y el morral con provisiones, que van amarrados a la montura. Quita después el envoltorio de mantas que reposa sobre el anca. Y todo ello va

abriendo entre los dos hombres un silencio más hondo que el de la soledad andina.

Durante estos preparativos, el desconocido parece sufrir tanto como el perdedor. Aparentando no ver nada, trenza y destrenza los correones del rebenque. Rubén Olmos, desde el fondo de su ser, le da las gracias por tan mentida indiferencia. Cuando su penosa labor ha finalizado, dice al otro, con voz que conserva una indefinible y desesperada firmeza:

—¿Encontró en el camino a cuatro arrieros con dos mulas, por casualidad?

—Sí, en el Refugio'staban descansando. ¿Son compañeros?

—Sí, por suerte.

Lucero, sorprendido tal vez de que se le quite la silla en tan intempestivo lugar, vuelve la cabeza y Rubén contempla por un momento sus ojos de agua mansa y nocturna. La estrella de la frente. Las orejas erguidas. Las narices nerviosas... Para decidirse de una vez, echa al aire su voz cargada de secreta pesadumbre:

—Sujete bien su bestia, amigo.

El otro afirma las riendas, desviando la cabeza de su alazán hacia el cerro.

Entonces, Rubén Olmos, como quien se descuaaja el corazón, palmorea nuevamente a Lucero en el cuello, y de un empujón inmenso lo hace rodar al abismo.

Tierra ajena*

Lisandro Pozo y el campo han sido amigos de siempre. Existe una profunda y clara compenetración entre ellos, que no precisa de palabras para manifestarse. Lisandro «siente» la tierra. La besa con los ojos y con los pies. Cada surco, cada repliegue, cada yuyito humilde que crece condecorando el seno pardo con su crucequilla de oro, le son familiares y constituyen el alfabeto de su devoción. El hombre tiene cuidados maternos para esta hija grandota que se despierta por las mañanas arrebujada en su pañuelo gris de neblina y que por las tardes precisa de un tintineo de grillos para dormir en paz. A Lisandro la tierra le parece una amante a la que guarda fidelidad. Siente un placer callado y hondo en abrir las represas del canal, para que el agua, cantando, extienda su amorosa lengua por sobre los terrones resecos. Y en los atardeceres, cuando el cielo es un gran zafiro pálido, él mira con no sabe qué íntimo gozo el temblor de la estrella primera en los espejos frágiles que hay diseminados entre el pasto.

Yuyales, trigos nacientes, alabardas enhiestas del maíz, zapallos de guías crecedoras y hojas peludas como las orejas del «Malo»: todo esto es lo que la tierra entrega a cambio de los cuidados de Lisandro. Todo esto, y un sonar de élitros, un galopar de viento libre, un aroma jugoso de pastos, una sensación de anchura y de cosa virgen y fuerte.

Porque la tierra, mil veces poseída, es una novia siempre para los corazones simples y claros. La gleba desflorada por los arados, hollada por los cascos de las bestias, hendida por azadas relucientes y palas aceradas, posee cada vez una pureza nueva, un inédito aroma, un aliento incontaminado de niña con los pechos recién madurando.

Tierra morena, tierra de Dios, cruzada de sustancias vegetales, presta siempre a devolver ciento por uno el grano que en ella se tira.

* Publicado en *Huellas en la tierra* (1940).

Y esta tierra tiene un dueño que no la conoce ni la ama: un hombre para quien cada espiga, cada mazorca riente de maíz es una moneda de oro y nada más; una moneda hecha por los hombres para comprar el trabajo de los hombres y el sudor de las frentes agobiadas.

Para Lisandro, estas cosas no cuentan. Jamás ha pensado que nada de esto le pertenece. Trigo, sí, trigo amarillo reventando abundancia, para que haya hambre en su hogar. Y maíz también, para que cada grano caiga hecho dinero en una caja repleta que no es la suya. Pero qué importa, qué importa, Señor, si él ha trabajado el campo durante setenta años, como si fuera una heredad recibida de su padre. Él también es como la santa tierra, que da frutas y granos, tubérculos y semillas, sin preguntar jamás qué boca habrá de gustar su sabor.

Destino de la tierra y destino del hombre brotado de la tierra, semejante a un tallo más.

Pero este hombre tiene una historia, y será necesario decírla. Yo sé que cabría en las palabras que pudiera contener mi puño, si fuera posible coger en las manos las palabras, lo mismo que semillas. Nació Lisandro frente al mismo campo que ahora trabaja. Sembrador por generaciones, su padre quiso que a la tierra no le faltaran surcos ni manos para labrarla. Y dejó siete varones fuertes y morenos, como amasados en greda, sin contar cuatro hembras de caderas potentes y pechos generosos. Después, No Lisandro se murió y lo enterraron bajo la tierra viva, para que ella pudiera sorberle los últimos jugos que llevaba en sus huesos y en su carne.

A cambio de esas dos manos que no habrían de empuñar más el arado, hoy catorce brazos nervudos están curvados encima de la gleba para coger sus frutos o dejarlos caer sobre las fauces entreabiertas. Tarea elemental y eterna. Sembrar y recoger, recoger y sembrar, siempre, bajo todos los cielos, con idénticos gestos y actitudes.

Dócil a su destino, Lisandro fue sembrador. El surco constituyó para él una caligrafía fácil, porque además de haberla aprendido, la conocía ya desde que abrió los ojos, desde que fue un germen en el sagrario maternal. Y siguió tras los bueyes soñolientos y resignados, de sol a sol. Y volvió por las tardes a comerse su pan junto al brasero, como lo hicieran antes que él todos los que quedaron a sus espaldas. Y se levantó cada madrugada con el clarín del gallo.

Y anduvo sobre el terrón reseco del verano, sobre el lodo invernal, sobre la escarcha agosteña, sobre el rocío decembrino.

Y un día, en su mocedad ardiente, los ojos de una mujer lo encandilaron. Brotaron rojas fucsias en la húmeda tierra de su corazón. Se le incendió la noche de insomnios. Aprendió a lavarse cuidadosamente las manos encallecidas, a engreírse el mostacho, a bailar la cueca con gallardía y a decir palabras de amor. Y una noche, bajo la luna bruja que plateaba el río y se tamizaba en el verde nuevo de los álamos, sintió unos labios húmedos y calientes en los suyos, y se supo hombre, y volvió al rancho cantando a media voz, como si conversase con los grillos y con el viento que tocaba sus arpas invisibles en las hojas.

Desde el fondo de esa tierra morena que fue Amalia, su mujer, empezaron también a brotar los retoños uno a uno, año tras año, con esa gravidez inconsciente y profunda del campo bien abonado. Ocho críos y una larga enfermedad en quince años de matrimonio agostaron pronto las reservas vitales de la hembra, y una mañana Lisandro, con sus cuatro hijos mayores y tres parientes, hubo de llevarla al cementerio pobre del pueblo, en donde ahora yace, bajo una cruz comida por el tiempo.

Por fortuna, por desgracia —dijo Lisandro cuando supo la noticia—, Amalia tuvo una «chancleta» en su segundo parto. Se llamó también Amalia, como la madre, y de ella heredó la sonrisa tímida, el parco decir, la silenciosa actividad. Desaparecida la vieja, pareció que nada había cambiado en el rancho. Los hombres encontraban siempre el almuerzo listo, el brasero encendido y el mate sobre la boca de la tetera humeante al regresar de sus faenas cotidianas.

Esta es toda la historia de un hombre. Historia sin otro calendario que el de las hojas de los álamos, sin otro placer que el de fumar un cigarrillo de hoja bajo la sombra de los sauces, sin más religión que la de producir pan para otros.



Pero en el campo ocurre a veces que un río se desborda, malogrando las siembras. Suele suceder que una helada intempestiva quema

los tallos tiernos que recién comienzan a buscar la luz. O acontece que una lluvia maligna se descuelga sin aviso cuando el trigo está engavillado en las eras, pudriendo las espigas.

Desbordamiento, helada imprevista, lluvia destructora, la desgracia llegó también a visitar a Lisandro.

El hijo mayor, Eleuterio, se cansó un día de comerse con los ojos el mismo paisaje y partió en un enganche hacia las faenas salitreras del Norte. Más tarde llegó una carta suya, la cual, entre faltas de ortografía y borrones, traía buenas noticias. El Norte era pródigo en trabajo y en dinero. Para muestra, venía también un giro por cincuenta pesos: ¡una fortuna!

Aquellas líneas fueron un anzuelo dorado para Pedro y Rosamel, que seguían en edad al ausente. El viejo, desde el fondo de su desesperanza, los vio partir un día del rancho sin volver la cabeza. La muerte vino después y le llevó a Juancito, el menor, mientras la patria reclamaba a Juan Antonio, otro de los vástagos, que cumplía veinte años.

En la mesa humilde fueron quedando muchos huecos, que Lisandro no miraba por no salar su plato con lágrimas. Este desbande lo hizo retardarse por más tiempo en el campo cada día. Desde lejos, apoyado en su azada, miraba el rancho entre el humo de su cigarro y la niebla de las pupilas. Y se inclinaba de nuevo hacia la gleba, removiéndola con desesperación, como si cavara en su propia angustia.

Amalia, la hija, confundida siempre entre la ceniza, callada, desvaída como una sombra, no conseguía quitarle el luto del corazón. En cuanto a Anselmo, el único retoño que le quedaba, era un inútil completo. A los quince años no había logrado captar la ciencia ni la paciencia del campesino. Le gustaba corretear por ahí, a través de los potreros inmensos, persiguiendo chicharras y moscardones, o bañarse en el río, junto con otros rapaces de su edad. Más que un alivio era un estorbo junto al padre.

Lisandro trató varias veces de corregir esta holgazanería de su hijo dándole una que otra zurra; pero entonces el muchacho se escapaba de la casa y permanecía oculto en el monte por un par de días, alimentándose de quesos y huevos robados o de

frutas silvestres. El viejo concluyó por borrarlo de sus preocupaciones.

Aquel día, encontrábase él apoyado en su pala, en el contraluz de la tarde, cuando sintió a sus espaldas los trancos conocidos de un caballo. Antes de haber girado por completo el busto para ver quién se acercaba, llegó hasta sus oídos, filosa como un cuchillo, la voz autoritaria del mayordomo:

—¡Oye, Lisandro!

Estaba habituado a las maneras bruscas del «mandón» y no le concedió ninguna importancia al tono con que lo llamara. Volvióse con lentitud y, a través de las cejas que le caían sobre los ojos formando una media cortina gris, miró hacia arriba la silueta rolliza del recién llegado. Después, con desgano:

—¿Qué hay?

—El patrón acaba'e llegar y te necesita.

—Voy al tiro.

Llegóse hasta el canal, acomodó un armazón de sacos y ramas en la bocatoma que surtía de agua al campo, echó unas cuantas paladas de barro encima y retornó al sitio en que el mayordomo lo aguardaba. Este lo recibió con una sonrisa de sarcasmo. Por el senderillo que serpeaba en el campo como una raya blanca trazada al descuido enfilaron ambos hacia las casas de la administración. El peón adelante, con la pala en alto como un estandarte del trabajo; detrás, don Ramón, dejando caer a trechos un rebencazo desgana-do sobre las ancas de su tordillo.

Tras caminar un rato en silencio, el mayordomo emparejó la marcha de su bestia al cansino andar de Lisandro. En seguida dejó caer con malignidad una pregunta, cuyo significado no comprendió de inmediato el viejo:

—¿Cuántos años tenís, Lisandro?

Previendo alguna respuesta chusca, de esas que tanto acostumbra-ba don Ramón, el interrogado respondió con desconfianza:

—Creo que debo ser unos treint'años mayor que usted, por lo menos.

La risa del mayordomo tajeó por un momento el crepúsculo cuajado de arboles. Luego, como hablando para sí:

—Yo tengo cincuenta. Quiere decir... A ver... Cincuenta, sesenta, setenta... Quiere decir que anday por los ochenta, como quien dice la flor de la edad...

—Eso es, ochenta, on Ramón.

—¿Y no creís que te ha llegado ya l' hora del descanso? Con la parvada d' hijos que vos tenís, te iré que yo' estaría en cama hasta las doce, y en los días de lluvia no me levantaría.

—El pobre tiene que trabajar hasta onde puea, on Ramón.

—Güeno, ojalá piense lo mismo el patrón.

Dicho esto, el mayordomo se adelantó, porque ya estaba frente a ellos la puerta de la oficina.

Lisandro tuvo un presentimiento, y desde el fondo de su corazón se encomendó a la Virgen del Carmen antes de trasponer el umbral.

El recibimiento fue frío y cortante. Don Belarmino, el «jutre», antes de dirigirle la palabra dio una vuelta completa a la oficina, se atusó el bigote sedoso, miró la hora en su reloj pulsera y encendió un cigarrillo rubio, cuyo deleitoso aroma llegó a las narices del peón. Por un momento Lisandro tuvo la visión de la frente amplia y pálida del patrón; de sus ojos grises y duros; de sus dientes que espejeaban blancura. Inconscientemente colocó sus manos negras y callosas a la espalda, ocultándolas de aquella mirada sin alma.

Al salir, recordaba confusamente la conversación. Solo sabía una cosa: que debía abandonar el fundo. ¿Por qué? Porque tenía ochenta años, porque estaba acabado, porque sus hijos no producían para don Belarmino después de haber venido al mundo en «sus» tierras.

—Pero si llevo más de sesenta años trabajando aquí, señor —había implorado como argumento supremo.

—Mayor razón aún —había sido la respuesta categórica—; primero te alimentó mi padre, y yo no tengo ninguna obligación de seguir cargando contigo.

—Pero, ¿aónde voy a irme, señor? Soy viejo... No me almitirían en niuna parte...

—¿Y tus hijos?

—Usted sabe, se fueron.

—Pues, no haberlos dejado que se fueran. Su obligación era seguir aquí.

No pudo más. Salió con un sollozo abierto como una hoja de cardo en la garganta. Le temblaban las manos. Su corazón era un pájaro loco adentro de su pecho. Vacilaban sus piernas, y hubiera querido morirse allí mismo, como un pobre perro apaleado.

Se fue caminando, inconsciente, a través de los potreros. Anduvo cuadras y cuadras con todo el fardo de la noche y de la angustia en sus espaldas. Sintió el rumor del agua como entre sueños; el vaho de la tierra, el cantar de los sapos y el chistido de alguna lechuga. Un viento sonámbulo se puso a mover las zarzamoras. Huyó un conejo asustado al sentir su proximidad. Y él seguía caminando, con los pies mojados por el agua del riego, con la frente empapada de estrellas, con el pecho jadeante, con los ojos trizados de soledad y vacío.

Confusamente pensó que le habían robado algo. Algo que era más suyo que su cuerpo, más que su rancho, más que sus hijos. Por un instante tuvo la sensación de que la tierra lo llamaba, lo retenía con sus zarzamoras, sus charcos de barro y sus pastizales. Pensó que sería bueno acostarse sobre la tierra, besarla tal vez, abrazarla para que no lo despojaran de ella.

A diez pasos divisó la puerta de su rancho. Un cuchillo de luz hacía vaina en la noche. Sintió que se le acababan las fuerzas...

—¡Ama...! —alcanzó a decir, y se encontró con la tierra pegada a la cara. Luego, fue como si el campo empezara a sorberle las fuerzas. Volvióse de espaldas trabajosamente y se le llenaron los ojos de estrellas. Eran espigas, espigas relucientes que nadie cultivaba. Bajó los párpados para guardar aquel oro nocturno.

Y claramente, con profunda seguridad, supo, antes que su corazón se inmovilizara, que ya nadie de este mundo podría quitarle la tierra que era suya por derecho propio.

«Callejón de los Gansos»*

Callejón de los Gansos lo llamaron, y nadie sabe todavía por qué. Será porque resulta una gansada aventurarse por él. O por el desgano de sus curvas, de sus árboles y hasta de sus piedras. Parte desde el pueblucho, flanqueado por dos tapias de adobes, que, al nacer, tuvieron miedo de separarse mucho. Cuando estas paredes han caminado un par de cuadras, pierden categoría y tejas. Pierden también un poco de dignidad y hacen curvas de borracho. Más adelante desaparecen, y dos corridas de zarzamora continúan el viaje interrumpido. La zarzamora se aburre, se adelgaza, ralea lamentablemente, hasta enredar una que otra guía en los alambres de púa que siguen. Aquí para el callejón empieza un vía crucis terrible. Logra conservar su nombre por milagro, equivocación u olvido. Primero es una acequia que se desborda, formando barrizales pavorosos. En seguida unos chanchos que se encargan de explorar el lodo, no dejando piedra por remover. Feliz de haber distanciado aquella inmundicia, el callejón se detiene a la sombra de unos sauces, antes de internarse con decisión en un estero. Sale inconocible al otro lado y titubea un rato, sin saber cuál es su rumbo. Lo descubre por fin, y curiosear por entre un montón de casas que se apartan desganas para darle paso. El callejón abre, sin premura, el ojo nocturno de una noria, y ve que se halla en el fundo Los Litres. Así como antes hubo de soportar las vejaciones de los cerdos, ahora vuelve a ensuciarse con los insultos que cambian, de lado a lado, dos comadres. Aquello es tan soez, que el pobre callejón enrojece en unos pedazos de ladrillos con que le han rellenado un bache. Sin embargo, como es curioso, se detiene unos trancos más allá, y escucha:

—Lo que debíay de hacer vos es echate la boca al seno y encerrate en tu casa pa no asustar con tu cara'e lechuza a la gente honrá.

* Publicado en *Huellas en la tierra* (1940).

—Eso'e gente honrá no la habís de decir por vos, seguramente, que echay a l'olla las gallinas ajenas. Ni por tu hija creo que tampoco porqu'esa, ¡psh!...

—¡Deslenguá! ¿Qué le tenís que sacar a la Vitoria? Habíay de fijate primero en la cría tuya, esa lindura'e José Manuel, que trabaja tres días y toma otros tres en la semana.

—¿Y te píte por si acaso dinero a vos pa dase gusto? ¿O tiene que tomarte parecer pa gastar lo qu'es preúto'e su trabajo?

Tras las ventanas de las casas próximas, disimulándose lo mejor que pueden, hay catorce o dieciséis orejas que disfrutan con placer de aquella audición gratuita. En apariencia, las contendoras son solo dos; pero en realidad cada una tiene fervorosas partidarias. Es una lucha de derecha contra izquierda. Las vecinas del lado de Domitila Lucero simpatizan con Juana Carrillo, y viceversa. Debe ser porque los patios están abiertos por detrás, y desde allí se ven las bambalinas, mientras que desde el frente puede observarse solo el decorado.

El callejón viene presenciando parecidas escenas desde hace unas semanas. Como sabe que es peligroso terciar en tales disputas, permanece neutral en apariencia; pero de vez en cuando se gasta sus bromas disimuladas. El otro día, por ejemplo, cuando el bombardeo palabreril amenazaba llegar a las vías de hecho, soltó desde un recodo, como una caja de sorpresa, el coche del patrón. ¡Había que ver el desconcierto de las peleadoras! Haciendo un esfuerzo sobrehumano enmudecieron. Pero sus miradas continuaron cruzándose con furor homicida. Por un minuto, los ojos fueron más elocuentes que cualquier lengua. No obstante, cuando el «jutre» les hizo una venia, ambas sacaron desde el doble fondo de su ser unas sonrisas tan beatíficas que los propios serafines habrían sentido envidia. Mas apenas el coche hubo pasado ya estaban las miradas cruzando sus relámpagos y cada boca quería ser la primera en iniciar el tiroteo. No contaban, sin embargo, con la malicia solapada del callejón, que soltó al mayordomo detrás del amo. Ambas mujeres miraron desoladas al nuevo intruso, y se metieron echando chispas en sus respectivas viviendas. Un gato que se estaba comiendo la «color» pagó las consecuencias en casa de Domitila, y un pollo que picoteaba la ensalada, en la de Juana Carrillo.

El callejón conoce perfectamente el porqué de aquella terrible rivalidad, pero se lo calla con obstinación. Él presencié la escena ocurrida cuando Antonio, el marido de Domitila, trajo «de un ala» a Victoria, la hija, que conversaba con José Manuel, retoño de Juana, bajo unos sauces del contorno. La batahola de aquel día fue homérica. Salieron de la casa los lloros desesperados de la muchacha y las palabras rotundas de la madre. Victoria no se vio asomar a la puerta por espacio de dos días, y al cabo de ellos apareció con un ojo morado. Pero Domitila no había concluido su obra, y aprovechó la primera ocasión para vociferar destempladamente en contra de la vecina. Esta supo corresponder a la invitación, y ahí no más comenzó la cosa. Ocasiones hubo en que las espectadoras de uno y otro bando estuvieron a punto de interceder en el pleito no para darle fin, sino para increpar a la deslenguada que tenía a mal traer a la respectiva favorita. El callejón, en tales casos, ha oprimido con oportunidad el botón de su caja de sorpresa.

Porque el callejón tiene buenas entrañas, a pesar de su aspecto repulsivo. Ahora, por ejemplo, se ha detenido para tomar el pulso a la pelea. Desde las primeras palabras le ha entrado el convencimiento de que el asunto no lleva miras de alargarse. Es que las contendoras, tras habérselo dicho todo, se repiten en forma lamentable. Por eso el callejón las abandona y continúa su trayecto, escondiéndose tras un recodo. Va distraído por entre una sonante hilera de álamos, cuando lo cogen de sorpresa dos muchachos que cambian pedradas con entusiasmo enorme. Son dos rapaces que con sus edades sumadas no alcanzan a completar dieciocho años. El uno mugriento, pelado a la de Dios, es grande, con una chaqueta descomunal sobre unos pantalones que le vienen estrechos, tiene un montón de piedras a su lado, y las va lanzando con soltura y decisión. Pero el contendor —chascón, en mangas de camisa— posee dos ojos excelentes y de un salto deja sin efecto los tiros de su opositor. A su vez, amaga en forma peligrosa la posición contraria y el otro debe darse maña para que un proyectil no le rompa la cabeza.

—¡Ey va esa, empelotao! —dice el de la chaqueta disparando un pedrusco.

—¡Y ey tenís la contestación, tiñoso! —grita el rival.
—¡Esa pa tu agüela!
—¡Y esa pa tu hermano el curao!
—¡Y esa pa la Vitoria, que tiene trato con el llavero!
—¡Y...!

La frase no alcanza a completarse, porque un impacto en plena frente ha dado en tierra con quien iba a pronunciarla.

El «hechor» aguarda un momento, con la sorpresa asomándosele por entre la mugre de la cara. Luego, al barruntar que la cosa se pone fea, echa a correr por los potreros sin volver la cabeza, tal si una «catervá» de diablos lo persiguiera.

El callejón lamenta que los hijos continúen las disputas de los padres, y luego alarga una rama de sauce al herido para que este pueda pararse. En seguida hace sonar las aguas de una acequia regadora, invitando al rapaz a que se lave la sangre. Mientras la víctima, con rabia reconcentrada en su interior, procura borrar los rastros de la agresión, masculla escalofriantes amenazas, la menor de las cuales es enterrar vivo al contendor y venir a regarlo todas las mañanas con lejía caliente.

Quisiera el callejón volverse para ver qué van a decir Juana y Domitila cuando sepan el percance; pero prefiere confiar en que el herido, por hombría, callará el origen de aquel «cototo», atribuyéndolo a un golpe casual. Y prosigue su tortuosa trayectoria por en medio de los potreros en que el trigo maduro mueve mansamente sus oleadas aurinas. Como es despreocupado, pronto se olvida de todo, dejando que lo arrullen los cascabeles de las espigas y que las chicharras lo adormezcan con el monótono son de su chirrido. Cuadras y cuadras se deja ir, absorto en este sueño, hasta que un rumor de conversaciones viene a sacarlo de su letargo. Cerca de allí, bajo unos nogales frondosos, varios segadores, tendidos con despreocupación, se precaven de rayos solares que caen en lluvia enceguedora sobre los campos. Han terminado de almorzar y charlan con desgano, esperando que la voz del capataz los llame de nuevo a la faena. En los nogales o sobre la hierba ponen las hoces un paréntesis. Este paréntesis separa el bochorno canicular de la frescura que bajo los árboles se disfruta.

Como la espera se hace larga, los circunstantes recurren a su habitual entretenimiento para dejarla pasar. Allí, separados uno de otro y dándose la espalda, están Belisario y Antonio, esposos de Domitila y Juana, respectivamente. Los segadores saben que basta apretarles un botoncito para que los dos enemigos comiencen la función.

—¿Y qu'es de Juan Manuel? —pregunta de pronto uno de los malintencionados.

—Salió esta mañana —responde el padre.

—¿Pa'l Sur? —interroga maliciosamente Antonio, aludiendo al rumbo que toma el hijo de su rival cuando amanece con sed.

—¿Y qué tiene que haiga ido pa'l Sur?

—Ná; que la cabra siempre agarra pa'l monte.

—También el llavero pasó pa'l Sur endenante. ¿No lo viste?

Los espectadores ríen en silencio. Saben adónde va la intención de Belisario, pues las voces que corren dan como seguro que el llavero anda detrás de Victoria, afirmando los más atrevidos que por ahí los han visto muy solitos.

—Entonces por ey se v'a trompezar con tu hijo, que ya debe tener viaje enterao y que la'stará durmiendo.

—Con plata d'él tendrá que haber sío, ¿nu'es cierto?

—O con la plata que le sacó del bolsillo a los otros con el naípe.

—¿Te ganó algún cinco a vos?

—No; yo sé muy bien con quién juego.

—¿Me vay a ecir que Juan Manuel es mañoso? —dice Belisario incorporándose.

—No; mañoso no: habiloso...

—Y vos y tu mujer, las piores lenguas del jundo...

—Tu mujer ya tenía casa cuando nosotros llegamos.

—¡Tapaera!

—¡Hablaor!

La cosa habría concluido en bofetadas, de no llegar en ese instante el capataz al tranco largo de su bestia.

—¡Ya, niñitos, al trabajo!

En silencio van cogiendo sus hoces los hombres y se desparman por el campo, con el alma regocijada por el incidente. Los dos

enemigos, fieros, reconcentrados, continúan cambiando pullas a media voz, y al cortar las primeras espigas lo hacen con fruición, tal si rebanaran la garganta del otro.

—¡Dejars'e leseras, niños! —interviene, conciliador, el capataz, interponiéndose entre ellos.

Si las miradas tuvieran el poder de las balas, el colocarse en la línea de fuego le habría costado la vida al amigable mediador.

Consternado el callejón, de tanto odio como ha visto, prosigue por entre unos maizales para mirar la risa de las mazorcas y contagiarse con ella. Camina, camina, entre una música de hojas removidas, bañado por el aroma jocundo de la tierra que entrega sus frutos. La maraña verde se espesa, se vuelve más fresca y forma casi un toldo por encima del callejón. De pronto, una colilla de cigarro barato que humea en el suelo delata la presencia de un hombre. El callejón entreabre las espaldas del maíz y descubre allí, tendido en una acequia sin agua, al causante de todos los disgustos que han pasado: a Juan Manuel. Está boca abajo y hace dibujos raros en la tierra con un palito. De vez en cuando aguza el oído hacia el Norte y retorna a su entretenimiento. Con caracteres toscos y deformes ha conseguido formar una palabra sobre la tierra: «Bitoria». La «t» se apoya lastimosamente sobre la «i», cuyo punto es un hoyo profundo por el cual corre una chinita.

De pronto suenan los maizales y el hombre se incorpora con rapidez. Una canción desganada, que una clara voz de mujer viene diciendo, presta frescor al mediodía. Juan Manuel sonrío y escucha. La voz viene apenas a unos pasos:

*«Te he querido con toda mi alma,
eres dueño de todo mi amor...»*

—¿Son pa mí los versos? —interroga, riendo, Juan Manuel.

—¡Tonto, que me asustaste! —replica la muchacha, deteniéndose de golpe.

Tendrá unos veinte años. Es morena, fresca, de ojos profundos y caderas armónicas. En el gesto se le ve que no aguardaba el encuentro. Por eso pregunta:

—¿Y qué'stay haciendo aquí vos?

—Esperándote.

—¿Cómo supiste...?

—Oyí cuando la fiera'e tu mamá te dijo anoche que teníay qu'ir a las casas del jundo.

—¿Y no saliste a trabajar?

—Aunque me hubieran pagao en oro. Hace dos semanas que no te doy un beso.

Ha avanzado unos pasos, y sin aguardar mucho, coge a la muchacha por el talle.

—Y estay más rebonita —dice.

—Y vos más entraor...

—Te quiero.

—Y yo... ¿Creí que a palos van a sacarme del corazón el cariño?

—¡Así me gusta oírte!

Ambos personajes se internan lentamente por el maizal. El callejón curiosear en vano por entre las hojas. Al fin decide volverse, lleno de regocijo, para ver lo que ocurre allá en casa de las mujeres. Llega en el preciso instante en que Domitila, asomada a la ventana de su casa, vocifera:

—¡Prefiero ver a mi chiquilla con la peste ante de dársela a tu borracho!

Y Juana, desde el umbral de su vivienda:

—¡Y yo quisiera que a m'hijo me lo aplastara una carreta ante que vos juera su suegra!

Ocultando la risa el callejón corre hacia el trigal. Allí, desde diez pasos de distancia, los padres continúan el tiroteo.

—Ante de un mes, la Vitoria'staría muerta de hambre si se casara con tu sinvergüenza.

—No quiero pensar lo que le pasaría a Juan Manuel. Por lo menos, moría de repunancia.

El callejón levanta pícaramente un remolino de tierra, y retorna al sitio en que dejó a la pareja. Aguzando el oído, alcanza a escuchar entre la espesura verde:

—Naide poirá quitame que sea tu mujer, Juan Manuel.

Y la voz del varón.

—Y yo mejoraré la conduta pa que naide tenga que icir na de mí.

—¡Y aunque no, siempre te quiero!

—¡Palomita!

—¡Mi hombre!

El callejón, alegre, ágil como un arroyo, sigue y sigue por el campo. Sobre un peral amarillo de frutos, están arrullándose dos tórtolas. La siesta canta como una guitarra sobre los potreros, las flores y los seres. El callejón, serpenteando grácilmente, trepa por la dulce comba de una colina. Reaparece por última vez en un flanco del promontorio, y se pierde allá lejos, como si buscara el sitio en que la tierra y el cielo se dan un beso, borrando todas las distancias.

El hombre que tallaba estribos*

Se lo dijo Rosenda, la de Tomás, el regador, a Petronila Huerta, bajo el parrón de la casa de esta última, mientras el mate hacía su trayecto entre las manos de ambas mujeres. Del brasero salía un aroma de azúcar tostada, y una tortilla inmensa se divisaba entre los pliegues del mismo paño que sirvió para arroparla y «hacerla sudar» cuando la masa ya cocida abandonó su lecho de rescoldo.

—Comaire, Dios me castigue si miento, pero el Baucha no más ha sío el causante.

—¿Me creerá, comaire, que yo'staba en el mismo pecao? Cuan-tuá, cuando velamos al Chumita'e Perico, me le metió l'idea en la cabeza y naide me la sacó d'ey. «El Baucha tuvo qu'haber sío», me dije pa mis aentros, porque yo lo vide mirando al niño una tarde, a la pasá'el puente.

—¿No ve como yo nu'andaba tan perdía? Usté sabe qu'el Cloro tenía una mata'e naranjo qu'era una bendición. Si nu'había rama que no se le tapara'e fruta. Güeno. Un día pasó el Baucha y se queó mirando el naranjo. «Güena cosa di'árbol lindo», dicen que dijo. Y jue como con la mano, comaire; d'ey la plantilla comenzó a secarse y al fin tuvieron que cortarla...

Rosenda divulgó por un lado del pueblo aquella conversación y Petronila se encargó de darla a conocer por el otro. De boca en boca tomó cuerpo, sumó detalles, agregó suposiciones y a Bautista Riquelme se le atribuyó desde entonces la cualidad tremenda de «ojiar» cuanto miraba. Árboles, animales y niños quedaban desde ese momento entregados a la voluntad del dañero. Mas, como todo tiene su remedio, los pobladores de Punta Brava recordaron que ña Martina, la vieja del Portezuelo, conocía el secreto para curar el mal, y la vivienda de la anciana se vio constantemente visitada

* Publicado en *La sombra de las cumbres* (1944).

por campesinas anhelantes, que llevaban allí sus niños, para que la «meica» los santiguara.

Al comienzo, Bautista no reparó en el miedo que su presencia originaba. Estribero famoso y trenzador sin igual, ocupaba la última casa del villorrio, por el costado sur, a cien varas del río que mujía bajo los pilares del puente. Las manos de aquel hombre sabían los secretos del tallado con una ciencia innata que sus predecesores aprendieran en luengas generaciones. Era preciso verlo junto a los secos trozos de luma o corazón de peumo, dibujando y cortando sutilmente, para saber cómo amaba su oficio el estribero. Graciosas filigranas, flores, estrías, lazos de unión entre una figura y otra, todo tenía el sello de lo perfecto y lo espontáneo al ir quedando fijo para siempre sobre la pulida superficie de la madera.

—No, patrón, le falta toavía —expresaba el artista, inmutable frente a algún hacendado impaciente que pretendía llevar su obra antes de tiempo. Y retocaba lo ya hecho con cariño infinito, tal si de cada muesca o cortadura dependieran su fama y su vida.

Estaban habituados los campesinos a verlo en la puerta de su vivienda, mirando a pleno sol alguna pieza ya concluida para apreciar bien el efecto que daría al colgar desde la apellonada montura.

—Güenas tardes, Baucha.

—Güenas tardes, Mañungo.

Todos lo conocían y lo respetaban. No había silla de montar en las haciendas y fundos del contorno que pudiera llamarse bonita si no llevaba unos estribos salidos de las manos de Bautista. Poderosos señores, dueños de tierras que se alargaban desde la costa a los Andes, pretendieron tomarlo bajo su mando, a fin de que trabajara para ellos solos. Él se evadió dignamente de todos los halagos que se le prometían y prefirió seguir su vida libre, allí en la casa última de Punta Brava cerca del río mugidor.

Era un hombre delgado, huesoso, de suaves y profundos ojos negros; tenía lisa y regular la frente, la nariz afilada, toscas las manos hasta el punto de parecer increíble que pudieran ser las de un tallador delicado. En el trabajo usaba mandil de cuero burdo, y la costumbre de permanecer inclinado habíale cargado un tanto las espaldas, a pesar de que su edad no pasaba de los treinta y cinco años.

Su historia era de todos conocida. Casado al cumplir cinco lustros, con Lucrecia, la hija mayor del viejo Raucha, su vecino, vio enfermar a su hembra poco después que esta hubo dado a luz a Bauchita, y fueron inútiles todos los esfuerzos y gastos que hizo para salvarla. Se fue la compañera un mediodía de otoño, comido el vientre por un cáncer maligno que los «meicos» y «meicas» trataron de curar a fuerza de conjuros y pociones en que entraban las más extrañas hierbas. Cinco años tenía Bauchita cuando le sobrevino al estribero la segunda desgracia. Era un muchachito moreno y gracioso en el cual el hombre había concentrado todo el amor de su corazón solitario. Parecía Bautista no vivir sino para él. Era dueño el muchacho de todos los dominios de aquella casa, y en su risa se lavaba como en una agua melodiosa el espíritu del padre. Se les veía juntos en los atardeceres recorrer el camino, pararse sobre el puente, jugar como dos camaradas de la misma edad. Y hasta los más ancianos sonreían ganados por la ternura, frente a tan luminoso espectáculo.

¿Cómo pudo descuidarse Bautista? ¿O estaba ya grabada la sentencia en los libros inmutables del Destino? Mientras el padre, un lunes por la tarde, tallaba con su amor de siempre, alejóse el pequeño de la puerta en donde jugaba, para llegarse hasta las barandas del puente. Sintió de pronto el estribero un grito penetrante y el corazón se le encogió traspasado por un presagio.

—¡Bauchita...! ¡Bauchita...!

Salió vociferando hacia el camino, llegó jadeando al puente y solo vio las aguas rumorosas y turbias que corrían encajonadas entre los pilares de piedra. Allá lejos flotaba, alejándose, una tabla pintarrajeada de azul y verde: la pequeña carreta que él mismo construyera para su hijo.

Por la orilla del río, a tropezones con las piedras, anhelante, desesperado, crispadas las manos callosas, llenos de fiebre los ojos, viéronlo ir, tornar, meterse en la corriente, siempre llamando con lastimera voz:

—¡Bauchita...! ¡M'hijito lindo...! ¡Bauchita...!

Solo pasados tres días, el río devolvió su presa. Lo encontraron en una isla de arena, diez cuerdas más abajo, desnudo, calzado solo con su zapatito izquierdo, hinchado, tumefacto.

Después de aquello, el tallador estuvo cuatro meses sin sacar las herramientas del cajón en que las guardaba. Inútiles fueron los ruegos de los más encumbrados señores del contorno para que diera satisfacción a sus pedidos. El hombre se sentaba por las tardes bajo el parrón del fondo, y allí permanecía con extraña fijeza. Le crecía la barba inculta y libre, tocaba ya su pelo por detrás del cuello deshilachado de la chaqueta, se apolillaban de quietud sus manos hábiles. Muchos contaban que lo vieron acariciar una carreta azul y verde sobre aquel mismo banco donde antes erigían los estribos sus flores delicadas y sus muescas.

Volvió después, obedeciendo a quién sabe qué ignorado designio, a sus faenas. Pero ya no era el mismo en su carácter. Se le veía deambular por frente a las viviendas, llegarse al río muy de tarde en tarde, seguir aún más allá, tal si las lejanías lo llamaran. A veces, en mitad de su paseo, quedábase mirando por largos minutos un árbol, una piedra, un animal cualquiera, como quien procura desentrañar un secreto. A menudo, ante un niño moreno que pasaba, sus ojos se llenaban de un satinado fulgor, y permanecía detallándolo, sin un gesto, hasta que el rapaz desaparecía de su vista. Más de alguno que lo saludara al pasar, se quedó sin respuesta y se alejó moviendo la cabeza, conmovido.

Y ahora, de repente, los hombres empezaban a huirle. Los niños, advertidos por sus madres, interrumpían sus juegos y se escurrían, sigilosos, al divisarlo, o bien desandaban su camino para no tropezarse con él.

—Oye... el Baucha.

—Hay que apretar.

—No te le olvíe que yo llevo cinco rayas y vos dos nomás...

Y disparaban.

Él amaba a los niños, veía en ellos a su hijo, calculaba en cada rostro moreno y vivaz la edad que aquel tendría. Hubo, pues, de notar la triste aureola que rodeaba su esencia. Fue para él un desconcierto, algo como una herida por la espalda, como una voz de «¡Alto!» rubricada por el fulgor de un arma en una encrucijada solitaria.

Ya no se le acercaban las mujeres tratando de hacerlo olvidar con su cháchara insubstancial. Ya los hombres, después de saludarlo,

abatían los ojos para que no pudieran verles el reproche en el fondo. Habría deseado preguntar, saber de qué se le acusaba, cuál era su delito. Pero una espesa malla de soledad, de orgullo y dejadez lo separaba de sus semejantes. Era como esos baches del camino que encierran un peligro para los vehículos, las bestias y los humanos. Sin embargo, esos baches, llenos de agua, reflejan con mayor claridad que el río mismo las estrellas y el cielo.

Bautista sintió miedo de aquella sorda hostilidad y buscó en el trabajo un refugio. Desde que las diucas rompían la madrugada con sus flechas de plata, hasta que se apagaban todos los rumores del campo en actividad, permanecía él inclinado sobre los trozos de madera que iban vistiéndose con una capa irreal de pétalos, estrías y hendiduras como hechas con aguja.

Y la vida seguía en Punta Brava, al amparo de un monte secular cuyas cimas hendían el cielo y cuyas pedregosas laderas venían a lamer el costado poniente de la aldea.



El hijo más pequeño de Lindor y Casiana era toda la lumbre del hogar. Nacido cuando la mujer contaba cuarenta y cuatro años y cuando ya los retoños mayores eran labriegos hechos y derechos, vino a poner un júbilo imprevisto bajo el techo de la humilde casa. Parlanchín, vivaracho, más movedizo que un cabro montaraz, creció entre los elogios rendidos y las exclamaciones asombradas de hombres y mujeres.

—¡Dios lo guarde! —decían las ingenuas campesinas ante alguna frase feliz del niño, juntando las manos.

—Hechura mía, pue, ñora —se pavoneaba el padre, brotándole el orgullo por entre la modestia falsificada.

—Viejo destroncao... Si no hubiera sólo por mí... —replicaba Casiana, reclamando también sus derechos.

—Güeno, pongámosle mitimiti —concedía él—, aunque vos sa-lís harto faurecía, te contaré...

Y el moco, consciente de su dominio, exigía, perentorio, ordenaba, hería el suelo con sus pies desnudos y se amurraba en un rincón hasta que sus caprichos eran satisfechos.

—Tome, m'hijito, ya'stá, haga su gusto...

Los esposos trazaban proyectos. La extraordinaria vivacidad que revelaba el vástago, hacíalos concebir esperanzas casi fabulosas. Pensaban darle educación al rapaz y salir tal vez a expensas suyas de la condición precaria en que hasta entonces habían vivido.

Mas cierto día el niño amaneció sin ganas de comer y apenas levantado fue a dejarse caer en su silleta de paja, sordo a la invitación de los chincoles que aturdían entre los árboles, ajeno por completo al aroma de las sopaipillas que su madre freía en un tiesto ahumado. Vomitó el desayuno a poco de ingerido y empezó a sollozar, friolento. Entonces todos convinieron en que aquellos eran los inequívocos síntomas de un empacho y se llamó a una vecina sabia que entendía de tales achaques. Acudió presurosa la señora, y tendiendo boca abajo al muchacho que berreaba como un condenado, lo desnudó de cuerpo arriba y después de frotarle con ceniza un punto de la espalda, cogió con diestras manos la piel delicada de Toñito —así nombraban al enfermo— y comenzó allí unas manipulaciones hasta que se escuchó un leve rumor como de astilla rota.

—Esu'era, pero ya'stá quebrao el empacho —anunció la operante y cubrió con sábanas y mantas al pequeño, que seguía llorando.

—Dios se lo pague, vecina —agradeció la madre, y pocos momentos después envió a la médica un colmado plato de sopaipillas doradas y sabrosas.

Pero la enfermedad del hijo siguió su curso, agravada por sus caprichos. Desde la cama, el niño pedía queso, carne, agua, y la madre complaciente se los daba para no verlo sufrir. Sobrevinieron fiebres, delirios, gritos de espanto que traspasaban la noche despertando a todos los de la casa.

—Este niño'stá ojiao, ña Casiana.

—¿Cómo no se les había ocurrido antes? ¡Pero si estaba claro como la luz! Mal de ojo. Eso era. Tenía que ser eso.

—¿Qué día jue cuandu'el niño comenzó a gomitár?

—A ver... un jueves, hacen como tres semanas.

—El día antes pasó pu'aquí el Bauchá.

—Claro. Tenía qu'entregarle unos estribos a on Rosamel.

—A lo mejor mi'ha mirao al Toñito...

Corrieron ese mismo día hasta el Portezuelo en busca de la salvación. Hilario, el hijo mayor, llevaba en sus brazos robustos a su hermano, muy arropado, con ternura que tal vez no hubiera podido adivinarse en su aspecto casi siniestro. Al lado iba la madre, compungida.

—Por faorcito, ña Martina, santígueme al niño.

La vieja miraba desde la puerta a sus visitantes con sus ojillos grises, y por entre los pliegues del rebozo emergían sus manos sarmientosas de color canela y llenas de pintas rojas. Era apenas un bultito encorvado, frágil, insignificante. Su boca sin un diente se plegaba, hendida, bajo la nariz afilada y enorme. El rebozo le rodeaba también la cabeza enmarcándole los ángulos y las arrugas de la faz. Destrozó entre sus labios unas cuantas palabras cascadas.

—Pasen pa'ilante.

Apuntalado contra el cerro, su rancho era una excrecencia de las rocas. Por delante se prolongaba, como una visera pajiza, una media-gua sostenida por horcones nudosos. El techo de la pieza era de latas cargadas por pedazos de piedra para que el viento no se las llevase.

En los rincones se aquietaban unos trozos de sombra enmohecida. Había un catre de fierro, abollado, con desnivel hacia el rincón, por haberse hundido en la tierra las patas de aquel lado; encima, trapos en desorden, un plumón que gritaba colores por sus partiduras, una almohada mugrienta.

Por adentro vagaba un olor de hierbas secas, mezclado a otras emanaciones indefinibles. Dos o tres sillas destartaladas dejaban colgar sus pajas hasta el suelo. Un brasero de escasos carbones era la única cosa viva en aquel recinto apagado por el tiempo.

La vieja cogió al niño de los brazos de Hilario y lo observó un momento con atención.

—No pesa na esta criatura —se admiró.

—Va pa'l mes que lo tengo así —dijo la madre, llorosa.

Hilario, desde un lado, observaba, ceñudo y silencioso.

—Si'han pasao tres viernes —murmuró la vieja, fijos los bailadores ojillos en la cara de Casiana— no le doy much'esperanza. Pero en el nombre de Dios, que too lo puee y lo cura... A ver, tengami'aquí al angelito.

Fuese como una sombra hasta un rincón, abrió una vieja caja cuyas bisagras crujieron, y tornó con un papel y unas hierbas. Echó sobre los carbones unos amarillentos granitos que despidieron agradable olor y masculló borrosas letanías que pusieron runruneo de abejas en el cuarto penumbroso. Después cayeron sobre las brasas, crepitando y encarrujándose, las secas hierbas que trajera la «meica». Volvió a coger al niño la oficiante y lo expuso por unos momentos a la caricia del humo que subía rápido y vertical.

—Oiga, Hilario, vay'a traerme unas ramas de palque y otras de rúa d'ey ajuera.

Obedeció en silencio el mocetón y tornó pasados unos minutos.

La «meica» puso al niño sobre la cama sucia y empezó a recitar, horriblemente alterado, el Evangelio de San Juan, mientras hacía cruces con sus dedos en la boca, la frente y el pecho del enfermo.

La chupalla de Hilario fue como un aleteo rápido en la penumbra al ser quitada de su cabeza por la mano nervuda del labriego.

—Mmmmm... jué un hombre mandao por Dios nuestro Señor, que lo mentaban Juan... Mmmmm... Nu'era el mesmo la luz verdadera, la luz del Paire qu'está rigendo el mundo endi'arriba, sino qui'había venío pa dar fe y santo testimonio de la luz verdadera... Mmmmm... el mundo jue criaio por Él en siete días justos... Mmmmm...

Después cogió las ramas que le trajera Hilario y repitió con ellas las cruces, sin cesar en su rezo monótono. El pequeño, que había puesto a la primera parte de la ceremonia la música desafinada de su llanto, calló por fin y se entretuvo en mirar con sus pupilas vivaces las evoluciones de las ramas sobre su cara y su cuerpo. Luego empezó a dormirse, y al terminar doña Martina sus oraciones, su respiración era igual y casi tranquila...

—Mmmmm... En el nombre'e Dios Paire, en el nombre'e Dios Hijo, en el nombre'e Dios Espíritu Santo.

—Amén —repitieron como un eco el hijo y la madre.

Un grande y religioso silencio cundió por el cuartucho, y Casiana, al salir, se imaginó que una gloriosa rama de luz le santiguaba el alma.

El murmullo del río rezaba el Evangelio de San Juan.



Cuatro días más tarde, se apagó para siempre la vida de Toñito, entre los gritos desesperados de la madre y el trágico silencio de Lindor y sus hijos.

La noticia cundió por las casas, atravesó las puertas, salvó los cercados, llegó hasta el manso corazón del campo. De todas partes acudieron al velorio y en él se habló medrosa y animadamente del terrible poder de Bautista Riquelme.

Esa tarde, al volver de sus faenas, ninguno de los labriegos saludó al dañero. Todos cruzaron por frente a su puerta, bajos los ojos, la actitud huidiza, reconcentrado el gesto. Ni siquiera Rebeca, la muchacha de la casa de enfrente, que solía atisbarlo a través de la tosca ventana, asomó sus grandes pupilas verdes por la mirilla disimulada.

En el corazón de Bautista había comenzado a germinar un nuevo sueño. Rebeca parecía concederle toda la confianza que los otros le negaban. A través del camino, sus dos pupilas verdes eran como un remanso para sus días solitarios. Hablaban de promesas, de olvido, de nuevos retoños que vendrían a reemplazar al muerto bien amado. Era graciosa la hembra, tenía boca de mujer querendona, grandes trenzas castañas, pechos de curva suave y firme. Por sus caderas andaba columpiándose el deseo. De sus brazos carnosos caía una madura luz de amor.

Con aquella mujer sería posible recomenzar la vida, crear un mundo nuevo, conocer una dicha ya casi olvidada en el fondo de los años.

El tallador vivía al acecho de la visión que lo turbaba. Hombre reconcentrado, dejó correr los días sin iniciar ningún avance, como quien acaricia una flor con la vista sin atreverse a tocarla. Bastábale, por el momento, aquel juego simple de atisbos, de sonrojos, de mudas promesas; aquel amanecer de dos pupilas semejantes al milagro renovado del sol naciente.

Tal vez temía. Siempre se le quebró la dicha entre los dedos como rosa demasiado frágil para su rudeza. Comenzar otra vez. ¿Y si fallaba de nuevo? Ya no podría entonces renovar su ilusión y estaría perdido para siempre. Mejor era dejar aquello en las manos del tiempo. Él, excelente mediador, resolvería sus dubitaciones.

Y el tiempo dijo su palabra. Aquel día, frente a la impenetrable actitud de los labriegos, comprendió que un presagio siniestro lo cercaba. Aguardó hasta muy tarde, como una limosna, la aparición de las dos pupilas redentoras. Pero ellas no vinieron a darle su sorbo de agua reconfortante. Nada. Nada. En los campos, la tarde daba celestes boqueadas. Pasaba el río quejumbroso, arrastrando caudales de frío abandono. Por el monte trepaban, oscureciéndose, los quiscos, los quillayes, los coirones de recia cabellera. En el viento liviano, una lágrima azul quería temblar.

Lo sorprendió la noche frente a su puerta donde nadie se detenía. Salieron las estrellas a bailar su ronda por el cielo. Pasaron, lentas, graves, las campanadas de la capilla. Bautista no quería pasear, ni comer, ni recogerse. Estaba definitivamente solo, abandonado de los hombres, de las bestias y hasta de Dios.

Era tal vez un maldito a quien le había sido negada la gracia de reír.

Acababa de entrarse —serían más o menos las once—, cuando afuera sintió voces y luego unos recios golpes que sacudían su puerta. Quitó las trancas y se halló frente a cuatro figuras cargadas de hostilidad. Desde la calle, lo miraban ocho ojos amenazantes y silenciosos. Reconoció, en primer término, la corpulenta silueta de Hilario, el hijo de Lindor. Tras él, cuatro vecinos en su mayoría mocetones labriegos.

—Tengo qui'hablar con usté.

Las palabras de Hilario traían un anuncio de tormenta.

—Pase.

Entró con aire forzadamente resuelto. Se colocó de espaldas a la luz y allí permaneció, mirando de alto abajo al estribero, provocador y despreciativo.

—Los amigos, ¿no entran?

—Soy yo el que tengo qui'hablar con usté.

De la boca de Hilario salía tufo de alcohol.

—Aquí me tiene.

—Sí, aquí lo tengo. Lo miro y me parece mentira...

—Mentira, ¿qué?

—No si'haga el de las chacras. Usté mató a mi hermano.

—¿Qué le pasa, Hilario...? Yo nunca hey tenío na que ver con usté.

—Na con usté... Vos sois una pura pest'en este pueblo, Baucha. Hasta los perros te conocen. ¿No te habís dao cuenta que la gente si arranca de vos pa no escupirte la cara...? Tu mujer, tu hijo mesmo, el Chumita, mi hermano... toos muertos por culpa tuya. Porqu'estay maldecío. Porqu'el Diablo ti'ha de llevar el día menos pensao. Porqu'estay maldecío, Baucha... Ya naide va queando que si'anime a'star en tu casa, porque tenís mala sombra, como los litres, y lo apestay too... Pero la'e mi hermano me l'habís de pagar... la'e Toñito... ¿Por qué lo miraste con esos ojos de sapo? Pa'matalo... Porque sois envidioso, Baucha... porque no pois ver a naide contento.

Aquel hombre, de ordinario cerrado y huraño, se enardecía con el sonido de sus propias palabras. El alcohol le daba un aspecto extraño, impresionante, grotescamente trágico.

—Habla, contéstame... Habla... Pero, ¿qué vay'hablar cuando tenís la culpa, cuando tu conciencia te acusa, cuando sabís qu'hiciste una maldá...? No tenís perdón de Dios, Baucha, no tenís perdón... El Toñito, l'único qui'alegraba la viejez de los pobres veteranos... Yo lo quería... Y vos lo mataste... vos, vos, perro y pior que perro.

Bautista comprendía. Hubiera deseado coger a aquel ser herido por los hombros para decirle: —Te comprendo, hermano—. Pero todo era inútil. Estaba frente a un dolor que no admitía razonamientos, un dolor ciego, irrefrenable, que pretendía volcarse en cauces de violencia.

—No sabís lo qu'estay diciendo, Hilario.

—¿Toy loco, entonces? ¿No voy a saber yo, no v'a saber too el pueblo que vos tenís la culpa? Si a las pieiras le preguntay, las pieiras te van a icir que sois un asesino. Y esto tenís que pagarlo, Baucha, tenís que pagarlo, porque Dios hizo la justicia.

Como quien cumple un rito implacable y terrible, Hilario sacó de su faja un cuchillo. Parecía impulsado por fuerzas extrañas a obedecer un mandato que no tenía apelación.

—Tenís que morir vos, Baucha, morir pa'que naide más tenga que sufrir como yo hey sufrío.

Bautista no hizo un gesto. Si era la mano de Dios, que se cumpliera su justicia. Estaba cansado. Comprendía de pronto el porqué de la

huida de los chiquillos ante su vista; la hostilidad de los campesinos; la ausencia de Rebeca... Su destino y su vida. Así nacen los hombres, cada uno con su rol preciso, sin poder eludirlo. Que hirieran, sí, que le partieran aquel corazón sufriendo, que lo durmieran para siempre en la sombra donde todo se acaba...

Oyó borrosamente las palabras de Hilario, que ya no eran sino una letanía indefinible. Vio relumbrar en alto el cuchillo filoso, presintió que la mano tomaba fuerza para bajar el golpe. Sintió en la carne que hay encima del corazón, un calofrío, y cerró los ojos...

Y, de pronto, un grito, un tumulto de pasos, una advertencia taladrante:

—¡No, Hilario, no!

Una voz de mujer, un jadeo... Abrió los ojos: allí estaba Rebeca colgada del brazo de Hilario, conteniéndolo.

—No siay loco, Hilario... Tu padre... ¡No te vay a desgraciar...! ¡Toñito t'está mirando...!

Era la desesperación misma la que gritaba por la boca de aquella mujer. Desmelenada, loca, ceñíase al agresor y lo aturdía con sus súplicas.

—El Baucha no tiene la culpa... Jue Dios el que lo quiso... Ándate, ándate... Tu santa maire tendrá que sufrir más por causa tuya... Tu hermano t'está esperando en el velorio... Ándate, Hilario, ándate.

Y lo venció con su acento de leona. Fue cosa fácil desarmarlo y ponerlo en la puerta. Hilario parecía una torre que vacila. Salió encogido, gacha la cabeza, lacios los brazos rudos.

Cuando se hundió en la noche, un bramido más bien que un sollozo pareció remecer las estrellas.

Volvió Rebeca sus dulces ojos verdes hacia Baucha y por ellos pasó la ternura de una madre que ha salvado a su hijo.

—Muchas gracias —dijo el hombre con la garganta hendida por el llanto.

Mas ella no respondió.

Entonces Bautista Riquelme se dejó caer en una silla, pasándose la mano por la frente. Después habló como para sí:

—Yo no sabía ná... Agora entiendo qu'estoy maldecío... No poiré tener nunca lo que quiero... Váyase, Rebeca, y no si'acuerde nunca d'este huacho fatal. Yo mañana me voy d'este pueblo, di'alba, pa no molestar a naide... Mañana.

Y se quebró su ronca voz.

—Que sea feliz y que Dios lo proteja, Bautista...

La noche parecía desangrarse.

El jilguero*

Alberto, el pajarero, vive en la media cuadra. Es un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, silencioso, de ojos inteligentes. Ocupa dos piezas, una de las cuales ha sido arreglada para los menesteres de la industria. En el barrio dicen que su mujer murió a los dos años de haberse casado y que desde entonces vive solo. Pero a Juanito no le interesan en absoluto estos detalles de la vida de Alberto. Para él, Alberto es un hombre melodioso que sabe hablar de bellas cosas, a menudo incomprensibles. Por eso el niño aprovecha cualquier ocasión para llegarse hasta la casa del pajarero. El hombre está siempre ante un pequeño banco lleno de listoncitos, alambres, menudos clavos, martillos, sierras y virutas. Adentro, en el corredor que da al patio, se siente una algarabía de trinos, píidos y aleteos contra los barrotes de las jaulas.

—¿De dónde saca tantos pájaros, maestro Alberto?

(Todos, en el barrio, le dicen maestro Alberto, y Juanito lo trata de igual modo aunque le choque un tanto).

—Del campo. Salgo muy de alba con mis jaulas de torno y mis varillas de liga. ¿Ves? El jilguero o el zorzal pisan aquí, y entonces esto se da vuelta y el pájaro cae adentro.

Mientras habla, el hombre prosigue la construcción de una gran jaula que Juanito compara, en su forma, con un castillo. Amontonadas en un rincón, hay otras jaulas más, de diversos tamaños, cada una pintada de distinto color. Adentro tienen bebederos, comederos y palitos muy pulidos para comodidad de los alados huéspedes que vendrán a vivir allí.

—¿Para quién son estos pájaros y estas jaulas?

—Para los ricos, Juanito. Ellos los compran y los ponen en sus casas, porque les gusta sentir por la mañana el canto de los pájaros.

* Publicado en *La comarca del jazmín* (1945).

Juanito no se atreve a preguntar el precio. Él, naturalmente, desearía tener un jilguero pintado dentro de su casita de alambres. Se levantaría cada mañana, antes que nadie, para oírlo cantar. Le pondría agua y alpiste, como ha visto hacer al maestro Alberto. Y de vez en cuando sacaría al bullicioso prisionero para sentir en sus manos la seda de sus plumas amarillas y negras. Sin embargo, para Juanito, está vedado todo aquello que más ama. Esto sucede, claro está, porque él es pequeño. Cuando sea como el maestro Alberto, se hará pajarero. Tendrá una piececita blanca para él solo y allí construirá jaulas de la mañana a la noche. Todas las paredes estarán llenas de jaulas con jilgueros, canarios, diucas y zorzales. Porque —y este es un secreto— él no venderá sus pájaros. Los irá dejando junto a él hasta que llenen la casa y no haya un solo rinconcito donde ponerlos. ¡Cómo será de hermosa su vida entre tantos trinos! Juanito trabajará cantando, como quien navega en un río musical y puro. Y cada prisionero tendrá su nombre inconfundible. «Celestial», «Rocío», «Clarísimo», «Gandul». (Todos estos nombres son palabras escuchadas por ahí al azar y su significado es puramente melódico para el niño).

—Juanito, ¿tú quisieras tener un jilguero?

El pequeño levanta sus ojos maravillados hacia el maestro Alberto y tiembla como al borde de algo largamente esperado. No obstante, solo sabe balbucear:

—Sí... sí...

Hay un momento de silencio. Juanito quisiera explicar todo lo que significa para él la posesión de un jilguero. Pero toda su actividad expresiva reside únicamente en sus pupilas y en sus manos. Las palabras giran dentro de su pecho, en su garganta, en su sangre. Y vuelve a repetir ansiosamente: —Sí... sí...

Alberto, entonces, se incorpora. Camina hacia el corredor y retorna después con una pequeña jaula azul en cuyo interior revuela un jilguero negro y amarillo, deslumbrante.

—Este es para ti.

—¿Para... mí?

—Sí, Juanito.

El niño no sabe nada, nada más. Como poseído de una fiebre deslumbradora, camina, corre, huye por la acera mal empedrada

y penetra sin aliento en su casa, apretando contra el pecho el inesperado presente. «Un jilguero, un jilguero mío», va repitiendo a cada paso. Y se encuentra de pronto frente a su madre que lo mira con gesto de acusación.

—¿Qué es eso, Juanito?

—Un jilguero, mamá... Es mío...

—¿Tuyo?

—Sí. Me lo dio... me lo acaba de dar el maestro Alberto.

Y ya está, presuroso, llenando de agua el bebedero y buscando un lugar conveniente para ubicar su tesoro. «Aquí no, porque quedará muy lejos de mi cuarto». «Aquí lo podrían botar los que pasaran».

—Mamá, ¿dónde hay alpiste?

—Aquí no, Juanito. Lo venden en los almacenes.

El niño, detenido en su actividad febril, se queda con la jaula en alto, a punto de ponerla en una rama del parrón, y torna la cabeza. Un enorme temor, una creciente angustia lo han paralizado.

—¿Y... hay que comprarlo?

—Claro. ¿O crees que te lo van a regalar?

—Mamá, tienes que prestarme dinero. Cuando yo sea grande te lo devolveré.

La señora sonríe. Se allega al hijo y sin dejar de mondar una papa observa al pajarillo.

—Es macho —dictamina.

Juanito frunce las cejas, extrañado ante la ignorancia de su madre.

—No, mamita: es jilguero.

Ella se ríe entonces francamente.

—Sí. Pero entre los jilgueros hay machos y hembras, como entre nosotros hay hombres y mujeres. Los machos son más cantores.

—¡Ah!

Pero a Juanito no le gusta que su jilguero sea «macho». Es feo llamarlo así. Él nunca le dará ese nombre y procurará que otros tampoco lo hagan.

—Cuando lleguen los niños del colegio mandaré a comprar semilla de cáñamo. Es más barata que el alpiste.

—Pero, ¿no le hará mal?

—No. Yo he criado muchos jilgueros.

—¿Y cuánto falta para que vuelvan las chiquillas?

—Una hora y media.

Una hora y media. ¡Cuánto tiempo! No. Él tiene que hacer algo antes.

—Mamita, ¿y no se morirá de hambre? ¡Yo no quiero que se muera!

—No, tonto. Si todavía le queda un poco de alpiste. Claro que tú se lo has botado al traerlo corriendo.

Durante todo el día, Juanito va de aquí para allá con su pajarito. Le gusta verlo tan movedizo y tan brillante. Tiene los ojos como granitos de maqui. El negro de las alas es como de terciopelo y el amarillo como de naranja lavada. Y canta como si fuera a deshacerse en trinos. Otras veces se zambulle y aletea en el bebedero. Entonces, Juanito, temiendo que se ahogue, golpea los barrotes de la jaula para hacerlo salir del baño. La madre, disgustada de tanto ajetreo, ha concluido por colocar la jaula fuera del alcance del rapaz. La ha puesto en un ciruelo del huerto, y el niño, tendido entre el pasto, sigue cuidando el pajarillo.

Y así transcurre el día.

Al anoecer, la madre ha puesto la jaula en el corredor, junto a la pieza de Juanito. Mientras el pequeño se acuesta, su oído está pendiente de lo que ocurre afuera.

—¿Por qué no canta el jilguero, mamita? ¿Se habrá muerto?

—No, hijo, no. Está durmiendo. También él tiene que dormir como tú.

—Claro.

Y, de pronto, golpeándose la frente:

—Mamita...

—¿Qué, niño?

—¡No le hicimos cama!

—¿A quién?

—Al jilguero.

—No necesita. Duerme parado en un palito de la jaula.

—¿Y no se caerá al bebedero cuando esté dormido?

—¡Qué tonto eres! ¿Has visto tú que algún pájaro se haya caído de los árboles cuando está durmiendo?

—No.

—Entonces no hay por qué tener miedo. Hasta mañana, Juanito.

—Hasta mañana, mamá.

Cierra los ojos y los abre apenas ha salido su madre. El cuarto se llena de pájaros que se posan en los cuadros, en las perillas del catre, en el clavo que sostiene el calendario. Los pájaros salen de los libros, cantan al borde de su velador. El niño se cansa de perseguirlos con los ojos y con la mente. Entonces los pájaros escapan por el techo. Son estrellas, estrellas parpadeantes en el gran árbol del cielo. Juanito se va también detrás de los pájaros. Le han crecido dos alas amarillas y negras. Cruza por encima del mundo, sostenido por ellas, y canta sobre las ramas floridas. Luego, las alas se deshacen en polvo. Él mismo se disgrega. Y es solo un niño que atraviesa por el país sin sonido ni color en que habitan los ángeles.



Y tras un tiempo que, para Juanito, está fuera del tiempo, viene el alba. Primero es un gris apenas perceptible que delinea con trazo inseguro los perfiles de la cordillera. En seguida se presiente el primer reflejo del sol, todavía sumergido. Después, un viento de filo agudo se lleva las últimas sombras y sopla el lucero para avivar su fuego puro. Y ya los monos son de violeta mojada y las cosas de substancia casi divina.

En el huerto de Juanito despliega su rosado velamen el almendro. Despiertan, soñolientos, los primeros lirios azules. La luz anda pisando el color de las rosas. Es primavera, una temprana primavera de cristales y aguas. El jilguero despierta y mira el huerto. Entonces le amanece el corazón y surgen de su garganta limonera los más puros arpegios. El jilguero cuenta el mundo en su lenguaje de maravilla. Trina el jilguero en su idioma que solo las flores y los niños comprenden. Para traducirlo, sería preciso retornar a la infancia del sueño.

Juanito ha venido a encontrar al jilguero desde su mundo sumergido y azul. Alza las manos y pulsa el arpa invisible del trino. La melodía del jilguero se le enrolla en el alma que gira como un trompo lanzado por las manos de Dios.

El volantín*

La primavera es para Juanito el más embrujado país. He aquí que florecen los aromos y sus arañitas amarillas tejen una encantada y diáfana red en el aire. Más allá los almendros escriben mensajes rosados. Y el viento, el viento largo, fresco, río puro en el cielo. Desde las casas vecinas han salido a piruetear los primeros volantines. Verdes, azules, morados, amarillos, levantan sus banderas crepitantes e incendian de alegría el espacio. Saltan los ojos del niño por estos movibles peldaños y van por el azul ilustrándose de claridades y de vuelos. A Juanito le gusta el revoloteo incesante de estas encadenadas mariposas que habitan en un melodioso e inalcanzable clima. Cada crujido de la seda tensa, cada evolución de las livianas armazones de caña y papel dejan anchas estelas en su espíritu. ¿Quién sostendrá los volantines en lo alto? ¿Quién los hará ascender, inclinarse, describir sueltas curvas? Sencillo y fácil misterio que él quisiera conocer de cerca, sintiendo entre sus dedos el hilo tenso que va hasta los tirantes vibradores. Pero él no tiene hilo ni dinero. Es muy pequeño para poseer uno de aquellos embrujados juguetes.

—Cuando yo sea grande...

(Sí, Juanito, cuando tú seas grande no tendrás tiempo de mirar el cielo donde piruetean los volantines. Tu mundo estará aquí abajo, sobre la tierra que pisan tus pies sin sentirla. Pero es mejor que lo ignores entretanto. Sigue pensando que tendrás un millón de volantines y que los hilos partirán de tus manos hasta donde los ojos no alcanzan).

Sin embargo, un día se produjo lo inesperado. Al despertar Juanito, la voz de Javier estaba en el patio, gárrula y jocunda como el crecer de un surtidor. Y Javier sostenía entre las manos un volantín de cuatro colores y un carrete de hilo que deslumbraba de blanco.

* Publicado en *La comarca del jazmín* (1945).

—Juanito, vamos a encumbrar.

Juanito sintió miedo, miedo de que aquel volantín tan hermoso pudiera enredarse en los árboles o irse demasiado lejos. Hubiera querido decir a su hermano que lo guardasen como un tesoro o que lo elevasen solamente dentro del cuarto, bajito, bajito, para alcanzarlo en cualquier momento. Pero ya Javier extendía resueltamente el hilo y ponía entre sus pequeñas manos el volantín.

—Tenlo aquí. Cuando te diga ¡ya! lo sueltas.

Hubo un momento en que el juguete fue suyo por completo. Sintió en la yema de los dedos la suavidad de la seda y la tensión de los maderos. Lo aproximó a su pecho y el latido de su corazón hizo vibrar el papel. Surgía ante sus ojos una borrachera de colores. Pero el hilo se puso tenso. Desde el otro extremo del patio, Javier dejó oír su advertencia.

—¿Listo?

El niño movió la cabeza.

—¡Ya!

Abriéronse sus dedos menudos. Pasó ante sus pupilas un relámpago luminoso —verde, blanco, azul—, y ya estaba el volantín erguido majestuosamente a quince metros del suelo. Javier iba desenrollando el hilo y el juguete tomaba altura y distancia. Ya no se divisaba la juntura de los colores. Pero se oía claramente el chasquido de la seda inflada por el viento.

—Salió tranquilo. Ven a tenérmelo un momento mientras yo voy a la pieza. Sujeta la carretilla bien firme.

Le temblaron las manos al tomar el comando del volantín. Sintió miedo de que el artefacto no quisiera obedecerle, y apenas su hermano hubo penetrado en la casa, se puso a decir despacio: «No te muevas, quieto, no te muevas». Pero soplaba el viento y el volantín se removía. Entonces el pequeño tornaba a murmurar: «No, no, quieto, quieto». Sin embargo, la confianza va llegando poquito a poco. Al cabo de unos instantes, Juanito se atreve a tirar del hilo como ha visto hacer a su hermano. El volantín responde con leves movimientos, se inclina hacia un lado y torna a remontarse quedamente. Entonces entre el juguete y el niño se establece un contacto afectivo. Por el hilo bajan hasta las manos infantiles las sensaciones

de lo alto. Juanito siente los dedos florecidos de viento y color. El volantín es una prolongación liviana de sí mismo. Es como si la estatura del niño hubiera crecido hasta ponerse por encima de todos los humanos. Un caro regocijo baja desde los cielos inundándole el alma. Y a lo largo del hilo van las palabras en un vaivén de ascensión y caída, mientras los hombres pasan por las calles sin ver el volantín que conversa con Juanito para contarle el mundo y lo que está más allá del mundo.

El pequeño, en ese instante, no piensa. Es una pura sensación vibrando sobre la tierra. El viento junto con pulsar el hilo tenso, le humedece los nervios y el espíritu con una música fresca y azul. Fresca y azul. Gloriosa. En la iglesia ha empezado a trinar una campana, distante. Juanito es un armonio inmenso sujetando aquel hilo por donde trepan ángeles. Si se quedara quieto, el niño podría diluirse en el viento. Ser una ola de plata que se expande junto con el tañer de la campana.

Mas, de repente, en el espíritu de Juanito hay una conmoción inmensa, negra, total, como si junto a él hubiesen roto un vidrio de un balazo. Hay otro volantín —verde, negro, naranja—, que se acerca, siniestro, silencioso, como los monstruos de los sueños. Se alzó desde la calle, sin rumor, a espaldas suyas, y ahora el hilo extraño quiere tenderse encima del que sostiene sus manos. La garganta del niño late angustiosamente, ciegamente, como un caño sensible.

—¡¡Javier!!

El grito crece, ronco, ajeno, henchido de clamante súplica. Pero ya es tarde, ya es tarde. Los hilos se han tocado en las alturas. El volantín pirata —¡pirata, pirata maldito!— desciende ahora contoneándose, colgado del hilo que se anuda al corazón de Juanito. Hay una leve vibración, una sacudida imperceptible, y el volantín del niño, liberado de pronto, se tiende en los cojines del viento, ensaya zambullidas, remonta sin control, gira sobre su cola, hace una venia desgarrada, pierde altura, se clava como flecha y se oculta por fin tras los tejados. El hilo, roto, inútil, cae trazando grandes olas delgadas. Y el volantín pirata se remonta crujiendo, agresivo, insultante, como un gallo que pregona su triunfo.

La catástrofe ha sido tan grande, que Juanito no atina a comprender. Es como si el cielo se le hubiera derrumbado en el alma. Es como si una mano fría le hubiera descuajado el corazón.

—¡Mamá! ¡Javier!

Se le saltan las lágrimas, y el cielo, el mundo, los árboles, todo se quiebra en sus pupilas.

Acude, corriendo, Javier. Y él ya no puede más. Se derrumba en los brazos del hermano, hunde la cabeza en su pecho y allí gime, gime, como si quisiera esconderse de cuanto lo rodea.

—Cállate, Juanito, cállate... Compraremos otro.

No es eso, Dios mío, no es eso. Javier no quiere comprender. «Compraremos otro». El desea su propio volantín, aquel verde, blanco y azul que se aquietó en sus manos y le arrancó armonías de la sangre. ¿Adónde estará ahora? ¿Adónde irá volando, abandonado, suelto, roto?... ¡Cuánto debe sufrir su volantín verde, blanco y azul!

—Juanito...

No desea oír nada, nada, nada. En un impulso abandona los brazos de su hermano, cruza sin tino por el patio, se lanza al corredor, abre la puerta de la calle. Y el grito, cara al cielo, se le deshace en llanto:

—¡Mi volantín, mi volantín!



Carlos Pulgar



Cartas

ISOLDA:

Estuve, hace un momento, mirando el Lago, solo en la soledad de la noche austral. Arriba, la Cruz del Sur, con su estrella pequeñita en la cual prometimos juntarnos. A lo lejos, la luna, roja por el humo de los incendios distantes que no consiguen, sin embargo, apagar la belleza de este cielo caliente de estrellas.

Ahora, he vuelto al hotel. Para conversar a solas contigo. Y para decirte, como una oración en esta soledad —porque estoy solo, solo en esta hora— que te amo.

Yo no sé, Isolda, si a veces creerás que no significas nada en mi vida. Aun yo mismo, en alguna ocasión, he llegado a no sentirte en mi vida; pero ahora pienso que tampoco se siente la sangre en las venas, ni el latir del corazón y, sin embargo, basta que una u otra de estas cosas se detenga para que uno se sienta de cara a lo irremediable.

Esta separación, más que otras, me ha hecho sentir cuánto lugar ocupas en mi vida. Sigo siendo aquel mismo muchacho ilusionado que te acompañara un día a la estación ignorando que esta cercanía tuya iba a ser para siempre.

Quisiera tenerte conmigo ahora, aquí mismo, junto a esta misma pieccita clara en que te escribo para que saliésemos como dos novios a vagar por esas calles que una vez conocieron tu paso.

Estoy tratando de llegar a ti, de hacerte sentir que eres como un calor de amistad en mi mano que escribe, como una presencia en esta hora que he robado a los demás para estar contigo.

Compréndeme así, recíbeme así, claramente, en esta hora de recogimiento y de añoranzas. Sabe que te quiero, con lo más puro y noble de mí mismo.

Recuerdo también —y con qué insistencia!— a Ivelda. Es una pequeña llamita morena ardiendo entre nuestras dos vidas. Cuídala tú para ambos. Haz que cuando regrese tenga esa misma sonrisa que a veces me humedece el corazón. Protégela y bésala suavemente, si está durmiendo, para que ella sepa que fui a visitarla.

A la Vieja —¡grande, buena y sufridora Vieja!— dale un abrazo y una palmada. Que también ella sepa de mi estimación y de mi recuerdo. Que sienta que comprendo sus sacrificios y los agradezco.

Y tú, guárdame y guárdate. Sé como una almohada infinita donde yo pueda poner tranquilo mi corazón llagado de estrellas, horizontes y lágrimas.

¡Te amo!

Pto. Varas, 19-1-45

Óscar

Las 10 de la noche:

mañana vamos a Ensenada y pasamos a Peulla.

Irás conmigo a través de los lagos y de los paisajes como un resplandor de emoción y de nostalgia.

Te quiero*

* Publicada en *Epistolario íntimo de Óscar Castro* (2000).

ISOLDA, MUJERCITA:

Se me cayeron las lágrimas, en mitad de tu carta. Había allí algo tan bello, tan profundo, que me traspasó tu sinceridad. Créeme que hacía tiempo que no experimentaba una emoción tan pura y transparente, y, al mismo tiempo, tan honda. Te escribo aún con tus palabras en el corazón, iluminado por tu presencia que llena la noche y palpita en la más pequeña de las estrellas de nuestra Cruz. ¡Te quiero! Siente cómo te lo digo, con qué intensidad voy a ti, cómo palpito en cada una de estas palabras.

Estoy bien ya, muy bien, gracias a un remedio maravilloso que me dio Roque Castro. Se trata de unas pastillas que tienen algo de mágico en sus efectos. Tengo una caja con 12 en mi cartera. Me ha bastado con una para curarme. Creo que ya no tendré ningún miedo del asma. Parece que este viaje estaba marcado por algunos signos especiales. He hablado con Mariano Latorre y me ha ofrecido el puesto de bibliotecario del Pedagógico. Sacando cuentas con Roque, resultan \$4.000 al mes, con un trabajo sumamente aliviado. Lo hablaremos el 19, cuando yo regrese.

No puedo escribirte más por ahora. Son las once de la noche y debo entregar esta carta al chofer de la góndola que sale mañana temprano. Él está esperando aquí a la puerta.

¡Te quiero! Te beso en la boca y en las manos amadas, y en los ojos, y me arrodillo ante tu corazón por las buenas palabras y los buenos recuerdos que has traído. ¡Te quiero!

Óscar

¿Has sabido algo de Baltasar Castro?

* Publicada en *Epistolario íntimo de Óscar Castro* (2000).

ÑATA [ISOLDA]:

Desde el lunes he vivido en una enorme y fría soledad orillada en el espíritu. No es la soledad romántica y dulce que hace años yo gustaba de cultivar y prolongar, sino una cosa más dolorosa, más trágica, nutrida por mi propia sangre, viviendo apegada a las raíces mismas de mi ser.

Quiero que me creas: no digo estas cosas por llenar líneas del papel, sino porque las siento, las vivo angustiosamente, con toda la potencia de mi sensibilidad, de mis nervios y de mis huesos.

Mira: estas cosas que me rodean, estos amigos que vienen hasta mí con rostro alegre, esta pieza en que te escribo, esos acontecimientos que se desarrollan ante mi vista, todo eso, y mi propia existencia, las manos con que te escribo, todo, todo, me parece irreal, lejano, como si algo me faltase para poder percibirlo en plenitud.

Y con una alegría interior que se levanta como una lumbrarada por encima de mi desolación, compruebo que te amo, que eres, milagrosamente, la novia del romance aquel en que la luna tiene crinolina de rosas.

Te quiero, Isolda, y sufro contigo cada dolor que tienes. Esa sala vasta y desprovista de alma en que te encuentras, es en mis recuerdos una cosa hostil y amarga de la [que] quisiera libertarte.

No sabes cuánto me he alegrado de que pienses venirte. Quiero que estés conmigo, que vivas en mis brazos como alientas en mi corazón. Deseo besarte en la boca y en los ojos, apretar tu pequeño cuerpo contra mi pecho y sentir la presión de tu cabeza en mi brazo, al acostarme.

He hablado recién con la vieja. Me contó todos sus trajines, todas sus andanzas. Y después de oírla, me he venido a la pieza con

el corazón apretado por un puño frío. ¡En medio de tu soledad y de los seres que hay en torno tuyo, sabe una sola cosa, Isolda: que te amo, te amo con el alma estrujada de sollozos, con mi vida entera que yo quisiera hacer de seda para ti!

¿Tengo que hablarte de mi vida y de mis cosas de siempre?

No he escrito nada, no he leído nada. Creo que en realidad no he pensado nada a fuerza de tanto pensar. Hoy consulté a Cruzat acerca de unas verrugas que tengo en la mano izquierda y él dictaminó: «Debilidad general; tome un tónico, Castro».

En realidad, siento físicamente la sensación de que estoy débil. Es mucha la tensión de mi cerebro, excesiva la placidez de mis músculos.

Tomé la pluma con el propósito de escribirte mucho, ya estoy cansado. Cansado físicamente. Tengo que dormir y reponerme Ñata. Estar perfectamente para el miércoles, porque el miércoles iré a verte, junto con la Luzmi.

Y nada más Ñata. Buenas noches. Te quiero. Quiero pensar que me estás aguardando en la cama. Que voy a besarte, y que te acurrucarás sobre mi corazón.

Te beso con toda mi alma en los labios. ¡Te quiero!

Óscar*

* Publicada en *Epistolario íntimo de Óscar Castro* (2000).

MI NOBLE Y BUEN AMIGO [GONZALO DRAGO]:

Había postergado deliberadamente hasta hoy la respuesta a tu última carta, en espera de que los médicos me leyeran la sentencia. Ahora ya la conozco. Es algo simple y tremendo: tres meses de cama, sobrealimentación, reposo. Ni siquiera me permiten levantarme en días de sol tan radiante como este. Y lo peor es que, según parece, la receta me será repetida cuando se cumplan estos noventa días.

Agradezco en lo que valen tu felicitación y tus buenas palabras. Creo que podré someterme a todo cuanto me impongan, aun cuando a veces tenga que morder un poco mi desesperación. Por fortuna me dejan libertad para leer y escribir. Los libros serán mi única ventana hacia el mundo, aparte de esta otra que da hacia el cielo en donde ya se mueven los volantines.

Aprovecharé, además, esta tregua para corregir calmadamente mis dos últimas obras: *Llampo de sangre* y *La vida simplemente*, en las cuales tengo gran fe.

Me canso un poco de escribir en posición violenta. Ya me iré acostumbrando. Y esperaré mejor tu venida —sé que vendrás este mes— para que charlemos con detenimiento de tantas cosas que hoy me dejo con la pluma para confiártelas después.

Recibe un abrazo de mi gente y ten la seguridad de mi profunda y clara estimación.

Óscar*

* Publicada en Óscar Castro. *Hombre y poeta. Epistolario* (1973). Edición de Gonzalo Drago.

QUERIDO AMIGO [GONZALO DRAGO]:

Te debo desde hace tiempo una contestación que tu última carta viene a recordarme de modo imperioso. Tengo, sin embargo, una excusa para esta demora: estuve con un ataque de asma cuyos accesos se me prolongaron por más de dos semanas, produciéndome un terror que me impedía pensar en otra cosa que no fuese el próximo ahogamiento. Es esta una enfermedad inhumana, cuyo solo recuerdo, ahora, me produce un calofrío que no es solo de la carne. Pero, en fin, he ido saliendo de ella a fuerza de inyecciones auto-hemoterápicas que ya me tienen de vuelta a la tranquilidad. En cuanto a lo otro, al pulmón, parece que la cosa marcha de modo excelente. No me extrañaría en absoluto que me reincorporasen a mis labores en el mes de septiembre. Lo cual sería una bendición, porque la cama me tiene empalagado hasta las náuseas.

Hasta antes de mi asma, yo había estado escribiendo mucho. Versos sobre todo. Es un retorno a mi claridad antigua, pero enriquecido por la experiencia de *Reconquista del Hombre*. Cuando vengas o cuando yo vaya, te leeré algunas de estas producciones en las que, según mis compañeros y según «Alone», a quien mandé una muestra, he recuperado mi verdadero tono.

Bien, mi querido amigo, no quiero abusar demasiado de mis fuerzas en estos primeros días de tranquilidad que tengo. Recibe por ahora mi cariñoso saludo, que hago extensivo a todos los tuyos y ten la certeza de mi fraternal afecto,

Óscar*

* Publicada en Óscar Castro. *Hombre y poeta. Epistolario* (1973). Edición de Gonzalo Drago.





Epílogos

Mágicos y prodigios*

AUGUSTO D'HALMAR

Nacido en una época en que la América no estaba dejada de la mano de Dios, sino en que Dios no la había tomado aún en sus manos, yo esperaba, no obstante, ver con mis ojos de un día, separarse el espíritu de las aguas. Rubén se había ido y Amado Nervo, antes de irse a su vez, habíame predicho en un verso: «Yo te emplazo en una cita —sobre la arena infinita— sideral». Yo no parecía, pues, sino un rezagado.

Y, sin embargo, yo era un anticipador, un adelantado, casi un precursor y mis esperanzas en el advenimiento del reino del espíritu, no habían de defraudarme. Viviendo lejos de estas Américas, en cuyo porvenir las tenía cifradas, recibí cierto día en Madrid, un libro de un poeta chileno, de paso: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Y fue para mí una revelación alta y honda; porque Pablo Neruda venía a atestiguar me que daba el niño colombino sus primeros pasos y balbuceaba las palabras iniciales de toda iniciación. ¡América iba a echar a andar y ya tenía voz!

Ningún acontecimiento más grande podía sobrevenirle al Nuevo Mundo, que la venida, fuera de toda profecía, pero dentro de nuestra fe más recóndita, de ese Mesías; no había sido señalado por las estrellas; y, sin embargo, en el firmamento austral lucía una nueva. El vate nos vaticinaría nuestro propio horóscopo. Todo eso significó para mí la aparición de Pablo Neruda.

Y cuando no han transcurrido tres lustros desde tan magno y tan fausto suceso, torna a repetirse, acaso en tono menor, porque Pablo es Pablo y sobre él se edificará nuestra lírica, mas con acento igualmente auténtico y autóctono, y lo que me confunde es que mi tierra sea otra vez elegida por la Suerte (una buena suerte de jugador vital que vuelve a acertar el pleno de la Vida), otra vez señalada

* Publicado a modo de prólogo en *Camino en el alba* (1938).

por los dioses, para que fructifique esta simiente del milagro y se alce en nuestras laderas el portal de Belén y vengan de nuevo por nuestros senderos, orientándose por la Cruz del Sur, los magos con sus ofrendas de oro, incienso y mirra, y los pastores con sus quesos, sus jarras de leche y sus recentales.

Todos los presentes son pocos en semejante Navidad. Hablando de su trascendencia, ya lo dijo Lugones, al bautizar a Nalé Roxlo: «El canto de un nuevo poeta, saca a la luz el tesoro de alegría y de dolor acumulado durante siglos por el género humano». Y agregó: «Su destino no es revelarse, sino revelar». Yo, pues, que oso hacer esta vez de Baptista, me he vestido de lino, para anunciar la Buena Nueva, a los treinta y dos rumbos de la rosa de los vientos, para oficiar, sin pontificar, en este acto, al aire libre del continente, teniendo por testigos, cordilleras, ríos y mares.

Pero, antes de que lo acaecido pase a ser legendario, sería cosa de fijar los anales de su génesis. Y es de un desinterés absoluto y una ecuanimidad íntegra, este de no saber siquiera cómo es el hombre que responde al nombre hace un momento anónimo y oscuro y, dentro de un momento, proclamado. Yo que asistí a su primera eclosión, he de dar cuenta de mis impresiones.

Era, hacia fines de 1936, claro, en este Valparaíso, donde tan rara vez se piensa en el arte, acaso porque su ambiente es naturalmente artístico. No hay perspectiva de esta ciudad en repecho y en recodo, que no sea afortunada, y la índole de los porteños es fraterno y bien dispuesta para sus convecinos. No hay día en que yo eche a andar con alguna preocupación, a lo largo de la que es, puede decirse (pese a las múltiples apariencias que cobra en cada una de sus revueltas y a cada uno de sus repliegues), su única calle, sin que en el curso de ella y en su transcurso yo no vea resuelta mi incógnita, disipada mi perplejidad, por algún providencial transeúnte, mi amigo conocido o desconocido. Así se nos hace, en este Valparaíso, un alma fácil y allanadora; pero, por lo mismo que vivimos, como las gentes de Constantinopla, rodeados de belleza, solemos desconocerla. «¿Es cierto —me interrogaba, antes de la revolución de los jóvenes turcos, el que llegó a ser su caudillo—, es cierto que sea Constantinopla tan imponderable como dicen?» ¡Y estábamos

contemplándola frente a las Aguas Dulces de Asia y teniendo bajo nuestros ojos uno de los más maravillosos panoramas de la tierra!

Así mis paisanos. Un acto cultural no logra congregarlos y, a pesar de eso, no son menos artistas que los santiaguinos y hasta se diría que lo son más o por lo menos con más espontaneidad. El pueblo porteño siente la belleza de su puerto, abarcado desde sus cerros, de su bahía, del chisporroteo de sus miríadas de luminarias en la noche, formando constelaciones en los vericuetos, corriendo como un reguero de pólvora por sus caminos de cintura, ascendiendo hasta el cielo, como fuegos artificiales, y como fuegos artificiales descendiendo hasta el mar, inmergiéndose duplicadas en el agua. Cuando se habla con admiración de capital, se agrega sin querer: «para verla de paso». Ninguna de estas humildes gentes con alma bien templada de marinos, querría cambiarse por nadie. Y les sobra razón, pues si todo el pueblo chileno fuera honrado, limpio, trabajador, como el de Valparaíso, otro sería nuestro presente y otro nuestro porvenir. ¿Que no es sobrio? El mar lo embriaga y el embrujamiento de la aventura surgiendo de cada una de sus encrucijadas. Todas las posibilidades parecen acechar y asaltar el alma, en la noche de Valparaíso.

Así, pues, habíamos improvisado una velada fúnebre a la memoria de Federico García Lorca, en un local impropio y, aunque se hallara repleto, tal vez por exiguo, todos sabíamos que no debíamos hacernos ilusiones, que el corazón de nuestra ciudad estaba ausente de esta conmemoración y que no latía al unísono con sus artistas, puñado de desambientados y de inadaptados. El alto comercio, la banca, el tráfico de los «lloyds», poco tenían que ver con esos cuantos soñadores y nada con el magnífico ensueño que la Muerte realizó en García Lorca.

Y en esa semiatmósfera intelectual, estallaron, restallaron de súbito, las estrofas de un responso a Federico García Lorca. Se dijo que lo enviaba como adhesión, desde un pueblo sureño llamado Rancagua, un poeta desconocido. No importa, iniciados o profanos, sentimos pasar por nuestra frente el hálito del misterio, de ese misterio de la inspiración, más misterioso que nada:

«No murió como un gitano:
no murió de puñalada»...

«En ese instante indeciso
de las hembras despeinadas,
en ese instante en que el grillo
cava la mina del alba»...

Quien más, quien menos, todos comprendimos que nos había sido dado asistir a una anunciación y, como se sale de un concierto tarareando tal o cual motivo, masculábamos, al salir, algunos versos del final de ese poema que acababa de impresionarnos y de impresionarse en nuestra memoria:

«Este año no darán frutos
los naranjos de Granada.
Este año no habrá claveles
en las rejas sevillanas.
El río Guadalquivir
llevará sangre en sus aguas».

«¡Cómo llorará su espíritu
en las guitarras de España!»

Nuevamente Zorrilla hacía pedestal de la tumba de Larra y, de la de Lorca yacente, se alzaba este Óscar Castro, romance vivo del muerto autor del *Romancero*. Porque tal es el nombre que ahora va a grabarse en ese intangible pero indestructible arco de triunfo donde están esculpidos los nombres que el olvido no deshoja y cuyo eco sigue perdurando. En el estanque del «Patito feo», de Andersen, había un cisne más. La República de Chile no aumentaba ciertamente sus estadistas, sus financieros, sus estrategias; pero su jactancioso lema: «Por la razón o la fuerza», trocábase en «Por la fuerza de la razón», supremamente razonable, por lo mismo que irrazonada, y nuestros prolijos historiadores tendrían algo inédito que historiar.

Así fue y así son todas las cosas. Yo di cuenta de esta en una crónica intitulada «Glosa a los recuerdos de un vivo y al responso a un muerto». Y nadie pareció darse por enterado de que tuviéramos una razón más de ser, una más entre las muy contadas que tenemos. Sin embargo, el correo me trajo una carta del propio interesado, una carta que hablaba del debatirse de un náufrago por salir a la superficie, mientras desde la orilla, otros se divertían con el espectáculo. «Tras cada tentativa frustrada —decía mi corresponsal— solo conmigo mismo, me hice a mí mismo una promesa de renunciación. Y un impulso más poderoso que mis decisiones, un impulso que ahogaba como una marea mis razonamientos, me llevaba a intentar de nuevo y a estrellarme contra esa armadura de suficiencia y despreocupación que reviste a los consagrados».

Mi crónica fue, lo dice él también, «a remover sus conceptos e ideas» y, con esa carta, me envió el «Poema de la tierra», inédito como todo lo suyo, y pude darme cuenta, fuera del aire de romance, de la calidad y extensión de sus facultades:

«Tierra, como si fueras mi corazón, te quiero.
Para decir tu salmo sobre ti me levanto.
Alzo la frente, pero mis pies en ti reposan.
Soy el tallo moreno en la espiga del canto.

Tierra de los viñedos, tierra de los maizales
rientes y jocundos, ancha tierra del campo,
para apretarte toda contra mi pecho duro
alargaría en ríos melodiosos mis brazos.

Prolongación de ti, todavía conserva
tu morena humedad este vaso de arcilla.
Si el corazón desnudo cayera en cualquier surco,
te enjoyaría toda de rosas purpurinas.

Tierra mía, mi tierra con olor a vendimias
—sabor del fruto dulce y del agua que bebo—,

el día en que tu entraña me recoja y me absorba,
te habré devuelto solo todo lo que te debo».

Y luego, sin decaer un instante, puesto que lo que entona proviene de su entraña lírica, es el Segundo Canto a la «tierra humilde y reseca del patio de la casa», donde «el sol se acuesta en ella, como un perro a la siesta»; «sobre su rostro caen hojas y sombras de alas»; y la cual «debe sentirse cuando maduran los luceros, fondo del pozo de la noche milenaria».

El Tercer Canto es para la «tierra de los caminos del mundo entero»; «franja de tierra, única de todos en el mundo»; «predio de los poetas y de los vagabundos, que no tienen en donde reclinar la cabeza».

Y este poeta dice:

«Yo me arrodillaría, y para darle sombra,
plantaría en su orilla mi huerto de poemas:
pasarían los hombres, cogerían las flores
y las irían luego deshojando en la tierra».

Y dice este poeta:

«Yo, que nací desnudo y que nunca he tenido
más que un surco de angustia y un sembrado de estrellas,
pienso que si no hubiera caminos polvorosos
no habría poseído ni una cosa en la tierra».

El Canto Cuarto es, en mi sentir, el más patético y su primera estrofa ya lo advierte:

«Bajo el asfalto duro de las ciudades duermes,
escondida del sol y lejana del viento.
Tierra de las ciudades, te vendaron los ojos
para que no miraras la sonrisa del cielo».

No es dable en un prólogo que pretende ser informativo, de difusión o vulgarización, y que el editor redondeará, por su parte,

publicando las poesías completas de Óscar Castro, una de las cuales acaso sea la más goyesca síntesis de la guerra española, la contienda de pesadilla de Jacob con el ángel esta vez de las tinieblas, no es hacedero, repito, parafrasear un poema de esta envergadura, con un Quinto Canto a la tierra de los campos de batalla y un Sexto y último a esta tierra animada que viene a ser cada ser. Ahí el ritmo se aligera y acelera: «Tierra los ojos y las manos, / húmeda tierra el corazón». O bien se torna más quedo y más quedado: «Y esta tierra con que sufrimos / nos impide toda ascensión / y toda ala caída en tierra / se nos pudre en el corazón». La sinfonía se ha desarrollado en seis tiempos. La música era perfectamente apropiada a cada uno; pero su conjunto sobrecoge y se gana, más que un fácil aplauso, un homenaje de silencio.

Y yo pienso, por lo que a mí respecta, que mucho me será perdonado, por haber admirado mucho...

Valparaíso, 1938.

El hombre y su obra (fragmento)*

RAÚL GONZÁLEZ LABBÉ

(...) Después de todo esto, creado y sufrido. Después de alcanzar el triunfo y un sitio de privilegio en las letras americanas, Rancagua —la ciudad inmovible de cobre y desapego— se preocupó de su hijo máximo. Por primera vez en su historia de dos centurias, rindió homenaje público al poeta que bebió sus jugos en sus tierras aledañas.

Ya el escritor había sufrido el primer golpe del flagelo que al fin lo abatiría y hubo de abandonar su sitio de reposo para asistir al teatro de más capacidad del pueblo, donde toda la comunidad se dio cita para proclamarlo, por intermedio de sus autoridades, Hijo Predilecto y ungirlo Inmortal con la Medalla de Oro y Laurel de los consagrados.

Fue una mañana inolvidable: la ansiedad por ver llegar al poeta que había estado dos meses en clima y descanso, se retrataba en los rostros de los asistentes y ponía escalofríos de nervios en los pechos amigos.

Cuando al fin apareció, firme, repuesto de su mal, un poco pálido sí, por la emoción, las manos se batieron entusiastas y cariñosas. Un largo sonar de palmas alegres llenó la sala y los ojos inmensos del poeta sonrieron agradecidos y los labios delgados se abrieron con sencillo gesto de comprensión.

Sobrecogidos de pronto por un raro temor sin base ni causa, los cuatro amigos al lado del poeta, nos miramos a los ojos como buscando explicación a un fenómeno que nadie comprendía, pero que los cuatro sentíamos muy adentro... Una extraña opresión en la garganta; una aflicción honda en el corazón; unos deseos inmensos de llorar...

¿Fue un anuncio del fin? ¿Fue el júbilo justo de ver triunfar al espíritu en un pueblo que nada quería con él, hace ya diez años?...

* Publicado en *Luz en su tierra. Palabras sobre Óscar Castro y algunos de sus últimos poemas inéditos* (1948). Edición de Raúl González Labbé.

¿Fue el temblor de la voz en el discurso del bardo que ya comenzaba a decir adiós?... No lo supimos nunca. Ni tampoco el amigo supo que habíamos recibido en ese preciso instante de exaltación de su nombre y de su obra, un celeste, oscuro aviso extraterreno.

Después, todo fue fiesta y Rancagua se hizo buena y maternal con su hijo que tanto había luchado por darle un nombre y matar la mala sombra de ciudad endurecida que ostentaba.

El hombre: la vocación (fragmento)*

GONZALO DRAGO

Por aquella época, 1946, Óscar Castro tenía una sólida cultura literaria. En el Liceo de Hombres de su ciudad natal ejercía el cargo de profesor de castellano en los cursos preparatorios, a pesar de no tener título universitario, a semejanza de la Mistral. Profesores y alumnos lo apreciaban por sus dotes de sencillez y amabilidad y por esa magia que emana de los espíritus selectos. No obstante, exigencias de reglamentos del magisterio obligaron a la Rectoría a disponer su traslado a Santiago.

Ese simple traslado administrativo, esa fría medida burocrática, fue el comienzo del derrumbe físico del poeta. En Santiago fue designado para hacer clases en el Liceo Juan Antonio Ríos, ubicado en la calle Mapocho, a la altura del 3700, en la comuna de Quinta Normal. Instalado en una modesta casa de pensión, mal alimentado, pésimamente atendido, respirando el aire viciado por los gases y las aglomeraciones humanas, el poeta comenzó a decaer visiblemente.

A comienzos de 1947 ingresó al Hospital del Salvador con diagnóstico de «tuberculosis pulmonar avanzada». Se le instaló en una pequeña pieza, aislado, para evitarle la dura realidad de una sala común. La ciencia médica había descubierto un eficaz antibiótico: la estreptomycin. En el país había solo unos cuantos gramos, destinados a enfermos graves. Se decía que era una medicina de gran eficacia, una verdadera revolución en la terapéutica para el tratamiento de la tuberculosis.

El antibiótico era escasísimo y de alto precio. Fue entonces cuando intervino Julio Arriagada Augier, subsecretario de Educación y admirador del poeta. Personalmente inició las gestiones para importar algunos gramos de estreptomycin que podrían salvar la

* Publicado en Óscar Castro. *Hombre y poeta. Epistolario* (1973). Edición de Gonzalo Drago.

vida del autor de *Comarca del jazmín*. Raúl González Labbé, amigo dilecto del poeta, me informó en carta de fecha 18 de mayo de 1945 de la enfermedad de Óscar:

Apreciado amigo:

Como el cuervo negro de Poe llego de nuevo a golpear tu ventana con malas nuevas: Óscar, nuestro amigo querido, está francamente enfermo. El mal de los poetas y escritores de nuestra tierra chilena, lo ha marcado también a él, justamente cuando un premio grande lo consagra prosista y cultor del cuento. Ahora que Óscar deberá alejarse en busca de salud, siento cuánto espacio llena mi amistad para este hombre.

Nuevas y alarmantes noticias me llegaron en carta fechada en septiembre de 1947:

Querido amigo:

Nuestro pobre Óscar está sencillamente grave: una T.B.C. evolutiva de gran extensión lo tiene postrado y en franco peligro de abandonarnos. Esa es la cruda verdad. Lo veo continuamente en Santiago ya que aprovecho días festivos sin mayores quehaceres aquí, ya por viajes obligados de la profesión. Precisamente el martes estuve con él. Siempre la fiebre alta en las tardes, la tos, la inapetencia, la falta de sueño. Comenzarán a ensayar la droga salvadora de unas cuantas desahuciadas, la estreptomicina, apenas consigan 25 gramos de ella. Hay solo 5. Es esta una droga muy escasa, sumamente cara (\$114.— el gramo), es imposible de comprar así no más. Nosotros (Navarro y yo) iniciamos una violenta campaña para adquirir aquí algo por intermedio del hospital y farmacias amigas. Puede que consigamos algo.

Si se consigue mejorar el actual estado de Óscar (para mí es muy posible con estreptomicina) la Preventiva lo despachará para San José de Maipo por un par de años cuando muy menos. Por fortuna allá tengo médicos amigos que le harán la vida a Óscar más llevadera y cómoda. Nosotros mismos podremos ir a visitarlo de vez en cuando. Total, hay que esperar que pasen estos días terribles, que se consiga de cualquier modo la droga (el Ministerio de Educación con don Enrique Molina está dispuesto a pagar toda la que se

necesite) y tendremos a nuestro mejor poeta vuelto a la salud relativa, compatible con la vida y sus miserias.

La apetecida droga fue inyectada en el débil cuerpo del poeta pero ya era demasiado tarde. La tuberculosis había destruido ambos pulmones y la estreptomycinina ya no tenía ninguna eficacia sobre su organismo. El poeta languidecía lentamente. Pálido, flaco, sus ojos se habían hundido en las órbitas y de toda su estampa física se evadía la certeza de que se aproximaba el desenlace.

No obstante, mantenía su optimismo.

—Esta pelea, compañero, la gano yo —le dijo un día a su amigo Raúl González Labbé. Algo o alguien lo sostenía en esa dura lucha con la temible enfermedad.

El poeta pasó muchas noches en vela. Pensaba en los suyos, en la angustia de Isolda, en la soledad de Celia, en la suerte de la pequeña Ivela, su hija adoptiva. Esos tres seres dependían de él y le dolía dejarlos en el desamparo. Pensaba también en sus amigos, en su ciudad natal, en el tierno pregón de los vendedores nocturnos en las calles rancagüinas, en las eufóricas reuniones en el restaurant del «Sordo Durán», en la quietud de los atardeceres cuando las campanas de la catedral echaban a volar sus metálicos mensajes.

Óscar decaía progresivamente. Murió al amanecer del 1 de noviembre de 1947. Lo encontró muerto la enfermera de turno al visitarlo para colocarle una inyección. ¿Qué pensó Óscar Castro en sus últimos momentos? ¿A quiénes recordó antes de entrar al gran silencio, a la eternidad? Es posible que haya pensado en los suyos, en sus amigos, en sus pequeños alumnos. Una muerte tan sola, en un cuarto de hospital, es como un símbolo de la vida del poeta que pasó por la tierra en puntillas, sin hacer ruido, entregado a su tarea de crear belleza con el lenguaje de los elegidos.

Óscar Castro íntimo*

GONZALO DRAGO

Hace 25 años, el 1 de noviembre de 1947, falleció el poeta rancagüino Óscar Castro Zúñiga. Nadie, al mirarlo por primera vez, habría sospechado que ese hombre de mirada apacible y lentas actitudes, delgado, pulcro en el vestir, cuidadosamente peinado, era un poeta. En una familia de cinco hermanos, tres mujeres y dos hombres, el único escritor es Óscar.

—No sé de dónde he heredado esto —me confidenció un día—. Todos mis parientes son prosaicos, negados para todo lo que sea arte o literatura.

Yo me sentía asombrado frente a ese fenómeno de la vocación artística. ¿Por qué este hombre de rasgos comunes, con estilizado perfil de gaviota o actitud de zorzal escuchando el tránsito de la lombriz bajo la tierra, había nacido poeta? En la vida corriente, Óscar Castro era un hombre de apariencia mundana, fumaba con displicencia y sus ademanes parecían los de una persona controlada, que vigila sus gestos y actitudes para mantener la corrección.

En la intimidad era diferente, chistoso, amigo de *calambours* ingenioso, exento de resentimientos, de envidias o de egoísmos, abominaba de los políticos y los calificaba duramente. Era anarquista sin militancia activa. Había leído a los clásicos del anarquismo: Malatesta, Kropotkin, Mella, Reclus, Nicolai, entre otros libros que adquiríamos en una pequeña librería ubicada en la calle Carrera Pinto, de Rancagua, cuyo propietario, Hernán Barrientos, era un viejo y entusiasta anarquista, relegado a la isla Más Afuera durante la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo y torturado por la policía hasta dejarlo lisiado por el resto de su vida.

Dueño de un temperamento sensible, hiperestesiado, poseía también el don de medir sus palabras para expresar su admiración.

* Publicado en *La Nación*, Santiago de Chile, 1 de noviembre, 1972.

Sabía escuchar y hacerse escuchar. Carecía de poses, repudiaba las frases hechas, los discursos, toda exuberancia verbal que huela a charlatanería, que utilizan los «hombres huecos» —como los designa Thomas Eliot— para expresar sus menguados pensamientos.

Como también poseía condiciones de actor, divertía a sus amigos haciendo la «plantilla» de un brillante orador, de un político demagogo o de un «poeta barato»: su repudio y desconfianza a los políticos eran más bien instintivos; en cambio, amaba y respetaba al pueblo, comprendía sus dolores, sus luchas, sus miserias, sus aspiraciones, sus vicios, sus virtudes, y sentíase parte integrante del proletariado a pesar de su pulcra y correcta apariencia externa.

Cuando lo conocí, en 1929, el poeta era bibliotecario en la Biblioteca Dr. Eduardo de Geyter de Rancagua. Era un formidable lector y tenía buena memoria. Era difícil, muy difícil, que un poeta novel tratara de sorprenderlo plagiando un verso, una imagen o una idea ajena en alguno de los trabajos que sometían a su consideración. Óscar fruncía el ceño con un pequeño esfuerzo de memoria, ponía en movimiento algún minúsculo resorte del complicado engranaje cerebral y lanzaba su frase lapidaria:

—Esto, mi amigo, tiene dueño. Es de Fulano de Tal.

No admitía el saqueo a la propiedad intelectual. Exigía a los demás lo que se exigía a sí mismo: autenticidad, honradez, dignidad literaria, severa autocrítica. Óscar Castro, antes de ser bibliotecario, había desempeñado diversos oficios: repartidor de pan, administrador de un molino, secretario de un diputado pariente suyo, empleado de banco. En 1932 instaló una pequeña librería en la calle Independencia de su ciudad natal. Allí nos reuníamos un pequeño grupo de escritores e intelectuales pertenecientes al grupo «Los Inútiles» a charlar con el poeta, a cambiar ideas, a hacer proyectos para el futuro. Resultó pésimo comerciante y hubo de liquidar el negocio ante la consternación del pariente que lo había ayudado económicamente en esa empresa comercial.

En aquella época conoció a Isolda Pradel. Fue un acontecimiento decisivo en su vida. Caminaba yo por la calle comercial de Rancagua, acompañado de Isolda, cuando se produjo el encuentro con el poeta. Hice las presentaciones: «Isolda Pradel.

El poeta Óscar Castro». Fue el comienzo de un idilio amoroso que terminó poco después en una oficina del Registro Civil y que dio un vuelco profundo en la vida del poeta. A ella, en sus últimos momentos, le dedicó ese emotivo, profundo y hermoso poema que se titula: «Oración para que no me olvides».

Para ganarse la vida comenzó a escribir crónicas en un diario local y por las mañanas atendía un puesto de leche cuyo propietario era dueño de una nutrida biblioteca. Entre clientes, tarros de leche y libros, el poeta le hacía frente a la vida con optimismo. Leía con entusiasmo. Muchas veces, con un libro entre las manos, no se percataba de las personas que aguardaban para comprar leche y solo se reintegraba a la realidad y a sus prosaicas obligaciones cuando se hacía oír la airada protesta de alguna imponente dueña de casa.

Óscar fue un hombre sobrio. El póker fue su único vicio. Isolda trataba de disuadirlo, preocupada de su salud. El poeta prometía enmendarse, pero el naípe lo hacía reincidir y olvidar sus promesas de no volver a frecuentar el club. El poeta, seguramente, comprendía que todas las experiencias, aun las más extrañas y sórdidas, sirven de rico material para la creación literaria, de incentivo para alimentar la llama interna que a veces se convierte en hoguera que devora y destruye al creador.

Terminó como galeote burocrático en un Liceo de Santiago. La tuberculosis lo llevó hasta el Hospital del Salvador. Se le instaló en una pequeña pieza, aislado, para evitarle la dura realidad de una sala común. Murió el 1 de noviembre de 1947, a los 37 años. El primer amigo en verlo muerto, al ir a visitarlo, fue el periodista Renán Andrade, que en esa época pertenecía al Cuerpo de Carabineros. Su única herencia, sin testamento, fueron sus siete libros escritos en breves años. Junto a su mesa de trabajo, en Rancagua, tenía escrito un pensamiento de Nietzsche: «Es necesario tener un caos por dentro para producir una estrella».

Bibliografía consultada

Poesía

Camino en el alba. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1938.

Viaje del alba a la noche. Editorial El imparcial, Santiago de Chile, 1940.

Las alas del fénix. Romances de una ciudad heroica. Ediciones Talamí, Santiago de Chile, 1943.

Reconquista del hombre. Ediciones Talamí, Santiago de Chile, 1944.

Glosario gongorino. Ediciones Talamí, Rancagua, 1948.

Rocío en el trébol. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1950.

Antología poética. Óscar Castro. Editada por Hernán Poblete Varas. Editorial Pacífico, Santiago de Chile, 1952.

Nueva antología poética. Selección de Isolda Pradel. Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1972.

Sombra inmortal. Cantata a la muerte de Federico García Lorca. Escrita por Óscar Castro. Versión musical de Ricardo de la Castilleja. Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1973.

Cuentos

Huellas en la tierra. Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1940.

La sombra de las cumbres. Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1944.

Comarca del jazmín. Ediciones Cultura, Santiago de Chile, 1945.

Cartas

Óscar Castro. *Hombre y poeta. Epistolario* de Gonzalo Drago. Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1973.

Epistolario íntimo de Óscar Castro. Edición de Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris. DIBAM-LOM, Santiago de Chile, 2000.

Epílogos

Augusto D'Halmar. «Mágicos y prodigios», prólogo a *Camino en el alba* de Óscar Castro. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1938.

Raúl González Labbé. *Luz en su tierra. Palabras sobre Óscar Castro y algunos de sus últimos poemas inéditos*. Ediciones Talamí, Rancagua, 1948.

Gonzalo Drago. «Óscar Castro íntimo». *La Nación*. Santiago de Chile. 1 de noviembre, 1972. Página 3.

Gonzalo Drago. «El hombre: la vocación». *Óscar Castro. Hombre y poeta. Epistolario*. Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1973.

Índice

Prólogo / Rafael Rubio	7
Nota a la edición	13

Poesía

Camino en el alba (1938)

Romance del vendedor de canciones	19
Abeja en el sol	21
Romance de María Rosario	22
Romance de barco y junco	23
Palabras al hijo futuro	25
Sencillas palabras a mi madre	27
Fatalidad	29
Poema de la tierra	30
Romance del hombre nocturno	35
Canción de las cosas humildes	38
Campesina	39
Hora serena	40
Romance de la Encrucijada del Muerto	41
Responso a García Lorca	43
España eterna	46
Elegía por los niños muertos	50

Viaje del alba a la noche (1940)

Raíz del canto	55
Melodía del jilguero	58
Fuga mojada	60
La cabra	61
Ángel y volantín	62
Tonada de infiernillo	63

Muerte de Alfonsina Storni	65
Marina irreal	69
Descubrimiento de América	70
Bajorrelieve de Gabriela	72
Umbral de noche	75
Responso nocturno a Pedro Bermejo, bandido	77
Balada de la perdida voz	78
Romance de Isolda Pradel	80
La primera vez	82

Las alas del fénix. Romances de una ciudad heroica (1943)

Romance de Tomás Guaglén	87
Romance de los veinte conspiradores	92
Por calle del Rey arriba...	95
Crecida del Cachapoal (188...)	99
Pedro Urdemales en Rancagua	102
Romance del cerro Orocoipo	106
Romance del viejo liceo	109

Reconquista del hombre (1944)

Interior	115
La tierra desvelada	117
Rumores del alba	120
Casa de las guitarras	122

Glosario gongorino (1948) (Texto completo)

Soneto primero	127
Soneto segundo	128
Soneto tercero	129
Soneto cuarto	130
Soneto quinto	131
Soneto sexto	132
Soneto séptimo	133
Soneto octavo	134
Soneto noveno	135

Soneto décimo	136
Soneto undécimo	137
Soneto décimosegundo	138

Rocío en el trébol (1950)

Sermón de los trigales	143
Remordimiento	145
Pequeña elegía	147
Invitación al valle en que vivo	149
Aquí mataron a un hombre	151
Instante	152
La extranjera	153
Del cielo a tu corazón	155
La daga en el estero	157
Bueyes bajo la luna	159
El estribo	160
Despedida	162
El capitán maldiciente	164
Poema para consolar a una madre	165
La lluvia empuja nostalgias	167
Oración para que no me olvides	169

Otros poemas

El vino	173
Para la niña que va al campo	175
<i>Un tiempo azul ardía en una lámpara</i>	176
<i>Isolda, yo hablo ahora</i>	178
<i>El lucero soplabla su fina cerbatana</i>	180
Ronda	182
Al fondo de un perfume	183
La clara confidencia	184

Sombra inmortal. Cantata a la muerte de Federico García Lorca	189
--	------------

Cuentos

«Lucero»	213
Tierra ajena	220
«Callejón de los Gansos»	227
El hombre que tallaba estribos	235
El jilguero	248
El volantín	254

Cartas

Isolda	261
Isolda, mujercita	263
Ñata [Isolda]	264
Mi noble y buen amigo [Gonzalo Drago]	266
Querido amigo [Gonzalo Drago]	267

Epílogos

Mágicos y prodigios / Augusto D'Halmar	271
El hombre y su obra (fragmento) / Raúl González Labbé	278
El hombre: la vocación (fragmento) / Gonzalo Drago	280
Óscar Castro íntimo / Gonzalo Drago	283

Bibliografía consultada	287
-------------------------	-----

EX LIBRIS



Desde el puerto de Valparaíso, zarpan estos libros editados por la Universidad de Valparaíso, como gesto esencial de su misión de Universidad Pública. Libros que han sido confeccionados con los materiales más nobles y con sus páginas encuadernadas y cosidas prolijamente para para subir —como los ascensores de esta ciudad— desde el plan hasta los cerros, uniendo perspectivas, en una navegación a lo abierto, horizonte de toda poesía y pensamiento.



C O L O F Ó N

Este libro ha sido publicado por
la Editorial UV de la Universidad de
Valparaíso. Fue impreso en los talleres de Ograma
en mayo de 2022. En el interior se utilizó la fuente Swift
—en sus variantes light, light italic y regular— sobre papel bond
ahuesado 80 gramos. La portada fue impresa en papel Nettuno de 280
gramos. En la encuadernación se utilizó hilo de color amarillo.

El grabado del «ex libris» fue realizado por Cristián
Olivos. Esta versión digital —gratuita— fue
creada y difundida el 25 de marzo de
2025, en conmemoración del
natalicio de Óscar Castro



La obra poética y narrativa de Óscar Castro es una pieza fundamental de la literatura chilena del siglo XX. En ella se plasma y canta la experiencia íntima de la provincia chilena y el contacto humano con la naturaleza, sus asperezas y levedades. Asociado a la «poesía de la claridad» y al cultivo del verso musical de raíz española, así como al criollismo en prosa, su trabajo trasciende cualquier categoría y perdura apelando a la profundidad y simpleza de «esas viejas cosas que el corazón ya sabe». Su palabra está atravesada por «el habla de los hombres / que van curvados por el campo / y el grito puro de la tierra / cuando la hienden los arados». Esta antología, ilustrada con óleos de Carlos Pedraza, prologada por Rafael Rubio y con epílogos de Augusto D'Halmar, Gonzalo Drago y Raúl González Labbé, reúne textos de todos los libros de poemas publicados de Óscar Castro en vida y tras su muerte, una selección representativa de sus cuentos, como también algunas de sus cartas. Quien se adentre en estas páginas constatará, como apunta Rubio, que la sencillez del escritor rancagüino es la de «aquel que reconoce en las cosas cercanas su heredad y las describe con un tono cotidiano, trasmutado por la gracia de su lirismo, en cosas únicas, dignificadas por el rigor formal».